

# Homero

## Himnos

### INTRODUCCIÓN

Si entre los filólogos contemporáneos el nombre de Homero cobija, a veces usado como un paraguas y otras por convicción de que se trata de una casa la más adecuada para ello, la *Ilíada* y la *Odisea*, unánime es la opinión de aquellos respecto a la heterogeneidad y diversidad de una serie de himnos que la tradición manuscrita nos ha legado como «de Homero» y que hoy, en efecto, nadie considera posible que sean todos debidos a un mismo poeta ni fruto de una misma época.

Los manuscritos en que se nos han conservado son compilación de himnos: de Orfeo, de Homero, de Calímaco y de Proclo, según los títulos. La tradición clásica tiene a Orfeo por un poeta mítico; los estudiosos depositarios de esta tradición decidieron obviar el problema hablando de himnos órficos, pues es sabido que de este poeta, mítico si se quiere (pero ¿no es mítico cuanto sabemos sobre los más antiguos poetas griegos?), se reclamaba una tradición religiosa llamada orfismo de su mismo nombre. Al llamar órficos a los himnos que los manuscritos decían ser de Orfeo querían significar que pertenecían a esta tradición del orfismo y que podían haber sido compuestos, dentro de ella, en época reciente. Al imponerse la costumbre de llamar homéricos a los himnos que los manuscritos decían ser de Homero, por otro lado, como para la tradición clásica Homero no era un poeta mítico sino histórico, debemos entender que se quiso relativizar la atribución a aquel poeta histórico de tales himnos, dudándose, pues, de ella; pero, dado que se siguió llamándolos homéricos (y no, por ejemplo, pseudohoméricos, como se suelen llamar pseudohesíodicos los poemas transmitidos como de Hesíodo y que se está de acuerdo en que no lo son), debemos considerar que se quiso poner de manifiesto su homerismo, su lugar dentro de la tradición épica griega.

Si cumple aceptar, como me parece del caso, que Homero es el nombre que dieron a su epónimo los Homéridas, pero que la *Ilíada* y la *Odisea* son amplios poemas producidos en una tradición poética que llamamos homérica, con materiales de diversa época e índole, y fijados oralmente, más o menos en la forma en que luego serían fijados por escrito, a caballo entre los siglos VIII y VII; si esto es, pues, así, de los himnos llamados homéricos entiendo que procede decir que en su inmensa mayoría se inscriben dentro de esta misma tradición, aunque, piezas más o menos extensas pero sueltas (es decir, no formando parte, como los episodios homéricos de dimensiones comparables, de un conjunto unitario superior, el poema épico, la epopeya homérica), no debieron de sufrir una fijación oral de la misma naturaleza, de tan vasto rigor compositivo, sino que habrían mantenido hasta más recientemente una situación más fluida, menos codificada. La mayor parte de estos poemas son sin duda arcaicos, pero, dentro de la tradición homérica, representan un estadio no necesariamente posterior a todos y cada uno de los episodios y materiales que hallamos en la *Ilíada* y la *Odisea* pero sí oralmente diferenciable.

Antes de la fijación de la *Ilíada* un poeta pudo haber recitado materia iliádica, un episodio o varios de los que luego formarían parte de la epopeya homérica, improvisando, usando de modo fluido los medios a su alcance de la dicción épica tradicional. Después de la fijación, primero oral, de la *Ilíada* en el poema que es, en la epopeya homérica que nos ha pervenido, los poetas que buscaron abrigo en la misma tradición épica (los Homéridas, entre otros) guardaron como su privilegio no ya la vieja técnica de los aedos épicos sino el recuerdo exacto de cada verso dentro de un conjunto acabado, consolidado ya como la unidad poética que hoy llamamos epopeya. Estos otros poetas, fijada ya la *Ilíada* (o la *Odisea*, que para lo que voy razonando tanto da uno de estos poemas como el otro), podían, como aquel otro poeta anterior, recitar también sólo un episodio o varios de la epopeya, sueltos. La fijación del poema épico en su totalidad no implica que tuviera que recitarse desde entonces siempre entero. Pero sí que esta totalidad, básica para los rapsodos homéricos como distintiva de su trabajo, era para ellos un freno constante a la improvisación; convertía a cada verso en parte de algo sólido, y no ya en agua de un río, como en una época anterior de la cultura oral.

Dentro de la misma tradición homérica, el mismo poeta, cuando cantaba un himno, no lo hacía en las mismas condiciones sino con una libertad mayor, semejante a la que habrían tenido los aedos de la fase de composición de los poemas épicos. Tanto en la etapa anterior como en la posterior a la fijación de éstos, el poeta que entonaba un himno épico actuaba lo mismo, igual de libremente (más cerca del agua que del sólido); en efecto, las razones que se ha visto que le movían a mantener fijo el canto iliádico, ya parte de un todo que era su patrimonio como Homérida, no operaban sobre él cuando, él mismo, ejecutaba un himno. A todo lo cual se debe, entiendo, que los himnos homéricos, perteneciendo a la misma tradición homérica, sean técnicamente diferenciables, desde el punto de vista de la oralidad, de la epopeya.

En algún lugar de los que luego se dirían cuna de Homero, la tradición homérica cuajó en los poemas épicos atribuidos a este poeta, la *Ilíada* y la *Odisea*. Supongamos —es por lo menos posible— que ello fuera en Quíos; los Homéridas, quienes detentaban en exclusiva esta tradición, pronto los difundieron por todo el ámbito de la lengua griega. Según un escoliasta al verso primero de la *nemea* II de las pindáricas, Cineto llevó los poemas a Siracusa<sup>1</sup>. La difusión de éstos debió de extenderse por todo el mundo griego, pues, durante toda la época arcaica. Pero dentro de las técnicas de composición y ejecución oral, la recitación de episodios de unos poemas ya fijados debió de constituir una novedad, en su momento, porque ofrecían un mejor control del resultado poético. Decía Telémaco a su madre (*Od.* I 351-2) que «los hombres alaban con preferencia el canto más nuevo que llega a sus oídos», y no es forzoso que la novedad haya de referirse sólo a los temas. En cualquier caso, que al cundir la fama de las epopeyas de que eran depositarios los Homéridas, otros grupos de poetas aprendieron su técnica de memorización, o se sirvieron quizá de la escritura para memorizarlas y hasta para pulirlas, a partir de cierto momento. Quizá fuera entonces cuando varias ciudades de Grecia empezaron a disputarse la patria de Homero. Porque los rapsodos de donde hubiera nacido Homero serían más creídos al proclamarse depositarios de la versión verdaderamente homérica. Cada poeta, para legitimar la versión que él había aprendido y difundía, no podía hacer nada mejor que declararse coterráneo de Homero para así hacerla derivar del poeta mismo. Y para ello debía difundirse el relato de una vida de Homero que permitiera abonar el privilegio de ser su coterráneo alegado por quien cantaba sus poemas.

Consolidado el prestigio de Homero en el texto oral constituido y fijo, en diversas escuelas rapsódicas que competían entre ellas, debió de llegarle el turno a la otra poesía que podía ser considerada, en general o por algunos rapsodos, legítimamente o menos, dentro de la misma tradición homérica. Verdad es que no conviene concretar en el tiempo este momento sino tenerlo por variable según los lugares y otras circunstancias, aunque siempre, esto sí,

---

<sup>1</sup> Véase la introducción a la *Ilíada* de esta colección, p. 21. A él se ha atribuido el himno homérico a Apolo, en alguna ocasión: véase W. Burkert, «Kynaihos, Polycrates and the homeric hymn to Apollo», *Arkturos. Hellenic Studies presented to B. W. Knox*, Berlín 1979, pp. 53-62.

dentro del arcaísmo (tardoarcaísmo incluido). Pero a este momento, que sí se puede definir en términos de técnica oral, corresponde la fijación de algunos, por lo menos, de los himnos homéricos; al momento de consolidación, gracias a los rapsodos, del prestigio de Homero, cuando uno de ellos, por ejemplo, podía hallar motivos para «firmar» el himno a Apolo delio con aspectos de la imagen difundida de Homero que ya eran conocidos por su público: «un varón ciego que habita en la escabrosa Quíos» (v. 173). Tuvo que ser un Homérida de Quíos quien así fijó el himno y lo selló para el futuro.

Pero estos himnos, que cantaba un poeta épico, ¿qué eran? Situémonos para responder en el canto VIII de la *Odisea*. Tras un banquete en que ha cantado Demódoco escogiendo materia iliádica demasiado cercana a Ulises, Alcínoo se dirige a los presentes dentro de su *oikos*, principales del pueblo (v. 97), invitados habituales del rey, y les exhorta a salir (v. 100) para asistir a unos juegos que tendrán lugar en un espacio que es llamado *agora* (v. 109); se forma al punto un cortejo que allí se dirige y que ve cómo en el camino se le van sumando gentes y gentes: «innumerables», dice el poeta (v. 110). Acabados los juegos, Demódoco, de nuevo requerido, canta otra vez y unos muchachos danzan (vv. 256 ss.). Esta vez el aedo no canta gestas heroicas sino un episodio, digamos, de la vida cotidiana de los dioses<sup>2</sup>: cómo Ares se entendía con Afrodita a espaldas del marido de ésta, el también dios Hefesto, quien fue informado del asunto por Helios, el Sol mismo; cómo Hefesto urdió una trampa alrededor de su propio lecho y fingió irse a Lemnos para luego volver de improviso y pescar atrapados en su cama a su bella esposa adúltera y a su amante; cómo Hefesto, habiendo convocado a los demás dioses, expuso a ambos adúlteros a la vergüenza y cómo, tras haberse asegurado una compensación, les dejó por fin libres. Hay en este canto del aedo en la plaza de los feacios vivacidad narrativa, finura y cuidado especial de los detalles y un cierto desenfado: así un dios reprueba, sí, la conducta de Ares, pero al preguntar Apolo a su hermano Hermes si querría encontrarse en el sitio de Ares, Hermes responde que sí y provoca la adhesión jovial de los demás dioses, que ríen.

Todo lo cual ha parecido demasiado moderno a algunos. Pero la poesía homérica ofrece sorpresas como ésta tan a menudo que basta decir que todo es esperable en ella; y en especial en la *Odisea*, poema en que la construcción del total, elaborada y un tanto artificiosa, reposa sobre un sumo cuidado en los particulares y detalles. De todos modos, era este canto de Demódoco sólo aquí traído para señalar que las circunstancias de su ejecución, su tema y extensión así como alguna particularidad del texto, todo ello permite que lo veamos como un himno o como un canto muy próximo a los himnos homéricos —que también presentan entre ellos diferencias considerables.

El himno, pues, no se canta dentro de una casa, en un espacio cerrado, sino al abierto (y quizá pudiera también deducirse que ante un público más numeroso), y forma parte de un solaz que comprende juegos, competiciones de destreza; y el poeta canta en «un ancho y hermoso corro» (v. 260) en cuyo centro él se pone, rodeado de un coro de adolescentes que danzan (vv. 262-264). Así mismo, en el himno a Apolo delio hay un coro, esta vez de doncellas, y hasta pudiera sospecharse que son ellas las que ejecutan el canto (vv. 158 ss.). Y en general los himnos se cantan en la fiesta del dios que sea, al abierto, y las competiciones de destreza y gimnásticas o atléticas no son extrañas en este tipo de fiestas.

Ya vimos cuál era el tema del canto de Ares y Afrodita. En la transcripción odiseica del canto de Demódoco tiene éste un centenar de versos. Una de las razones en que suele basarse la afirmación de las diferencias que hay entre los himnos homéricos es precisamente su extensión. Hay por un lado unos himnos llamados mayores (el II, a Deméter; el III, a Apolo; el IV, a Hermes; el V, a Afrodita) y por otro lado los himnos cuya extensión es mínima, que apenas consisten en algo más que una invocación seguida de saludo y despedida con quizás una petición de tipo general («otórganos el valor y la felicidad», por ejemplo, en el XX). De los mayores el más extenso es el IV, a Hermes, que tiene 580

<sup>2</sup> W. Burkert, «Das Lied von Ares und Aphrodite», *Rheinisches Museum* 103, 1960, pp. 130-144; R. di Donato, «Problemi di tecnica formulare a poesia orale nell'epica greca arcaica», *Ann. Scuola Norm. Superiore di Pisa* 38, 1969, pp. 277 ss.

versos; el II, a Deméter, tiene 495; el dedicado a Afrodita, el V, cuenta con 293. Por lo que hace al II, a Apolo, es a la vez más largo y más breve que los dos últimos. Suelen andar los críticos de acuerdo en que en el himno homérico a Apolo, que presenta un total de 546 versos, hay dos himnos, uno a Apolo delio, formado por los versos hasta el 176 o el 178, digamos, y otro a Apolo pítico<sup>3</sup>. Aunque también es claro que el poeta que cosió ambos himnos en uno trabajó el conjunto como una unidad, forjándola a base de simetrías y paralelismos y siempre progresando sobre el tema central de la fundación de templos y oráculos del dios. El II de los homéricos, por lo tanto, nos permite conocer un ejemplo de himno más breve que los otros tres mayores, el de Apolo delio, y en su totalidad, tal como ha sido cosido por el rapsodo que nos lo fijó en la forma en que nos ha llegado, es el segundo en extensión entre los homéricos.

Todos estos himnos sobrepasan, pues, el centenar de versos que tiene el del aedo de los feacios. El de Demódoco es menos solemne, menos ceremonial, menos lento; las palabras de los himnos mayores se abren a la digresión, a la pintura de estados de ánimo, a efectos poéticos diversos; en el himno de Demódoco todo es más intenso, a pesar del cuidado por los detalles. En esta característica el himno en el agora de los feacios está más cerca de los intermedios entre los homéricos. Un par de himnos homéricos, en efecto, se hallan entre los cuatro (o cinco) mayores y los más breves; son el VII, a Dioniso (59 versos, tal vez 56) y en cierto modo también el XIX, a Pan (49 versos; pero éste no es narrativo como el otro, es más tardío y presenta problemas de otra índole).

A pesar de no explicar, desde luego, todo lo posible referente a un dios, los himnos mayores tienden a ser, sobre su tema, completos, y su tema es a su vez siempre sintomático, central en la historia del dios o en la historia religiosa de los griegos; así, ejemplarmente, los himnos sobre Deméter, Apolo y Hermes. Un himno entre los mayores, el V, se escapa de algún modo de esta norma, quizá por mérito de la naturaleza y de las actividades de la diosa a que va dirigido, Afrodita. El himno está muy bien construido porque presenta su historia central (vv. 53 ss.), la del amor que la diosa sintió por un mortal, Anquises, como una consecuencia del poder mismo de Afrodita: salvo Atenea, Artemis y Hestia<sup>4</sup>, todos los dioses y hombres se doblegan ante su poder, ante la fuerza irresistible del deseo que ella infunde; ante ella sucumben también los pájaros y todos los animales, así terrestres como marinos. Como ni el mismo Zeus escapa a esta fuerza irresistible, éste, el gran dios, paga a Afrodita con la misma moneda, inspirándole «dulce deseo» de unirse a un mortal (vv. 45, 53). Afrodita, vencida con sus mismas armas, restablece el imperio de Zeus, que sigue siendo superior a los demás dioses. El poeta no ha cosido, esta vez, sino que ha fundamentado teológicamente la historia que ha recibido, la de los amores de la diosa del amor con Anquises, y se dispone a contar. Y en sí, esta historia se parece, entiendo, a la del himno VII, sin la presentación religiosa que en ella hace el poeta del V. Es una historia más, entre las de la divinidad. Como es una historia más la de Dionisio con los piratas, que es el tema del himno VII. Como es igualmente una historia más la de los amores de Afrodita con Ares, el tema de Demódoco.

Hay por último algunas cuestiones filológicas que vienen al caso. La mayor parte de los himnos empieza con la fórmula «canta, Musa...» o «comenzaré a cantar...» o bien «me acordaré de...» u otra parecida, con el nombre del dios objeto del canto en acusativo, complemento directo. En el canto de Demódoco nos cuenta el poeta de la *Odisea* que «el aedo, pulsando la cítara, empezó a cantar hermosamente» (VIII 266) y que cantó «cómo se unieron a hurto y por vez primera...» (v. 268); entre un verso y otro se nos da el sujeto de *unieron*, pero como objeto, digamos, de *cantar*, distanciado y a la vez concretado con una

<sup>3</sup> Una historia de la cuestión en la tesis doctoral de A. Esteban Santos, *El himno homérico a Apolo*, publicada por el servicio de reprografía de la Univ. Complut. de Madrid, 1980.

<sup>4</sup> *parthenos*, el sustantivo que designa a una doncella, se ha defendido que era en su origen una denominación funcional, aplicada a quien tiene a su cargo el cuidado del hogar familiar, esto es, la hija de la casa antes de su matrimonio (cf. L. Deroy, «Le culte du foyer dans la Grèce mycénienne», *Revue d'Histoire des Religions*, 1950, pp. 26-43). Hestia, que significa el hogar, rechaza, pues, por esto mismo el amor. Artemis, en cambio, lo rechaza igualmente, pero en razón de su modo de ser agreste, diosa que se agrada de las montañas (cf. M. Gr. Bonanno, «Sapph. fr. 44 A(a), 5ss. Voigt», *Mus. Criticum* 13-14, 1978-79, pp. 91-97). Atenea, que no conoce varón, es, ello no obstante, madre (cf. C. Miralles, «El singular nacimiento de Erictonio», *Emérita* 50, 1982, pp. 263-278).

preposición, *amphi*: «A propósito de los amores de Ares y Afrodita, la de bella corona» (v. 267). Está claro que el objeto del canto son los amores de ambos, pero también parece que el *a propósito de*, a la vez que nos prepara para la concreción del tema, limita de entre la materia posible a propósito del dios y de la diosa. Pues bien, de modo paralelizable, el poeta del himno homérico VII «recordaré», dice, «cómo apareció en la orilla del mar estéril...» (v. 2), pero en el primer verso había enunciado *a propósito* de quién hablaba; de nuevo, pues, la preposición *amphi* precedía el nombre de la divinidad que era objeto del canto, y a continuación, introducido el tema por una oración completiva modal, se nos aclaraba de cuál de las gestas del dios iba a tratar el poeta.

Pero el canto de Demódoco, además de servirnos de piedra de toque para acercarnos a los himnos homéricos, nos es útil porque en el contexto de la *Odisea* se nos dan indicaciones, según veíamos, sobre las circunstancias de la ejecución de un poema, por lo menos, como el de Demódoco mismo y, conjeturo, como el himno homérico VII o como el núcleo antiguo, no moralizado, del himno homérico V. Son cantos que se ejecutan al abierto y en ocasión de una fiesta, pero en un espacio no sagrado (en el agora, recordemos) y, aunque versen sobre sucesos o gestas de los dioses, no se ve que tengan directa relación con el culto. En los himnos homéricos esta materia divina aparece introducida por un preludio definidor del dios (que se reduce, en el VII, a «hijo de la gloriosa Semele», lo que no es mucho) y cerrada por un saludo al dios, siempre muy breve. Preludio y saludo constituyen, según se dijo, los himnos homéricos más breves. De modo que podría conjeturarse que estas historias de dioses han quedado encajadas entre preludio y saludo en la época en que estos dos elementos puede que fueran necesarios para caracterizar a un poema como himno. En el himno XIII, a Deméter, que tiene tres versos, el primero («A Deméter de bella cabellera, veneranda diosa, comienzo a cantar») es igual que el primero del himno II, también dedicado a Deméter pero que se cuenta según vimos entre los más extensos. El segundo es, con una modificación de morfología necesaria, igual que el antepenúltimo (v. 493) del mismo himno II: o sea, que un verso que en el XIII forma parte del preludio pertenece en el II al saludo o plegaria final (vv. 490-495). Por lo demás, el verso 2 del II («a ella y a su hija de anchos tobillos, que Aidoneo») se refiere también, como el segundo del XIII («a ella y a su hija, la bellísima Persefonea»), a Perséfone, y si el poeta del II ha variado utilizando otra palabra para decir «hija» y otro epíteto, ello es porque esta hija de Deméter será de inmediato objeto de su atención y le interesa destacar de entrada el nombre de su raptor. Versos típicos del preludio podían usarse en el saludo al dios, e incluso el saludo formar parte del preludio. En el verso final del XIII, en efecto, se lee «Salud, oh diosa, salva esta ciudad y da principio al canto», lo que parece indicar que los tres versos de este himno constituyen una breve introducción, en honor de Deméter, a un canto no sabemos ni de qué índole ni de qué tema que el poeta pide a la diosa dé comienzo.

Y conviene, llegados aquí, afrontar la cuestión de qué era para los griegos un himno<sup>5</sup>. Para ello existen dos caminos complementarios, a saber, el análisis del término en sí y la consideración de los otros términos con que los griegos podían referirse al poema mismo o a la actividad de cantarlo. Pues bien, dice Tucídides (III 94) que «había entonces, y ya desde antiguo, una gran peregrinación a Delos de los jonios y de los de las islas vecinas; iban como ahora van los jonios a las fiestas de Éfeso, como espectadores con sus mujeres e hijos, y se hacía allí un certamen gimnástico y musical y las ciudades aportaban coros». Añade a continuación que Homero puede demostrarlo y cita los vv. 146-150 «del proemio de Apolo», como él dice: del himno homérico III, para nosotros. Este testimonio célebre de Tucídides suele comentarse en el sentido de que llama proemio a un himno porque los himnos eran usados por los poetas épicos como preludio para la recitación de poemas propiamente épicos. Pero esta interpretación suscita una serie de problemas que han sido igualmente señalados, siendo uno no menor la extensión de los himnos homéricos mayores, de que ya se ha dicho. Ha parecido, empero, sustentada por la frecuencia con que los himnos contienen la expresión «comienzo a cantar...» (II 1, por ejemplo) o equivalente, y se señalará al respecto que entre las equivalentes se encuentra el verso *Od.* VIII 266, que

<sup>5</sup> Se vea al respecto sobre todo la introducción general de F. Cássola a su edición de los himnos (*Inni omerici*, Milán 1975).

introduce en el canto por Demódoco de los amores de Afrodita y Ares («empezó a cantar...»). La cuestión no parece soluble sobre estas bases. La verdad es que, aunque se diga en la *Odisea* que Demódoco empezó a cantar, el canto de Ares y Afrodita se coloca entre dos otras intervenciones del aedo de materia épica (relativa, esto es, a la guerra de Troya), de modo que o bien empezar a cantar significa ponerse a cantar, sin más, o bien está aquí mal dicho (lo que daría razón a quienes han pretendido atetizar este canto) o bien tiene algún otro sentido que no resulta de entrada evidente.

El último verso del himno V, a Afrodita, es como sigue: «habiendo empezado por ti, pasará a otro himno». Pero nótese que este verso no promete el paso a la ejecución de otro poema épico sino «a otro himno». Y no es éste un caso aislado dentro de los himnos: IX 9, el último verso de un breve himno a Ártemis, y XVIII 11, el penúltimo de uno a Heracles, son idénticos. Una docena de estos himnos (el II, el III, el IV, el VI, el X, el XIX, el XXV, el XXVII, el XXVIII, el XXIX, el XXX, el XXXIII) acaban con el verso «y yo me acordaré de ti y de otro canto», que ha sido interpretado como despedida del poeta a la divinidad de que se ha ocupado o a la que ha invocado y como paso a la recitación épica. Pero, por lo que hace a esto último, tal interpretación es cuando menos problemática.

Himno se dice en griego *hymnos*. Y canto se dice *aidé*. En el verso *Od.* VIII 429 se lee *aidés hymnos*, es decir, una expresión que reúne ambos términos: «himno de canto». Alcínoo encarga a su mujer que le sea preparado un baño a Ulises para que se repose y pueda luego, relajado, escuchar en el banquete el tal *hymnos aidés*. El canto que en el banquete subsiguiente cantará Demódoco (vv. 499 ss.) se refiere a la toma de Troya y a la gesta del caballo de madera; o sea, que «himno de canto» designa materia heroica: no protagonizada por dioses sino por héroes. Se sigue de ello, entiendo, que cuando un himno acaba con la afirmación del poeta de que pasará a otro himno no implica que pase necesariamente a otro poema sobre el mismo dios o sobre otro dios, y que cuando dice que pasará a otro canto no quiere decir que pase necesariamente a un poema de materia heroica. Himno, pues, no quiere decir, en el texto, lo mismo que en el título que el manuscrito da a nuestra colección de himnos. Platón sí, en el décimo de la *República* (607a; cf. *Leg.* VII 801e), distingue entre «himnos a los dioses» y «encomios a los héroes»; himnos como género poético específicamente dedicado al elogio de los dioses es lo que entendía quien llamó himnos a nuestros poemas. Pero, en cambio, el uso homérico de la palabra no avala este sentido.

El lugar citado platónico, al coordinar himno y encomio, parece permitir la suposición de que el himno es un elogio, y el pasaje de Tucídides antes citado parece igualmente abonarlo; al citar lo que él tiene por versos finales del himno a Apolo dice en efecto Tucídides que el poeta «termina su elogio...». Elogio equivaldría a himno, pues; pero una interpretación más restringida entiende que Tucídides dice que el poeta termina el elogio que había hecho de las muchachas delias del coro que habían acompañado con sus danzas su canto. En cualquier caso, si himno quisiera decir elogio, nótese que podría igualmente aplicarse a dioses y héroes.

Alguna de las propuestas etimológicas avanzadas para explicar *hymnos* apunta en esta dirección de poema de elogio. Pero las dos más viables parecen la que relaciona el término con el verbo significando «hilar» y la que lo avvicina a un sustantivo que significa «membrana»; o sea, uniendo lo uno con lo otro, el conjunto de hilos que forma un tejido flexible. O sea, todavía: que *hymnos aidés* vendría a significar el conjunto de «hilos» que forma el ciertamente flexible tejido del canto. Himno es, pues, una metáfora del canto considerado como un tejido, como algo que el poeta va hilando. O sea, de nuevo, que la metáfora no ve el canto como algo acabado, concluso, sino como algo en curso: cantar es hilar y el resultado un tejido sutil, flexible.

Si esto es así el himno es, como parece efectivamente, un canto épico, trate de dioses o de héroes, no fijado, que se considera como tejido por el aedo cada vez que éste lo ejecuta. Originariamente la palabra himno parece responder a una etapa de oralidad fluida. Este sentido originario se diluyó en el posterior, más general, de celebración o celebración de un dios en concreto; pero todavía cuando la *Odisea* llama himno al canto heroico de Demódoco

o cuando el poeta de un himno homérico promete pasar a otro himno, todavía en estos casos himno quiere decir canto como tejido sutil, flexible, de las palabras que lo hilan —lo que resulta confirmado por la expresión «himno de canto» de que se ha discurrido.

Pero lo hilado, el tejido resultante, la tela, puede coserse con otras telas para formar un conjunto más extenso o más amplio. Probablemente de algo así se trata en un fragmento pseudohesíodico (357 Merkelbach-West) en el que puede leerse «en himnos nuevos cosiendo el canto», y quizá también cuando Píndaro, en la segunda de sus *nemeas* (vv. 1 ss.), llama a los Homéridas «cantores de palabras cosidas». Probablemente coser sea el trabajo de quienes han fijado lo ya hilado, los viejos himnos, en cantos que luego acoplan con otros para lograr un canto seguido, uniforme, más extenso y acabado. Por esto será que el verbo que significa coser en griego se ha mantenido relacionado etimológicamente con el término rapsodo, que significaría, pues, lo mismo que Píndaro hemos visto llamaba a los Homéridas.

Si el sentido de himno ha de reconstruirse tan trabajosa e hipotéticamente, no mejor es la situación ante el proemio de que habla, según vimos, Tucídides: *prooímion*; por ejemplo, es claro que el término puede significar tanto el exordio o inicio de un canto como un canto suelto que sirva de preludio a la recitación de otros. De donde, el término que esta vez importa es *oime*, porque lo que sucede es que, en tres ocasiones en la *Odisea* (VIII 74, 481; XXII 347), esta palabra significa historia o tema, materia del canto, y, siendo así, proemio quiere decir, para algunos, lo que precede a la exposición de la materia propiamente dicha, mientras para otros sería la primera parte de la materia misma. La cuestión quizá más importante, si el proemio es siempre una parte o si puede ser una unidad, un poema suelto (y el modo de plantear correctamente esta cuestión, que no ha de ser tan esquemático), no se ve que pueda aclararse gracias al término, que admite ambos sentidos.

O sea, vinculando esta cuestión a aquella antes planteada a propósito de cuál sea el sentido de cuando el poeta manifiesta que comienza a cantar, no sabemos si el «empiezo a cantar...» con la manifestación del tema que sea se refiere a los primeros versos o bien a la totalidad del canto, que sería un comienzo respecto a los demás cantos que el poeta ejecutaría a continuación.

La cuestión que subyace es otra vez la de la diversidad de los himnos homéricos. Se vea, por ejemplo, qué sucede con un himno como el XXV:

Voy a comenzar por las Musas, Apolo y Zeus. Pues gracias a las Musas y al flechador Apolo existen en la tierra aedos y citaristas, pero los reyes proceden de Zeus. Dichoso aquel a quien las Musas aman: de su boca fluye suavemente la palabra. Salud, oh hijas de Zeus, honrad mi canto; y yo me acordaré de vosotras y de otro canto.

El arranque o verso primero es una simple petición inspiratoria, comparable, entiendo<sup>6</sup>, al verso *Od.* VIII 499, donde el genitivo «del dios» (en el griego del himno Musas, Apolo y Zeus están en genitivo, también) viene tras un participio pasivo que denota el impulso, la inspiración, y concierta con el sujeto, el poeta (otra vez Demódoco), del verbo «comenzó»; o sea, en el ejemplo de la *Odisea* se ve que el sentido de empezar es «partir de» y que el poeta parte de una divinidad, la que sea, porque la hace responsable de su inspiración. Los cuatro versos que siguen y razonan el porqué el poeta ha invocado a estas divinidades coinciden con los versos 94-97 de la *Teogonía* hesíodica. Entiendo que no conduce a nada discutir si fueron copiados de allí o bien allí<sup>7</sup>. Son versos tradicionales que dicen algo tan sabido y tan apropiado en diversos contextos que lo raro es que no estén en algún otro sitio<sup>8</sup>. Para el poeta del himno está claro que estos versos son un exordio, una breve

<sup>6</sup> Entiende, en cambio, que tal comparación es problemática V. Casadio, «Hom. Hymn. XXV (Mus.)», *Museum Criticum* 13-14, 1978-1979, p. 26, n. 9.

<sup>7</sup> A. Gemoll pensaba (*Die homerischen Hymnen*, Leipzig 1886, p. 346 ss.) que en Hesíodo procedían del himno. Por lo general se piensa que al revés.

<sup>8</sup> Los criterios más ponderados para la detección de imitaciones en la poesía hexamétrica antigua están, creo, en

introducción a un canto que me parece que no ha de tener nada que ver, temáticamente, ni con las Musas, ni con Apolo, ni con Zeus. Entiendo, pues, que el «voy a comenzar por...» no indica la materia del canto siguiente sino la materia de la invocación inicial.

Lo que no quita que, en un himno dedicado a un dios, el poeta diga que va a empezar por el dios y la materia subsiguiente sea también relativa al dios. Pero, volviendo al XXV, tras este exordio no viene ni un canto cualquiera ni un canto sobre las Musas o Apolo o Zeus; viene en cambio una fórmula de despedida al dios y la promesa de otro canto. De modo que el llamado himno consiste sólo en unos versos tradicionales de exordio y otros no menos tradicionales de despedida. Hasta un estudioso al tanto del lenguaje, de la dicción poética formular sobre los dioses podría construir himnos como éste al dios que fuera. Pero se impone la razonable sospecha de que estamos ante un estuche cuyo contenido no nos ha llegado, o, más exactamente, ante un estuche diseñado para contener según la ocasión materias de todo tipo. De que el exordio, en suma, servía para no importa qué himno, sobre héroes o dioses (en el sentido más antiguo de himno), y la despedida para indicar el poeta ante su público que había llegado hasta el final y que ahora se despedía de la divinidad que le había acompañado, inspirándole.

Los himnos homéricos deben de proceder de una colección rapsódica y escaparon, como se ha sospechado, al control de los filólogos helenísticos<sup>9</sup>. Por esto nos han llegado como himnos lo que no son sino exordios y despedidas que, en el caso del XXV, podían servir no sólo para materia hímnica en el sentido de sobre los dioses, como he explicado.

Pero tanto Demódoco según el poeta de la *Odisea* en el verso VIII 499 citado como el poeta del himno homérico XXV dicen comenzar *de*, o sea, como glosaba, partir de un dios, de invocarle, para luego abordar el tema que sea; y el dios está en el texto en genitivo. ¿Debemos entender que es lo mismo cuando el poeta manifiesta empezar a cantar y luego cita el nombre del dios en acusativo, según las apariencias, de entrada, como objeto, materia de su canto? Veamos, por ejemplo, un poema como el himno homérico XI, a Atenea:

Empiezo a cantar a la poderosa Palas Atenea, protectora de las ciudades, que se cuida, juntamente con Ares, de las acciones bélicas, de las ciudades tomadas, de la gritería y de los combates; y libra al pueblo al ir y al volver (del combate).

Salve, diosa; y danos suerte y felicidad.

Se podría pensar que tras este exordio, y sin importar que la diosa sea el objeto del canto, podía el poeta haber introducido cualquier otra materia; y luego cerrar su canto, tratase de lo que fuera, con la despedida del último verso. Abonarían esta idea otros dos himnos homéricos que comienzan también «empiezo a cantar» y que tienen una extensión comparable, el XVI, a Asclepio, y el XXII, a Posidón. Pero, en cambio, también comienza por «empiezo a cantar» seguido por el nombre de la diosa en acusativo el himno homérico II, a Deméter, y los casi quinientos versos siguientes, hasta la despedida, tratan de la diosa y no de no importa qué tema. De ahí el sentido de la pregunta formulada más arriba.

En los himnos homéricos XI, XVI y XXII, como en otros, el dios que se invoca como objeto del canto es sólo presentado, brevemente, en una característica o la más determinante o por lo menos principal del dios de que se trate: así la guerra, y su relación, con Ares, en el caso de Atenea; la capacidad de curar, en el Asclepio; su dominio sobre tierra y mar, muy

---

R. Janko, *Homer, Hesiod and the Hymns*, Cambridge 1982, pp. 225-228. A pesar de la posible discusión de cada uno y de algunos principios en que se basan, este lugar puede ser un buen punto de partida para repensar las dificultades que son del caso.

<sup>9</sup> Los filólogos helenísticos que editaron la *Iliada* y la *Odisea*, por lo general escogían entre las variantes de un mismo pasaje que les habían llegado; en los manuscritos de origen rapsódico, en cambio, las variantes se ponían las unas a continuación de las otras: el rapsodo sabía a qué atenderse. De todas formas, tampoco puede establecerse una distinción tan tajante. Se declara a favor de un manuscrito rapsódico de los himnos homéricos F. Cássola (introd. a la edición cit., p. 1XV); Allen y Halliday (también en su edición: p. 1XVII ss.) entendían que la colección que nos ha llegado procedía de un manuscrito de himnos de Homero en circulación en el tardohelenismo. Está claro que la síloge que reúne los himnos homéricos, los órficos y los de Calímaco y Proclo, es de origen reciente, u obra de Proclo mismo o de los eruditos bizantinos a partir del siglo IX.



bellamente expresado por medio de los caballos, cuyos cascos baten, sacuden la tierra, pero que él sabe domar, así como por medio de las naves, que él puede salvar, en el caso de Posidón. En todos los casos, más formularmente o no tanto, con mayor o menor maestría, es rápidamente evocado un rasgo principal del dios y basta.

El himno homérico VI, a Afrodita, no comienza por «empiezo a cantar» sino por «cantaré», pero el objeto del canto es también la diosa «a quien se adjudicaron las ciudades todas de la marítima Chipre» (vv. 2-3). Pero esta vez este dominio de la diosa sobre Chipre es la puerta de acceso al viento que la llevó a la isla, a cómo fue allí acogida por las Horas, detalladamente a cómo éstas la vistieron y adornaron con oro y flores; y este adorno y preparación antesala para la presentación que las Horas hicieron de Afrodita a los inmortales dioses: todos desearon entonces desposarla; así la belleza que causó la admiración de los dioses es el rasgo principal que el poeta ha querido evocar en este caso. El caso es que han hecho falta dieciocho versos para llegar a esto, que el rasgo principal no ha sido presentado de entrada y apenas desarrollado como en los himnos XI, XVI, XXII y otros. Y el caso es también que ahora, al despedirse el poeta, entre la fórmula de despedida propiamente dicha y la otra fórmula del «y yo me acordaré de ti y de otro canto», pide a la diosa, a Afrodita, algo en concreto: «concédeme que alcance la victoria en este certamen», pide, «y da gracia a mi canto» (vv. 19-20).

En el VI, pues, la despedida venía a continuación de un exordio desarrollado y era a su vez introducción al canto subsiguiente, un canto con el que el poeta del himno homérico pretendía vencer en un certamen poético. Aunque breve, este himno es comparable a los mayores. Por lo que hace a los más breves, dos posibilidades parecen razonables: que los rapsodos los hayan recogido, como dije antes, como estuche o que invocación y despedida al dios formasen una unidad que precedía a la recitación de otro himno (en el sentido, ahora, de canto a un dios o a un héroe). Y, tanto en un caso como en otro, otras dos posibilidades se imponen: que el himno siguiente fuera dirigido al mismo dios o que introdujera otra materia.

De modo, pues, que no parece que «empiezo a cantar», «canto», «cantaré» o cualquier otra de estas formas introductorias seguida del nombre del dios en acusativo excluya que luego el poeta se ponga a hablar de otra cosa; por ejemplo, de materia iliádica, como hace Demódoco. De modo, también, que si proemio pueden llamarse siempre los himnos homéricos, en la medida en que esto sea así unas veces se tratará de un exordio al dios formado de invocación y despedida que servirá sólo de acceso al canto inmediatamente ejecutado a continuación y otras veces de un canto que sea el primero de otra serie de cantos de la misma extensión o poco más o menos.

Pero otra posibilidad ha de ser contemplada. Que el proemio preludie la ejecución de un poema cantado y danzado, o sea, de la clase de poesía que en literatura griega arcaica se designa globalmente como lírica por distinguirla de la épica<sup>10</sup>. Lo del coro y la danza es seguro en el caso de Demódoco, como hemos visto. Pudiera también ser que Tucídides entienda referirse a la parte del himno homérico a Apolo que era recitada como proemio al canto coral; en este caso el canto coral correspondería a las muchachas de Delos a quienes se dirige el poeta acto seguido (w. 156 ss) y el himno a Apolo delio nos mostraría al poeta presentando al coro e introduciendo al público en el canto de las jóvenes delias. El canto de éstas habría sido ejecutado antes de que el poeta, retomando la palabra en el verso 165, se despidiera de su público a través de las mismas jóvenes del coro v pidiendo el recuerdo de éstas. Pensaba Wilamowitz que las muchachas ejecutaban un canto cultural de índole tradicional, como el himno del licio Olén de que habla Heródoto (IV 35)<sup>11</sup>. No debe excluirse que el poeta las dirigiera, que les hubiera enseñado el canto.

Conjeturalmente, pero esta posibilidad, la del proemio o himno épico como preludeo de un canto coral, no ha de ser dejada de lado, a mi juicio. Y tampoco que fuera el mismo poeta épico quien hubiera enseñado el canto coral a los integrantes del coro. Si entre épica y lírica

<sup>10</sup> Se vea al respecto F. R. Adrados, *Orígenes de la lírica griega*, Madrid 1976, pp. 65 y 113 ss.

<sup>11</sup> U. von Wilamowitz-Moellendorf, *Die Ilias und Homer*, Berlín 1916, pp. 450 ss.

no hay solución de continuidad, es claro que entre épica y poesía coral lo que hay es afinidad (se piense al respecto sobre todo en Estesícoro), como no es dudoso que el verso de la épica, el hexámetro, pertenece a la misma familia métrica que uno de los versos más frecuentes de la poesía coral<sup>12</sup>.

En todo caso, se ofrece como seguro que la danza y el coro acompañaban al himno. Y que algunos de ellos, como mínimo, formaban parte, si no del culto del dios, sí por lo menos de su fiesta —y la distinción entre culto y fiesta no es que tenga mucho sentido, tratándose de la religión de los griegos. Los juegos, la danza y el canto andaban juntos en estas ocasiones, como el mismo himno a Apolo delio puede certificar (w. 149-150: «ellos, acordándose de ti, te deleitan con el pugilato, la danza y el canto...»).

Normalmente, pues, el poeta que iba a recitar hexámetros comenzaba con una invocación a un dios. Esta invocación podía ser o a una divinidad tutelar de la actividad poética (las Musas, o las Musas y Apolo, por lo general) o bien a otro dios seguramente vinculado a la fiesta en que tuviera lugar la ejecución poética. En ambos casos el comienzo podía ser muy breve y entrar el poeta inmediatamente en materia (como es el caso en los proemios de la *Ilíada* y la *Odisea*, por lo que hace a una típica invocación a las Musas) o bien alargarse un centenar de versos, como sucede al inicio de la *Teogonía* hesiódica, verdadero himno que combina el elogio de las Musas con la presentación que de sí mismo hace el poeta como habiendo aprendido de éstas su arte<sup>13</sup>. Igualmente, el dios invocado podía serlo por razones de coherencia con la intención del poeta: así en el caso de Zeus al inicio de *Trabajos y días* (vv. 1-10).

La forma alargada, extensa, del himno podía ser recitada independientemente, como un episodio épico cualquiera. Por lo general en una fiesta: bien porque ésta invitara a la narración de los hechos de un dios en concreto (como la antigua concentración de los jonios en Delos, en el caso del himno de Apolo delio), bien porque en ella se celebraba tradicionalmente un certamen poético (cf. himno VI, 19-20). Aparte de estas grandes ocasiones, la fiesta podía quizás improvisarse por algún motivo, como parece suceder en la Feacia homérica. Tal vez también en ceremonias más precisamente cúllicas, como por ejemplo se ha aventurado en relación con Eleusis por lo que hace al himno II<sup>14</sup>. Pero, aunque no hay base para trazar entre ambos géneros una frontera infranqueable, es razonable suponer que en estas ocasiones la plegaria se impondría sobre la narración, las más de las veces. La plegaria corresponde más a un grupo homogéneo (como los compañeros del simposio o del *thiasos*, en la lírica) o incluso a una sola persona, como la de Aquiles antes de entrar Patroclo en combate con sus armas (*II*. XVI 233-248).

Por lo demás, la narración de las virtudes y de los méritos de un dios, aparte de poder ser recitada independientemente, pudo ser integrada por un poeta en un conjunto más amplio y no en función de proemio, como al inicio de la *Teogonía*, sino en un relato por ejemplo catalógico: así los versos 411-452 de este mismo poema hesiódico constituyen un verdadero himno a Hécate.

Estos himnos forman parte de una tradición poética, hexamétrica: oral y por nosotros parcialmente conocida, y frente a la cual nos es difícil objetivar nuestros criterios de acercamiento, quiero decir, de datación y fijación histórica y de estimación como poesía.

Desde el punto de vista de la lengua, de la dicción de la antigua poesía griega hexamétrica, se habla habitualmente de tradición formular. ¿En qué sentido? La tradición siendo, en el

<sup>12</sup> B. Gentili, «Preistoria e formazione dell'esametro», *Quad. Urbinati di Cultura Classica* 26, 1977, pp. 7 ss.

<sup>13</sup> Las analogías del proemio de la *Teogonía* (w. 1-104) con los himnos homéricos se han señalado desde Wolf. Véase al respecto Wilamowitz, ob. cit., pp. 463 ss.

<sup>14</sup> Sobre la posible reconstrucción del culto eleusinio y la relación de éste con el himno homérico II, cf. N. J. Richardson, *The homeric hymn to Demeter*, Oxford 1974, pp. 20 ss.

caso de esta poesía, la dimensión diacrónica de la transmisión oral, cuando esta tradición, debido a la extensión y exigencias poéticas de lo transmitido, se apoya en fórmulas, sirviéndose de ellas para su fijación y conservación en la memoria y para su repetición en sucesivas ejecuciones, puede entonces hablarse de tradición formular.

Lo oralmente transmitido en hexámetros, conservado, repetido de generación en generación, sucesivamente interpretado, ha de sufrir cambios, a pesar del carácter conservador de la tradición; y las fórmulas, que han servido para fijarlo, pueden también servir para adaptar lo transmitido a tales cambios.

Del mismo modo como los arqueólogos nos ayudan a ver que en los poemas homéricos coexisten por ejemplo escudos de épocas distantes entre sí, hay estudiosos de la dicción formular que han rastreado en los poemas las modificaciones, aquí y allí en ellos, de las fórmulas con la intención de mostrarnos que esta fórmula o prototipo formular es muy antigua y aquélla, en cambio, modificación, desarrollo posterior de la primera.

Es cosa diáfana que hay una evolución histórica entre el escudo más antiguo que aparece en los poemas y el más reciente. No se deduce de ello necesariamente, empero, que el más antiguo tenga que aparecer en la parte más antigua de los poemas. Puestos a no deducir, pudiera pasar que el más reciente no se encontrara necesariamente en la parte más reciente sino que fuera fruto de cambios no profundos producidos en una ejecución reciente. Del mismo modo uno puede preguntarse si la existencia de varios estadios de formularidad que es dado distinguir en los poemas homéricos puede razonablemente sustentar conclusiones sobre el carácter más antiguo o más reciente de los episodios en que se encuentren. Dentro de cada gran poema, y cada vez que en un episodio nos hallemos claramente ante un sistema de modificaciones que abarca diversos hechos de dicción constatables, tendremos que buscar una explicación para ello, la que corresponda en cada caso; e indudablemente también en términos históricos, porque no ha de perderse de vista en modo alguno que, como ha sido programáticamente formulado, la fórmula homérica «es un fenómeno histórico», y que, si el tipo de dicción tradicional que se sirve de ella «fue una realidad histórica, ha de haber estado sujeto a cambio, como cualquier otra cosa en este mundo»<sup>15</sup>.

Pero sucede que no es preciso negar el carácter histórico de la fórmula para dudar de que hechos a veces de interpretación controvertida y escasos o aislados puedan probar nada desde el punto de vista cronológico. Por lo demás, como en el caso puesto por ejemplo del escudo (de cuya realidad histórica, dicho sea de paso, nadie debe dudar tampoco), el que una fórmula haya experimentado un cambio y pueda ser aducida como innovación o modificación no implica que otro poeta no haya usado contemporáneamente la misma fórmula en su estadio más antiguo. O incluso más tarde todavía.

El estado fluctuante de la poesía hexamétrica incluso después de su fijación oral convierte cuando menos en problemáticas las deducciones, aunque sean cautelosas. Y también las diversas voluntades poéticas que han confluído en esta tradición, las voces de los poetas sucesivos. Hay propósitos de composición diversas que se complementan y confluyen en un estilo, tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea*; logrado este estilo global unitario, es difícil convertir la arqueología de la composición en historia, porque sucesivos poetas pueden haberse sucedido o alternado en la confusión y mezcla de los niveles anteriores.

Todo lo cual sirva de introducción escéptica al asunto de la cronología de los himnos. Aunque sea al asunto de su cronología relativa respecto a las dos epopeyas homéricas y a la poesía hesiódica. Y a ello añádase lo que más arriba quedó dicho de que los himnos, al no haber operado sobre ellos, por su menor extensión, el mismo rigor de fijación que verosímilmente aplicaron los rapsodos a los dos grandes poemas épicos, pueden presentar, entiendo, innovaciones recientes que sólo afecten ocasionalmente a un conjunto u otros elementos diversos muy antiguos.

---

<sup>15</sup> A. Hoekstra, *The sub-epic stage of the formulate tradition*, Amsterdam y Londres 1969, p. 5.

Por mi parte, no me parece en general especialmente productivo, desde el punto de vista de lo que hoy son estos textos como poesía, distinguir cuestiones cronológicas de detalle. Tampoco creo que la opinión establecida, referente a que los más antiguos de nuestros himnos representan ya un estadio subépico, o sea, posterior a la *Ilíada* y la *Odisea*, deba ser globalmente puesta en tela de juicio. Hay en ellos hechos de dicción que no hablan en contra de tal apreciación<sup>16</sup>. Pero que los himnos representan un estadio subépico entiendo que no debe enfatizarse, en términos de valoración poética, sino su pertenencia, en el sentido que ha quedado dicho, a la misma tradición poética, la homérica.

Sucede a veces, en la poesía hexamétrica más antigua, que un mismo hecho es contado, dentro de la misma tradición, de modo diferente en dos ocasiones: por ejemplo, en *Teogonia* 570-584 la primera mujer, Pandora, es fabricada no como se nos dice que lo fue en *Trabajos y días* 60-68; e incluso esto sucede dentro del mismo poema, pues en *Trabajos y días* 69-82 hallamos, a continuación del anterior citado, otro relato de lo mismo que no es incompatible con aquél aunque no parece dudoso que un rapsodo en sus recitaciones podía haber escogido entre ambos a su gusto.

Este episodio de la invención de la mujer, su fabricación por Hefesto, el artesano divino, y cómo fue adornada y la intervención en ello de otros dioses, debió de ser muy conocido y celebrado, y los rapsodos improvisarían y variarían sobre él por agradar al público y sorprenderle con novedades. Dentro de una misma tradición, la hesiódica, estos tres episodios diferentes de lo mismo componen entre todos un sentido sin contradicciones: se complementan y el uno ayuda a la comprensión de los otros. Esto es lo que importa, creo, y no detectar en cuál de los tres relatos hay alguna particularidad lingüística más antigua para decidir cuál es el modelo de que dependerían los otros dos. El concepto de imitación poco tiene que ver, en esta poesía, con lo que será más tarde en la poesía escrita<sup>17</sup>.

En el relato de la *Teogonia* hesiódica, una vez creada la mujer, Zeus la conduce ante dioses y hombres (vv. 585-589). Lo mismo sucede, sólo que ahora son las Horas quienes la llevan y únicamente ante los dioses, en el caso de Afrodita en el himno homérico VI (vv. 14-15). El poeta de la *Teogonia* pone énfasis, durante la presentación, en la admiración producida en dioses y hombre por la mujer; el del himno homérico en la admiración también que causó en los dioses la figura de Afrodita (v. 18) pero concretando cómo la diosa hizo nacer en ellos el deseo de tomarla por mujer (vv. 16-17). El motivo de la presentación de una mujer ante un grupo de hombres se encuentra en dos pasajes épicos famosos: *Il.* III 154 ss., en que Helena que se dirige a la torre es vista por los ancianos de Troya, y *Od.* I 365-366, en que se expresa el efecto que la aparición de Penélope ha provocado en los pretendientes. En esta última ocasión tal efecto es comparable, también desde el punto de vista de la dicción poética, al que causó en los dioses, según el himno homérico VI, la aparición de Afrodita.

Los lugares hesiódicos de referencia insisten en que la mujer fue hecha con aspecto de doncella, y uno de ellos, los versos 62-63 de *Trabajos y días*, ilustran sobre su parecido con las diosas inmortales. Gran parte del prestigio de la mujer en la tradición arcaica pudiera pensarse que radica en su estar a medio camino entre los animales (la perra, con la que es tantas veces comparada, en la épica, en Hesíodo, en el yambo) y los dioses, participando de lo irracional y desvergonzado como de lo perfecto y bello. De modo que el efecto que el poeta de la *Teogonia* habría querido causar en su auditorio —como el de la *Ilíada* a propósito de Helena y el de la *Odisea* en lo que a Penélope se refiere— habría sido el del recuerdo de la escena tradicional en que Afrodita era presentada a los dioses: enmarcando la escena de la presentación de la mujer en aquella de la presentación de la diosa, estos poetas habrían querido sugerir la ambigüedad de la mujer<sup>18</sup>, la peligrosa divinidad de lo femenino humano.

<sup>16</sup> Se vea, en definitiva, R. Janko, ob. cit., p. 200.

<sup>17</sup> Remito aquí a la anterior nota 8. A pesar de las diferencias entre las realizaciones concretas de la poesía hexamétrica griega, es innegable que existe una tradición común, expresada en fórmulas, escenas típicas, temas y sentidos compartidos.

<sup>18</sup> Retomando aquí la formulación de J.-P. Vernant, *Moythe et pensée chez les Grecs*, París 1988 (edición revisada y aumentada), pp. 38 ss.

¿Debe de ello inferirse que la presentación de la mujer en la *Teogonia*, y la de Helena a los ancianos de Troya en la *Iliada*, y la de Penélope a sus pretendientes en la *Odisea* son, todas, imitación de la presentación de Afrodita a los dioses en el himno homérico VI? Sería un disparate. Y, sin embargo, es claro que poder pensar la escena de la aparición de Pandora y de estas otras mujeres sobre la de la aparición de la diosa da a la primera una profundidad a la que no ha de renunciar el intérprete, el lector de poesía. La relación ha de establecerse, pues, y extraer de ella conclusiones en términos de poesía, pero no en términos históricos, forzosamente, siempre.

Alguna otra ilustración de lo mismo puede traerse a colación ahora<sup>19</sup>. Veamos, por ejemplo, qué dicen los versos 13-16, de la parte final (porque sólo nos quedan de él dos fragmentos, uno del principio y otro de esta parte final) del himno homérico I, a Dioniso. Dicen así:

13 Dijo, y el Cronión bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos cabellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y a su influjo estremeciósse el dilatado Olimpo.

16 Así habiendo hablado, lo ratificó con la cabeza el pródigo Zeus.

Los tres primeros versos son iguales que *Il.* I 528-530, en que el poeta usa, según comenta Kirk, «su más elevado estilo, que se ayuda del uso de palabras y frases espléndidas y sonoras»<sup>20</sup>. Digamos que a la ocasión conviene estilo tan magnífico ya que es el momento en que Zeus promete a Tetis que vengará a Aquiles de la ofensa que le ha infligido Agamemnon, momento de crucial importancia en que es de todo punto oportuno, pues dar, solemnidad al gesto de asentimiento del Cronida.

El verso 16 está formado por tres unidades formulares (*a*: así habiendo hablado; *b*: lo ratificó con la cabeza; *c*: el pródigo Zeus) comparables por su sentido, si no por su orden, al verso 13 (*a*: dijo; *c*: y el Cronión; *b*: bajó las negras cejas en señal de asentimiento). Por otro lado, la unidad 16b, la más importante por el sentido, tiene otros paralelos homéricos, como por ejemplo *Il.* XV 75.

Que en el texto recibido aparezca el verso 16 tras los versos 13-15 requiere una explicación. Lo malo es que hay varias y opinables todas. Desde luego la cuestión no se cierra atetizando el 16 (¿por qué no del 13 al 15?), que es por lo menos tan homérico como el 13. Una posibilidad sería entender que el asentimiento de Zeus, formulado en el verso 13 y hecho solemne por los versos del 14 al 15, viene repetido adrede, ratificado, en este verso 16. Lo que no es imposible, pienso. Y, de hecho, creo que esto podría constituir una posibilidad para el poeta que recitara el himno. Como creo que otra posibilidad que tenía era la de escoger entre 13-15 o solamente 16. Entiendo que, a otra escala, es lo mismo que sucedía en el caso de las dos creaciones de la mujer que se suceden según vimos en *Trabajos y días*.

Que en el himno homérico, 13-15 y 16 eran dos posibilidades entre las que podía elegir el poeta al ejecutar la pieza me parece confirmado por lo que sucede en los versos del 17 al 21 finales del poema:

17 Senos propicio, Irafiota, apasionado por las mujeres; los aedos te cantamos al empezar y al terminar; y no es posible acordarse del sagrado canto y olvidarse de ti.

20 Y así, salve tú, oh Dióniso Irafiota, con tu madre Semele, a quien llaman Tiona.

También aquí hay dos despedidas, ambas dirigidas al dios (17-19, por un lado; 20-21, por otro), entre las que podía elegir el poeta.

Ya Lord había señalado<sup>21</sup> que la parte final de los cantos orales era la más fluida; no es extraño que se hayan acumulado, yuxtapuestas al final de este himno, dos posibilidades de ratificación de Zeus y de despedida a Dióniso. Lo que no me parece del caso, tampoco

<sup>19</sup> Vuélvase a consultar, a propósito de lo siguiente, la nota 9.

<sup>20</sup> G. S. Kirk, *The Iliad: a commentary*, vol. I, Cambridge 1985, p. 108.

<sup>21</sup> A. B. Lord, *The singer of tales*, Cambridge, Mass. 1960, p.119.

ahora, es buscar cuál de las versiones alternativas es la más antigua o cuál la auténtica — término que no tiene aquí sentido.

Por lo demás, el único criterio de datación serio es el lingüístico en lo referente a si una determinada forma es antigua o más reciente. Dejando aparte que la cronología relativa de tal forma no implicaría de suyo que no hubiera podido ser usada por un poeta más tarde, el criterio lingüístico de datación relativa no puede globalmente desacreditarse. Sólo que, incluso así, no siempre el criterio de datación relativa es mínimamente seguro. Puede ser un ejemplo flagrante de ello el verso 267 del himno a Afrodita, el V, donde la diosa, tras haber informado a Anquises de que, con cada ninfa que nace, nace también un árbol, y de que hay en lugares inaccesibles, abruptos, muchos de estos árboles, añade que *los* llaman «bosques de los inmortales». El anafórico de tercera persona, el *los*, es en griego *he*, que corresponde normalmente al acusativo del singular y no al del plural (que es lo que aquí convendría: se trata de árboles), que sería en griego *sphâs*. Súmese a ello que el tal anafórico forma parte de una fórmula que hallamos igualmente en *Od.* IV 355 y que allí la misma forma es un acusativo singular, lo que cuadra con la norma.

¿De ello qué resulta? Pues que los buscadores de innovaciones ven aquí un uso mecánico e indebido de la fórmula, y deducen de ello que el estadio de dicción del himno homérico V es subépico, es decir, posterior al de la *Odisea*, donde la fórmula es usada según la norma. Llaman, pues, «innovación no gramatical» al *he* del himno y se quedan tan anchos<sup>22</sup>. Pero sucede que esto no es razonablemente así de fácil. Una cosa es que un poeta se sirva de fórmulas y otra distinta que no se dé cuenta, al usarlas, de si se sirve de ellas atentando contra la lengua; yo, francamente, leído el himno homérico V, no hallo razón, por más técnica formular que haya en él, para tomar a su poeta por un inepto. Me parece, al contrario, un poeta hábil y sensible —tanto que un filólogo como Reinhardt, muy entendido en literatura, pudo suponer<sup>23</sup> que era el poeta mismo de la *Ilíada*; equivocadamente, entiendo, pero sí se trata de un poeta de calidad comparable. Y es el caso, además, que, aunque el griego haya desarrollado un plural *sphâs*, según quedó dicho, el anafórico *he* (como el reflexivo *hé*, con el que se identifica) debió de servir antes, en cualquier caso que no fuera el nominativo, para todas las personas y ser invariable de número y género. O sea, que si en el lugar de referencia funciona como un acusativo plural bien puede tratarse no de que el poeta haya innovado mecánicamente y haciendo faltas de gramática, por así decir, sino de que la forma en cuestión sea un arcaísmo perfectamente utilizable en una lengua tradicional como la homérica<sup>24</sup>.

La mayoría de los himnos homéricos son antiguos, participan de la tradición homérica y están cerca de la hesiódica. Algunos, sin embargo, son de época posterior, incluso muy posterior. Singularmente el himno VIII, a Ares, que no es imposible que haya sido escrito en el siglo V d.C., quizá por el neoplatónico Proclo<sup>25</sup>. Es un poema interesante, bien construido en su forma de plegaria —individual: de una sola persona—; en él el poeta pide al dios (ide la guerra!) «valor para vivir bajo las leyes benéficas de la paz» (w. 15-16), lo que supone un grado de sublimación y alegorización de los antiguos dioses que es ciertamente tardío; tampoco cabe duda razonable sobre lo reciente que resulta que el himno presente al dios como un astro (vv. 6-8).

Lo que consuela de este himno es que está claro que es tardío; en el caso de otros himnos de la colección que pudieran serlo o que se ha dicho que lo eran —aunque, desde luego, no tanto—, la cosa no resulta con mucho tan evidente. Por ejemplo, los dos himnos a Helio y a Selene, o sea, al Sol (el XXXI) y la Luna (el XXXII). Puede alegarse que no son antiguos sobre la base de testimonios como Aristófanes *Paz* 410-411, en que se distingue a los

<sup>22</sup> Así Hoekstra, ob. cit., p. 41.

<sup>23</sup> K. Reinhardt, «Zum homerischen Aphroditehymnus», *Festschrift B. Snell*, Munich 1956, pp. 1-14; *Die Ilias und ihre Dichter*, Gotinga 1965, pp. 507 ss.

<sup>24</sup> C. O. Pavese, *Studi sulla tradizione epica rapsodica*, Roma 1974, p. 68; cf. Cassola, ed. cit., p. 559, y Janko, ob. cit., p. 159.

<sup>25</sup> M. L. West, «The eight homeric hymn and Proclus», *Class. Quarterly* 20, 1970, pp. 300 ss.

griegos, que ofrecen sacrificios a los dioses olímpicos, de los bárbaros, que los ofrecen al Sol y a la Luna. También se ha sostenido que el verso XXXI 7 («y el infatigable Sol, parecido a los inmortales»), siendo así que se compone de dos hemistiquios homéricos (*Il.* XVIII 239, 484, por un lado, más *Il.* I 265, XI 60, por otro), no es sino una inhábil yuxtaposición de dos elementos, el segundo de los cuales no es predicable de un dios. Pero la verdad es que, sin ánimo de iniciar aquí una discusión sobre este particular, no está tan claro que los griegos tuvieran a Helio por un dios, y el mismo lugar de Aristófanes que se ha usado para probar su carácter tardío podría ahora usarse para demostrar que no era tenido por tal unánimemente. Una cosa es que personificaran al Sol y otra que le rindieran un culto estable como a un dios, salvo en algunos lugares concretos, como Rodas, desde luego, y Corinto. Los griegos podían sentir, sí, el carácter divino de la acción del Sol sobre los hombres, sobre la vida humana; no hay duda que, popularmente, el Sol era un dios<sup>26</sup>. Pero está claro que no figuraba entre los olímpicos y que, a pesar de sus rasgos divinos, no era objeto de culto sino entre los bárbaros o, por razones mítico-religiosas concretas, en unas pocas comunidades griegas.

Nada de esto significa, entiendo, que no pudiera haber sido objeto de un himno antiguo. Dentro de la *Teogonía* hay un himno a Hécate que he recordado (vv. 411 ss.)<sup>27</sup> y tampoco Hécate se cuenta entre los olímpicos sino que es divinidad de antes, dejada de lado en el culto aunque igualmente presente en el sentir popular. En una plegaria en el canto III de la *Ilíada* (v. 277) invoca Agamemnón a Helio (cf. *Il.* XIX 259) y la *Teogonía*, otra vez, se interesa (vv. 371 ss.) por la genealogía del astro personificado. Helio en un extremo, Selene en el otro, llenaban los dos ángulos inferiores del frontón oeste del Partenón, en la acrópolis de Atenas. De modo que Helio personificado, viejo numen que había conservado su vigencia, marginalmente, en el mundo ya sometido al orden y al poder de los olímpicos, bien pudo haber sido objeto de un himno antiguo.

Por lo demás, no parece que haya, en los himnos homéricos, un orden determinado, consciente por parte de algún recopilador. Este orden existe, por ejemplo, en los *Himnos* de Calímaco, libro que empieza programáticamente con uno dedicado a Zeus<sup>28</sup>. Y, dentro de los homéricos, no debe considerarse mero azar que Helio preceda a Selene ni que ambos acaben —simétricamente; y únicos en ello entre estos himnos— con la declaración del poeta de que va a cantar el linaje o las gestas de los semidioses, o sea, de los héroes (XXXI 18-19; XXXII, 18-19). Tal declaración significaría que ambos himnos se habrían usado como preludios para la recitación épica, según ya vimos. Pero lo que importa destacar ahora es la relación entre ambos. Y, yendo algo más allá, también la relación de ambos con el anterior al de Helio, el dedicado a Ge, a la tierra madre de todos, el XXX. El culto de esta vieja diosa, la que todo lo da, origen antiguo de los seres vivos, también parecía a algunos en la Atenas clásica cosa de bárbaros: nuestro informante no es en este caso Aristófanes sino Platón en el *Crátilo* (397c-d). Lo que no quita que se haya podido levantar el elenco de tantas veces como la madre Tierra es invocada en la tragedia<sup>29</sup>. Esta diosa y no diosa, como Helio, era también invocada por Agamemnón en el lugar de la *Ilíada* citado (III 277 ss.) en que también lo era Helio.

El último himno, el XXXIII, está dedicado a los Dioscuros, hermanos gemelos que también dudosamente son dioses y aquí celebrados como protectores de los marineros en las tormentas. Quizás el recopilador, además de juntar a Helio y a Selene, hubiera pensado que la vieja Tierra podía precederles y que tras ellos, al final, no iban mal estos ayudadores de los marineros. También los tres himnos anteriores al de Ge, el XXX, pudieran haber sido agrupados por la afinidad de las tres diosas a que están dedicados: Ártemis, el XXVII; Atenea, el XXVI, y Hestia, el XXV. Las tres son, según el himno V, a Afrodita, las únicas a quienes esta diosa «no ha podido persuadir el ánimo ni engañar» (v. 7).

<sup>26</sup> L. Gernet en L. G. y A. Boulanger, *El genio griego en la religión*, trad. española, México 1960, p. 174.

<sup>27</sup> Sobre el cual M. L. West, *Hesiod. The Teogony*, Oxford 1966, pp. 276 ss.

<sup>28</sup> Se vea al respecto C. Miralles, «Para una lectura del himno a Zeus de Calímaco», *Argos* 5, 1981, pp. 9 ss.

<sup>29</sup> Lo hizo A. P. Wagener en *Trans. of American Philol. Soc.* 62, 1931.

Pero, más allá de la pareja Helio y Selene, la verdad es que es muy especulativo y arriesgado conjeturar cualquier otro orden de los himnos que haya de responder a una voluntad de significación, a un sentido. Incluso himnos que parecen depender de otro himno, como el XVIII, a Hermes, respecto del IV, al mismo dios, no hallaron quien los colocara el uno tras el otro, como nadie estuvo interesado en poner juntos todos los himnos dedicados a un solo dios. Puede haber algún hecho significativo en el orden de los himnos en la colección, pero no, desde luego, una ordenación consciente del total.

Retomando la cuestión de su cronología relativa, nada puede asegurarse sobre los cuatro últimos, que, si han sido agrupados al final por algún motivo, ello no implica que hayan de ser de la misma época: el de los Dioscuros quizá sea el más reciente, pues es etiológico de por qué se da el nombre de los dos gemelos a los fuegos de san Telmo de dos puntas, que salvan a los marineros y son de buen augurio.

Tampoco es segura la época del himno XIX, a Pan, aunque en este caso los argumentos lingüísticos nos inclinan a considerar la posibilidad de que la versión que podemos leer sea quizás hasta de época clásica<sup>30</sup>. Este himno depende también del IV, a Hermes, como el otro a Hermes, el XVIII, que le precede en la colección. ¿Forman ambos otra breve secuencia? Parece hablar en este sentido incluso el hecho de que en su segunda mitad el poema esté dedicado a Hermes aunque sea como padre, precisamente, de Pan. Su materia está dispuesta con una cierta artificiosidad y el total llevado con cuidado y atención al efecto compositivo. Del dios, presentado como hijo de Hermes en el primer verso, pasa a las ninfas, «acostumbradas a la danza» (v. 3) y que en sus danzas invocan al dios (de las ninfas pasamos otra vez a Pan, ahora) como presente por doquier y siempre: en todas partes, en toda ocasión (w. 8-14) dentro de lo que ha sido definido como su ámbito, a saber, «las colinas nevadas, las cumbres de los montes y los senderos pedregosos» (w. 6-7). Cuando cae el día, entonces con sus cañas produce el dios una música serena que supera a la del ruiseñor (w. 14-18), ave emblemática de la poesía ya en Grecia y que a menudo designa metafóricamente al poeta. Las ninfas con sus cantos y danzas acompañan no se sabe si a Pan o al ruiseñor (w. 19 ss.) y el paisaje puede alegrar el corazón: una «blanca pradera donde el azafrán y el jacinto, floridos y olorosos, se mezclan confusamente con la hierba» (w. 25-26). El canto de las ninfas tiene como tema a Hermes: una caja contiene dentro otra caja. Así la segunda parte del poema presenta a Hermes pastor en Arcadia por causa del «tierno deseo que le había venido de unirse con una ninfa de hermosas trenzas, hija de Dríope» (w. 33-34). Y de allí nos lleva de nuevo a Pan, pues fue de los amores de Hermes con esta ninfa que nació el dios, cuyo nombre es al final etimologizado: presentado por su padre a los olímpicos, «le llamaron Pan porque a todos les había regocijado el alma» (v. 47: *pan* quiere decir *todo* en griego). Lo que había causado el regocijo de los inmortales fue el aspecto de Pan: «caprípedo, bicorne, bullicioso, de dulce sonrisa» (v. 37), algo tan monstruoso que la ninfa su madre en vez de amamantarlo había echado a correr «al ver aquella faz desagradable y barbuda» (v. 39).

Ciertas sutilezas de expresión, así como el gusto por los contrastes, podrían abonar la impresión de que este himno, que recuerda aspectos del modo compositivo y de la temática de Teócrito, no puede ser muy antiguo. Pero es sólo una impresión.

Forma, con el VII, a Dióniso, el grupo de los dos himnos de extensión intermedia. Pero el de Pan, que cuenta el nacimiento del dios y lo celebra en su ambiente (sólo que en orden inverso) no es narrativo, propiamente, como lo son los himnos mayores y como lo es también este VII, ocupado en cantar cómo el dios, apresado por unos piratas tirrenos que se lo llevaban cautivo en su nave, no pudo ser por éstos atado (vv. 12-14), y cómo, al hacerse éstos a la mar, sucesivos prodigios revelaron la naturaleza divina de Dióniso: el vino, primero, «manaba en sonoros chorros dentro de la nave» (vv. 35-36), y luego una parra se extiende por el borde superior de la vela y de ella cuelgan racimos, y una hiedra se

<sup>30</sup> En el siglo V o máximo en el IV lo ponen Allen-Halliday-Sikes, en la página 403 de su edición (Londres 1936<sup>2</sup>). Lo mismo hace más recientemente A. Andrisano (*Museum Criticum* 13-14, 1978-1979, pp. 7 ss.) pero sin razones convincentes y con una valoración inadecuada del poema. En cambio, Tanko (ob. cit., pp. 104 ss.) piensa en una fecha más antigua, a caballo entre los siglos VI y V, y tampoco puede esto descartarse.



enrosca al mástil y los escálamos se llenan de coronas (vv. 38-42); el dios, por último, se convierte en león (vv. 44-48, si consideramos interpolados los vv. 45-47; si no, además el dios hace que aparezca también una osa). El himno VII es también dramático: el timonel de la nave se apercibe de que han cogido a un dios cuando sus compañeros no logran atarlo (v. 17 ss.) y les advierte de que lo dejen en libertad. A él se opone de inmediato el capitán, que responde al piloto que se cuide de su trabajo y habla de lejanos puertos y de ganancia que la presa comportará a la larga «pues un dios lo pone en nuestras manos» (v. 31). Luego el dios, en forma de león, apresa al capitán y los marineros se tiran aterrorizados al mar; Dióniso tiene piedad del piloto, en cambio, que es preservado y se convierte en un hombre afortunado que habrá visto al dios. Con esta dramatización del mito, el poeta del himno nos muestra la división creada por el dios dentro de la nave y sabiamente va revelando despacio su manifestación como dios a los ojos de los marineros cada vez más aterrorizados. El himno cuenta cómo Dióniso produce en una nave los conflictos que luego la tragedia, el poema representado en el ámbito del dios, dramatiza en la ciudad. Podría recordarse al respecto que la nave es vieja metáfora de la ciudad entera, ya en la poesía arcaica.

Tampoco sobre la fecha de este espléndido himno puede aventurarse nada. Quizá tampoco sea muy antiguo, y ha habido quien lo ha considerado helenístico. A través de la narración, dramáticamente, el himno cala hondo en la naturaleza del dios que causa confusión, busca inmediatamente adeptos y lo transforma todo y a sí mismo incluso.

Manifiesta poder y ejerce magnanimidad. El himno ilustra el modo de ser, inquietante, convulsivo, del dios por excelencia de la alteridad entre los griegos.

Una hija ha sido arrebatada a su madre, ha sido raptada cuando cogía, con las hijas de Océano, flores en una pradera. Ella ha gritado pero sus compañeras no lo han advertido: sólo la diosa Hécate y Helio, el soberano Sol, se han dado cuenta. La raptada es diosa e hija de diosa: Perséfone, hija de Deméter; su raptor es un dios, Hades o Aidoneo, y el rapto cuenta con la aquiescencia de Zeus, padre de los dioses, pero se ha ejecutado a escondidas de la madre, de Deméter. El himno homérico II, a esta diosa dedicado, espléndido poema que sólo un manuscrito nos ha transmitido íntegro<sup>31</sup>, nos presenta así, en sus treinta y tantos primeros versos, el inicio del drama divino. La raptada da un postrer grito que oye, ahora, su madre, y el poeta describe entonces a ésta (vv. 42 ss.) dándose a la aflicción, al ayuno. La gran diosa camina durante nueve días, buscando y sola: ni dioses ni hombres le dicen nada. Hasta que Hécate sale a su encuentro, reconoce haber oído el grito y la lleva a la presencia de Helio. Leemos entonces la invocación y ruego de la diosa a éste (vv. 64-73) y la respuesta de éste a la diosa (vv. 75-87). Helio ha revelado a Deméter la verdad y cómo Zeus estaba al tanto del rapto y lo ha permitido.

Hemos visto a Deméter como una madre desvalida que responde a la desaparición de su hija buscándola, angustiada, inútilmente. Desamparada la diosa ha ido de aquí para allá; y al enterarse por Helio de la verdad, la diosa se siente entonces engañada. Se esconde, se ensimisma, por así decir, se exilia lejos de los dioses: acaba dando, como una vieja desvalida, entre los hombres. Esto en los versos 91-94. El efecto de tal apartamiento, a saber, que la tierra no producía fruto, no se nos cuenta hasta los versos 305-309. Pero para entonces la diosa ya estará, aunque entre los hombres todavía y «lejos de los bienaventurados dioses» (v. 304), asentada en el templo para ella por los hombres construido. Justo en Eleusis, es decir, donde el culto de la diosa imperaba entre los griegos y donde podían éstos iniciarse en sus misterios, que constituían la más importante religión de salvación de la época. El poeta, que ha llevado con tiento y detalle su centenar de versos que dibujan el dolor de la madre, su humanización en la angustia y en la búsqueda, su desengaño (ella, una diosa) de la voluntad de los dioses, dedica en el centro de su poema dos centenares de hexámetros a contar una historia que, dando razón de la nueva conversión de Deméter de pobre vieja sola en otra vez diosa, explique sobre todo el porqué

<sup>31</sup> Un manuscrito de principios del XV descubierto en Moscú en 1777, en un establo aunque proviniera del Archivo Imperial. Está ahora en Leiden. Se vea N. J. Richardson, ed. cit., pp. 65-66.

del asentamiento de su culto justamente en Eleusis<sup>32</sup>. En el momento culminante del dolor de la diosa, en el corazón mismo de este dolor que la ha alineado entre los humanos, se halla, nos cuenta el poeta, la razón de por qué hemos de morir los hombres. Así como la razón de dar culto a Deméter.

La historia que nos cuenta es que las hijas de Celeo, rey de Eleusis, cabe la fuente a la que habían ido a buscar agua, toparon con la vieja, hablaron con ella y compadecidas la recomendaron a su madre Metanira que, ya mayor, acababa de parir a un hijo varón, de nombre Demofonte, como ama. En calidad de tal aceptada por ésta, la diosa en figura mortal de anciana ungió con ambrosía al niño y por la noche lo ocultaba en el ardor del fuego, como un tizón, a escondidas de sus padres (w. 239-240). El motivo de la frustración de la inmortalidad del héroe es altamente tradicional. La diosa quería dar la inmortalidad al pequeño pero Metanira, al descubrir las prácticas de la anciana, como no sabía su intención no hizo sino temer por la vida de su hijo. Con el resultado de que la diosa, al punto, se revela como tal pero deja caer al niño, que ya no será inmortal.

En un primer momento, al ser aceptada en la casa de Celeo, quejumbrosa y triste, Deméter cambió de actitud por las chanzas y burlas de una mujer, Yambe, la epónima del género yámbico<sup>33</sup>, que la movió «a sonreír, a reír y a tener alegre ánimo» (v. 204); ahora, al ser descubierta en sus prácticas tendientes a hacer inmortal al niño, «terriblemente enojada en su ánimo» (v. 254) se queja de la estolidez humana e infunde, con su revelación como diosa, miedo (v. 293) a los mortales. Les exige la construcción de un templo y, en lugar de vivir como antes entre ellos, ahora, lejos de los demás dioses aún, se esconde en su templo. Desde allí dentro encerrada, la diosa hace que la simiente no se haga fruto, según dijimos. La vida está en su raíz misma detenida.

Reconciliada con la vida por las chanzas de una vieja, frustrada por la desconfianza de una madre, encerrada en ella (en su templo) de nuevo, sólo Zeus podrá esta vez hacer que deponga su actitud resentida. Pero no con palabras. Cuando le manda a Iris, la diosa ni se inmuta. Sólo cuando Zeus pasa a las obras y manda a Hermes que saque a Perséfone del mundo subterráneo, sólo cuando Hermes lleva a la hija al templo de la madre, Deméter, al punto, corre, la abraza: ha salido de sí. E inmediatamente vuelve a sufrir. Teme, en efecto, no haya engañado Hades a su hija. Y sí, el dios subterráneo le ha dado a comer un grano de granada: «contra mi voluntad y a la fuerza» (v. 413), dice la hija. Esto tendrá sus consecuencias. Pero ahora es claro que la diosa y su hija descansaban su espíritu de los pesares pasados, que se relajaban y alegraban (vv. 435-437). Desde lo alto Zeus vigila para hallar una salida. Hades, en efecto, se ha asegurado simbólicamente la pertenencia de Perséfone al mundo subterráneo, pues ésta es la razón por la que le ha dado a gustar la granada. Pero Zeus divide cada año de Perséfone: «un tercio del tiempo en la obscuridad tenebrosa» (v. 446) y las otras dos partes con su madre. Como antes ha mandado a Hermes al mundo subterráneo, tampoco ahora comunica él a Deméter lo que ha decidido, sino que se sirve de Rea como mensajera: Rea es la madre de Deméter y ahora la diosa madre encarna el papel de hija. «Haz que crezcan rápidamente los frutos de que viven los hombres» (v. 469): así termina Rea su mensaje, de parte de Zeus. Y Deméter, cuyo nombre probablemente significa tierra madre, «enseguida hizo salir el fruto de los fértiles campos» (v. 471).

Sin duda los fieles de Eleusis vieron en el gesto incomprensible de la diosa que quiere dar la inmortalidad a Demofonte una promesa soteriológica. Pero en su origen la imprevisión de Metanira explica por qué el hombre, a pesar de ser igual a los dioses, es mortal. Es esto justamente lo que explica, entiendo. Y que el dolor de la diosa, su separación de Perséfone, ofrece al hombre, en contrapartida, su sustento y la riqueza: «Pluto, que procura la riqueza a los mortales hombres» (v. 489). Pluto es tenido por hijo de Deméter en la *Teogonía* hesiódica (w. 969-974). En cualquier caso, se echa de ver que el dolor, la privación, el

<sup>32</sup> Sobre Eleusis, el lugar y el culto, cf. G. E. Mylonas, *Eleusis and the Eleusinian Mysteries*, Princeton 1961; C. Kerényi, *Eleusis, Archetipal Image of Mother and Daughter*, Nueva York 1967; W. Burkert, *Homo necans*, Berlín 1972 (cap. V).

<sup>33</sup> C. Miralles, «El yambo», *Estudios Clásicos* 90, 1986, pp. 11 ss.

ayuno, son necesario trámite para el sustento, para la vida (vida y sustento se dice igual, en griego). Vida en sentido material; vida en sentido espiritual. Y así el himno proclama la bienaventuranza del iniciado en los misterios, «pues el no iniciado en estos misterios, el que de ellos no participa, no alcanza jamás una suerte como la de aquél, ni aún, después de muerto, en la oscuridad tenebrosa» (vv. 481-482).

Este himno a Deméter es poema que alcanza la síntesis de diversos tonos, que va del lugar ameno del rapto a la desolación de la madre, de la piedad de las hijas de Celeo a su miedo, de la oscuridad de lo subterráneo a la espléndida riqueza que la tierra proporciona; los misterios divinos están ahí y la palabra poética abre caminos de acceso hasta ellos. Otros textos antiguos<sup>34</sup>, en gran parte relacionados con Orfeo, hablan del rapto, del origen del sustento humano, de la condición humana, de otros temas relacionados con la diosa de Eleusis que constituyen misterios la iniciación en los cuales salva. Este himno resigue desigualmente algunos de estos temas y los dice muy humanamente, muy dispuesto a ilustrar el misterio desde nuestro punto de vista: la diosa no está cerca cuando ejerce en ceremonias de alto riesgo sino cuando es presentada desvalida y angustiada, cuando ejerce de madre, incluso después, en la alegría del reencuentro.

En cuanto al himno III, dedicado a un dios de capital importancia en el orden olímpico, Apolo, ha quedado ya dicho que se ha compuesto uniendo un himno a Apolo delio con otro a Apolo délfico. Quizás, en la fiesta del dios, ambos himnos eran recitados con un intermedio coral. Si caben dudas sobre la fecha de nuestro poema entero —que sin duda ha de responder al afianzamiento de la importancia panhelénica de Delfos—, no es en cambio dudoso que el rapsodo los ha cosido con cuidado, atento a las simetrías entre ambas partes y construyendo un conjunto de alabanza al dios centrado en su poder oracular: bajo la jurisdicción absoluta del dios que tiene también el dominio de la lira cae la mántica, y centro de esta divina actividad es Delfos, el santuario de Pito. Ya en el primer himno la isla de Delos, cuando pacta con Leto las condiciones en que se aviene a ser el lugar donde habrá de ser Apolo parido, pide que la diosa jure «que primeramente se construirá aquí el hermosísimo templo para que sea un oráculo para los hombres» (vv. 80-81).

No es éste sin embargo un tema nodal en el himno a Apolo delio, que se articula en torno al arco del dios: con el arco, en efecto, asusta él incluso a los demás dioses (vv. 1-4; un punto de vista muy arcaico e influido por los dioses del Próximo Oriente) y Leto se alegra «por haber dado a luz un hijo que lleva arco y es belicoso» (v. 126); durante todo el himno, Apolo es invocado como arquero o «el que hiere de lejos» (vv. 1, 45, 56, 90, 134, 140, 177, 178)<sup>35</sup>. El himno no entra en cómo es el dios sino que celebra que Leto se fijara en Delos y explica el parto de la diosa; para luego celebrar también la reunión allí, en honor del dios, de «los jonios de rozagantes vestiduras juntamente con sus hijos y sus venerandas esposas» (vv. 147-148). Proclama el poder del dios, pero el himno delio no narra sobre el dios sino las tribulaciones de su madre al haber de darlo a luz; narra su nacimiento en Delos como causa del amor que el dios siente por su isla.

En el himno pítico, Apolo sigue siendo el que hiere de lejos (vv. 215, 222, 239, etc.) pero ya el principio de este poema ha sido concebido simétrica y polémicamente respecto al himno delio: si allí Apolo asustaba con su arco a los dioses, ahora es «pulsando la lira» (v. 182) como se encamina el dios a Pito y de allí al Olimpo, donde, en vez de asustar a los dioses, éstos acuden solícitos «y enseguida los inmortales sólo se cuidan de la cítara y del canto» (v. 188). O sea, la lira y el canto (que ya en la parte delia el dios mismo había pregonado como atributos suyos, ambos: v. 132) sustituyen aquí, en la escena inicial del segundo himno, al arco y a la belicosidad. La lira se corresponde con el arco y se opone a él<sup>36</sup>. En el

<sup>34</sup> Se vea de nuevo la edición y comentario de Richardson, pp. 74 ss.

<sup>35</sup> Véase F. Guida, «Apolloarciere nell'inno omerico ad Apollo Delio», en los *Studi omerici e esiodei* I publicados por la Universidad de Trieste (Roma 1972, pp. 7 ss.), que explota que el dios sea arquero como confirmación de su origen oriental: conjetura posible, pero que no hay modo de demostrar.

<sup>36</sup> Así debió de leer Calímaco el himno homérico, porque esta correspondencia entre el arco y la lira es central en su himno a Apolo: cf. C. Miralles, «L'arc i la lira. Aproximació a la lectura de l'himne II de Callimac», en *Athlon. Satura grammatica in honorem F. R. Adrados*, vol. II, Madrid 1987, pp. 633 ss.

himno a Apolo delio se ha profetizado que se alzar  en la isla un oráculo, pero la atención del poeta se ha ido hacia otros temas. El del himno a Apolo p tico se decide (vv. 216 ss.) por cantar cómo anduvo el dios «por la tierra, buscando un oráculo para los hombres» (w. 214-215). Convertir , en efecto, la construcción de un templo que sea oráculo, tal como la hallamos enunciada en el himno delio (w. 80-81), en hilo conductor de su relato, de su himno (cf. w. 247-248 = 258-259; 287-288). Y el dios mismo construirá el templo (vv. 254-255; 294-295) empez ndolo primero en Telfusa pero luego y definitivamente en Pito. Como fundador, Apolo aparece primero poniendo los cimientos y luego repoblando el lugar de cretenses: metamorfoseado en delfín (v. 400; y delfín tiene que ver con Delfos), les arrebató el dominio de la nave en que viajaban y los lleva a Crisa y luego arriba, precisamente a Pito (v. 517). El dios les precede con la lira en las manos; en el mismo lugar, precisamente, en que ha tenido el arco en las manos para matar a la dragona (w. 300 ss.; 356 ss.) que señoreaba antes de la llegada del dios en aquellos lugares. Apolo ha asentado en Delfos su oráculo sobre un lugar regido antes por fuerzas terrestres, reptiles y monstruos (la dragona había amamantado a Tifaón: w. 305-306). En la estructura del himno entero, estando tales monstruos vinculados con Hera (de quien es hijo Tifaón), la muerte de éstos responsiona, como compensación o venganza, con los pesares y dolores de Leto en el difícil, por causa de Hera, parto de Apolo, en el himno delio. La lira cuyas cuerdas hace sonar ahora, cuando entroniza a los cretenses que como delfín ha llevado all , sacerdotes de su culto y oráculo, corresponde, en el mundo ya ordenado en que impera Apolo, al arco del dios de Delos cuyas flechas habían sonado también en Delfos cuando el dios dio all  muerte a la serpiente por la que aquel lugar recibí el nombre de Pito.

Cuidadoso, detallista, conocedor del arte de la composición poética, el rapsodo del himno p tico no tiene la sencillez, la gracia, en definitiva, del himno delio, claramente anterior y al que algunos antiguos habían llamado, según vimos, Homero. Muy distintos, el himno a Apolo delio y el V, a Afrodita, se cuentan entre los más nítidos, entre los de más alta poesía, de la colección. Pudiera ser que ambos fueran también los más antiguos.

El himno homérico IV, a Hermes, presenta a este dios como un engañador de los orígenes, como un ladrón. Se mueve entre el elogio de estas características, en Hermes divinas, y la explicación de cómo Apolo las integra, en la medida de lo posible, en el orden que este otro dios representa. Hermes es el hijo pequeño: tan pequeño que ha nacido ayer. Como en los cuentos, pero más prematuramente, ha de hacerse valer, ha de lograr que le respeten. Porque es hijo de Zeus, como Apolo mismo, pero parece que su madre, la ninfa Maya, ha aceptado, con una vida regalada y rica, de diosa inmortal (w. 246-251), una situación de apartamiento, «sin recibir ofrendas ni súplicas» (v. 168; cf. 170-172), o sea, sin culto. Frente a esta situación el hijo pequeño quiere, ya de entrada, el mismo honor que corresponde a su hermano Apolo (w. 172-173). Como en los cuentos, pues, el hijo pequeño, cuya madre vive apartada, decide salir a ganarse lo que no tiene ni le dan. Sólo que el niño de nuestra historia nació ayer; de acuerdo que es un dios, pero, cuando la criatura, después de robar las vacas de los inmortales y esconderlas, se mete «apresuradamente en la cuna» (v. 150), un tan tierno infante que engaña y roba y mata a dos vacas con la fuerza de sus manos resulta, desde luego, divino, pero excesivo, exagerado, y hasta tiene, a fuerza de desmesurado, bastante de grotesco, de cómico.

En los cuentos de esta índole es la astucia lo que vale: aquí la astucia sin límites, también de algún modo hiperbólica; el engaño y la astucia son aliados del robo, en el caso de este dios —y nunca mejor dicho— desde la cuna. Pero este ladrón de los orígenes es también el ingenioso inventor de la lira, que por vez primera fabricara con el caparazón por él vaciado de una tortuga, y su robo responde a que su padre no le da «los mismos divinales honores» que ha dado a Apolo (w. 172-175). El robo de Hermes no es incomparable al de Prometeo: Éste roba en efecto el fuego de Zeus ante la indefensión de los humanos; Hermes roba las vacas por lograr consideración, que se fijan en él y valoren su astucia y sus engaños; en su camino con el ganado enciende fuego (w. 108 ss.) por vez primera, y dispone las carnes de las vacas que ha matado como para un sacrificio: fuego y sacrificio est n ahí juntos, como en la historia de Prometeo.

Los 183 primeros versos del himno cuentan la portentosa precocidad del dios: su primer invento, la lira, y su primer robo, extraordinario (se ha llevado las vacas haciéndolas caminar hacia atrás, como acostumbra las vacas recién nacidas), además del asunto del fuego y del sacrificio de que se ha dicho ahora. En el 184, con la luz de la aurora, se pone en movimiento Apolo, a la búsqueda de las vacas. El dios acabará, naturalmente, descubriendo al autor del robo: con la ayuda de un viejo, muy de cuento, que le da indicios para seguir unas huellas incomprensibles, que parecen dirigirse hacia el lugar de donde proceden, y gracias al presagio de un ave (v. 213) que no se explica. Llegado Apolo a la gruta de la ninfa se produce un enfrentamiento verbal o *agón* entre los dos hijos de Zeus. El mayor, ya dios prestigioso, le ordena que le revele dónde están las vacas y le amenaza si calla. Es un enfrentamiento aparentemente desigual: hay un contraste, que podría parecer desmesurado, entre lo que Apolo atribuye a Hermes y las amenazas que profiere, por un lado, y el hecho, por otro, de que se dirija a un niño acostado en su cuna (w. 254-259). El efecto es cómico, y a este mismo efecto contribuye la respuesta de Hermes (w. 261-277), que se proclama niño y hace ver lo insensato de afirmar que un niño recién nacido haya robado las vacas. Llamándole indignado «embustero, maquinador de engaños» (v. 282) y ladrón, Apolo se lo lleva en brazos a la presencia de los dioses. Se nos revela entonces otro aspecto significativo de Hermes, su insolencia escatológica, pues el dios responde en silencio con un augurio, «obrero atrevido del vientre, nuncio abominable» (w. 295-296), un pedo, y estornudando. El dios ladrón, engañador, rufián precocísimo, al inventar la lira había empezado a cantar a la manera, precisamente, de «los jóvenes mancebos» cuando «se zahieren lanzándose pullas unos a otros» (w. 54-56); agresiva y desvergonzadamente, pues, al modo escóptico. Ahora, en consonancia con aquello, responde, también, callando e indecentemente.

Ante los olímpicos tiene lugar otro *agón* entre los dos hijos de Zeus. A la denuncia de Apolo (vv. 334-364) responde Hermes negando de nuevo (vv. 368-386). Apolo ha prometido antes a Hermes el «honor entre los inmortales» (v. 291) de ser siempre el rey de los ladrones engañosos. Ahora lo proclama ante los dioses «tan fullero como yo no he visto otro, ni entre los dioses ni entre los hombres, de cuantos engañan a los mortales sobre la tierra» (w. 338-339). Mientras miente, el ladrón engañoso que se tira pedos y estornuda va «guiñando los ojos» (v. 387). Con pedos y guiños Hermes inaugura, él que es dios, un tipo de expresividad corporal que, presente en la cultura popular, halla pocas veces lugar en la cultura alta: ésta es poesía hexamétrica, compositiva y formalmente como la épica, y por ella anda Hermes ventoseando, estornudando y guiñando el ojo.

A pesar de sus mentiras, nada pasa desapercibido a Zeus, y Zeus quiere la amistad entre sus dos hijos. Zeus manda, pues, a ambos que busquen el ganado perdido con ánimo concorde (w. 391 ss.). Además, Zeus inviste a Hermes como mensajero de los dioses. Consagrándolo como tal le da, sin duda, un honor superior al prometido por Apolo, le confiere una función, por lo demás tenida por más digna, que es la que comúnmente lo distingue en la poesía y el arte griegos. Pero el mensajero guía, y así Zeus le engaña, le fuerza a llevar a Apolo donde las vacas.

El resto del himno es el reparto de funciones entre Hermes y Apolo. Éste se asegura para él el arte mántica (vv. 533 ss.) a cambio de regalos; Hermes, que ha dado la lira a cambio del ganado, inventa en contrapartida la siringa (v. 512) y aprendemos que Zeus le ha concedido, además, ser el introductor del comercio entre los hombres (vv. 516-517). Pero asistimos al origen del dominio de Apolo, indiscutible, sobre la poesía y la mántica<sup>37</sup>. La sombra de Delfos, de la época de influencia de aquel santuario, la misma que cubría el himno a Apolo píctico, se proyecta también sobre este himno a Hermes. La gloria de este dios pasa por el reconocimiento de su hermano, más allá del que ya tiene del propio Zeus. Y así el propio Apolo proclama los méritos tan excepcionales de Hermes, el dios que engaña, que actúa de noche. A cambio de haber establecido los límites entre los ámbitos de ambos. Y de haberse quedado él en exclusiva con mántica y poesía.

<sup>37</sup> Miralles y J. Pòrtulas, *Archilochus and the iambic poetry*, Roma 1983, pp. 83 ss.

Sin duda Hermes es, entre los dioses, quien más se parece a Ulises entre los héroes. Con la conducta y las obras de ambos se dibuja en la poesía más antigua una moral de la astucia, basada en el engaño si hace falta, en responder según las circunstancias, en crear y usar todos los medios necesarios para lograr el fin propuesto. Así Ulises, juntamente con Diomedes, proyecta y lleva a cabo en la *Ilíada* un golpe audaz, de noche, del que resulta la muerte de Dolón. No siente el héroe ningún reparo ante el engaño y la nocturnidad, tal como no resulta que lo hubiera sentido Hermes cuando abandonó por primera vez la casa de su madre, niño aún de pañales, «meditando en su mente un golpe audaz como los que traman los ladrones durante las horas de la negra noche» (w. 67-68). El héroe y el dios son, ambos, maestros de una palabra agresiva y cautelosa, sonrían sardónicamente<sup>38</sup> o guiñan los ojos. No les importa hacer reír si es para salirse con la suya: la risa de Zeus avala en el himno (v. 389) el momento en que el hijo gana el corazón de su padre, obtiene honor por su astucia y evita el castigo a pesar de ella.

---

<sup>38</sup> C. Miralles «Le rire sardónique», *Metis* 2, 1987, pp. 31 ss.

## BIBLIOGRAFÍA

### 1. Ediciones, comentarios y léxicos

- A. GEMOLL, *Die homerischen Hymnen*, Leipzig 1886.
- TH. W. ALLEN, *Homeri Opera*, vol. V, Oxford Classical Texts 1912.
- H. G. EVELYN-WHITE, *Hesiod, the Homeric Hymns and Homérica* (texto griego con traducción inglesa), Londres 1936 (ed. rev.).
- TH. W. ALLEN, W. R. HALLIDAY y E. E. SIKES, *The Homeric Hymns* (con comentario), Londres Nueva York 1936.
- J. HUMBERT, *Homère. Hymnes* (texto griego con traducción francesa), París 1936.
- A. WEIHER, *Homerische Hymnen* (texto griego con traducción alemana), Munich 1961.
- F. CÀSSOLA, *Inni Omerici* (con comentario y traducción italiana), Milán 1975.
- H. EBELLING, *Lexicon homericum*, Leipzig, vol. II, 1880; vol. I, 1885.
- A. GEHRING, *Index homericus*, Leipzig 1891.
- H. DUNBAR, *A complete concordance to the Odyssey and the Hymns of Homer*, Londres 1880 (reimpr. Hildesheim 1960).
- J. R. TEBBEN, *A computer concordance to the Homeric Hymns*, Hildesheim 1977.

### 2. Traducciones

- J. BANQUÉ, *Himnos homéricos vertidos directa y literalmente del griego por vez primera a la prosa castellana* (texto griego), Barcelona 1909-1910.
- L. SEGALÁ, *Himnos homéricos, Batracomiomaquia, Epigramas, fragmentos de poemas cíclicos*, Barcelona s. a.
- R. RAMÍREZ TORRES, *Épica Helena Post-Homérica*, México 1963.
- A. BERNABÉ, *Himnos Homéricos. La «Batracomiomaquia»*, Madrid 1978.

Al catalán:

- Himnes Homèrics*, traducció en vers de Joan Maragall i text grec amb la traducció literal de P. Bosch Gimpera, Barcelona 1913.
- M. BALASCH, *Himnes Homèrics* (versió poètica catalana, edició bilingüe), Barcelona 1974.

### 3. Estudios

- O. ZUMBACH, *Neuerungen in der Sprache der homerischen Hymnen*, Zurich 1955.
- J. A. NOTOPOULOS, «The Homeric Hymns as oral poetry: a study of the post-Homeric oral tradition», en *American Journal of Philology*, 83, 1962, pp. 337-368.
- J. DE HOZ, «Poesía oral independiente de Homero en Hesíodo y los himnos homéricos», en *Emérita* 32, 1964, pp. 283-298.
- J. B. HAINSWORTH, *The Flexibility of the Homeric Formula*, Oxford 1968.
- A. HOEKSTRA, *The Sub-Epic Stage of the Formulaic Tradition*, Amsterdam 1969.
- J. R. TEBBEN, *A metrical and lexical study of the Homeric Hymns*, Ohio 1971.
- C. O. PAVESE, *Studi sulla tradizione epica rapsodica*, Roma 1974.
- R. ADRADOS, *Orígenes de la lírica griega*, Madrid 1976.
- M. VAN DER VALK, «On the arrangement of the Homeric Hymns», en *Antiquité Classique* 45, 1976, pp. 419-445.
- G. BONA, «Inni omerici e poesia greca arcaica», en *Rivista di Filología e di Istruzione Classica* 106, 1978, pp. 224-248.
- N. POSTLEHWAITE, «Formula and Formulaic: some evidence from the Homeric Hymns», en *Phoenix* 33, 1979, pp. 1-18.
- C. BRILLANTE, M. CANTILENA y C. O. PAVESE (edd.), *I poemi epici rapsodici non omerici e la tradizione orale*, Padua 1981.
- R. JANKO, «The Structure of the Homeric Hymns: a study in genre», en *Hermes* 109, 1981, pp. 9-24.
- R. JANKO, *Homer, Hesiod and the Hymns*, Cambridge 1982.
- A. ESTEBAN SANTOS, *Himnos homéricos «maiores» I: Análisis estilístico y estructural*, Madrid 1983.



## **HIMNOS**

**I****FRAGMENTOS DEL HIMNO A DIÓNISO**

Unos dicen que Semele, habiéndote concebido de Zeus que se complace en el rayo, te dio a luz en Drácano; otros, que en la ventosa Ícaro; otros, que en Naxos, oh retoño divino, Irafiota; otros, que junto al río Alfeo de profundos remolinos; y otros afirman, oh soberano, que naciste en Tebas. Pero mienten todos, que a ti te dio a luz el padre de los hombres y de los dioses, lejos de los humanos, escondiéndose de Hera, la de níveos brazos. Hay una montaña, Nisa, de gran altura, cubierta de bosque, situada lejos de Fenicia y cerca de la corriente del Egipto.

10 Y le erigirán muchas estatuas en los templos. Como lo dividió en tres partes, los hombres te ofrecen constantemente, cada tres años, perfectas hecatombes.

13 Dijo, y el Cronión bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos cabellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y su influjo estremeciéndose el dilatado Olimpo.

16 Así habiendo hablado, lo ratificó con la cabeza el pródigo Zeus.

17 Senos propicio, Irafiota, apasionado por las mujeres; los aedos te cantamos al empezar y al terminar; y no es posible acordarse del sagrado canto y olvidarse de ti.

20 Y así, salve tú, oh Dióniso Irafiota, con tu madre Semele, a quien llaman Tiona.

## II A DEMÉTER

1 A Deméter de hermosa cabellera, veneranda diosa, comienzo a cantar; a ella y a su hija de anchos tobillos, que fue raptada por Aidoneo —por concesión del tonante largovidente Zeus y a hurto de Deméter, la de áurea hoz y espléndidos frutos— mientras jugaba con las hijas del Océano, las de profunda cintura, y cogía flores en un blando prado, a saber: rosas, azafrán, hermosas violetas, espadillas, jacintos y aquel narciso que la tierra produjo tan admirablemente lozano, por la voluntad de Zeus, con el fin de engañar a la doncella de cutis de rosa y complacer a Hades que a muchos recibe; y al verlo se asombraron así los inmortales dioses como los mortales hombres. Cien capullos brotaron de su raíz y, al esparcirse su olor suavísimo; sonreían todo el alto y anchuroso cielo, la tierra entera y la hinchada y salobre agua del mar. Ella, admirada, tendió los brazos para coger el hermoso juguete; pero entonces se abrió la tierra, de anchos caminos, en la llanura nisia, y surgió el soberano Polidegmón, hijo famoso de Cronos, llevado por sus corceles inmortales. Y arrebatándola contra su voluntad en carro de oro, se la llevó mientras lloraba y gritaba con aguda voz, invocando a su padre Cronida altísimo y poderosísimo. Pero ninguno de los inmortales ni de los mortales hombres escuchó su voz, ni tampoco sus compañeras de espléndidas muñecas: sino que solamente la oyeron la hija de Perseo, la de tiernos pensamientos, desde su cueva, Hécate, la de luciente diadema, y el soberano Sol, hijo de Hiperión, cuando la doncella invocaba a su padre Cronida; pues éste se hallaba, lejos de los dioses, en un templo de muchos suplicantes, donde recibía hermosos sacrificios de los mortales hombres. Contra su voluntad, pues, por el consejo de Zeus, se la llevó su tío paterno con los caballos inmortales, aquel que sobre muchos impera y a muchos recibe, el hijo famoso de Cronos. Mientras la diosa no perdió de vista la tierra, el cielo estrellado, el impetuoso oleaje del ponto abundante en peces y los rayos del sol, aún confiaba que vería a su augusta madre y las familias de los sempiternos dioses; y entre tanto la esperanza acariciaba su gran ánimo, aunque estuviese afligida: su voz divina resonaba en las cumbres de las montañas y en las profundidades del ponto, y la oyó la veneranda madre. Sintió ésta que un agudo dolor le traspasaba el corazón, destrozó con sus manos la cinta que sujetaba su cabellera inmortal, echóse sobre los hombros un cerúleo manto, y salió presurosa, como un ave, a indagar por tierra y por mar; pero ninguno de los dioses ni de los mortales hombres quiso revelarles la verdad, ni ave alguna se le presentó como verídico mensajero. Durante nueve días vagó por la tierra la veneranda Deo, que llevaba teas encendidas en sus manos; y, angustiada, ni una sola vez probó la ambrosía ni la suave bebida del néctar, ni metió su cuerpo en el baño. Mas cuando le apareció por décima vez la resplandeciente Aurora, salió a su encuentro Hécate con una luz en la mano y, para darle noticias, le dirigió la palabra diciendo:

54 —¡Veneranda Deméter, que nos traes los frutos a su tiempo y nos haces espléndidos dones! ¿Cuál de los númenes celestiales o de los mortales hombres te robó a Perséfone, contristando tu corazón? Oí sus gritos, pero no vi con mis ojos quién fuese el raptor. Me apresuro a decirte toda la verdad.

59 Así habló Hécate. Y la hija de Rea, la de hermosa cabellera, no le contestó con palabras; sino que al punto echó a correr con ella, llevando teas encendidas en sus manos. Y llegándose al Sol, atalaya de dioses y hombres, se detuvieron ambas ante sus corceles y preguntó la divina entre las diosas:

64 —¡Oh Sol! Hónrame a mí que soy diosa, si alguna vez he regocijado con palabras u obras tu corazón y tu ánimo; y también a la hija que di a luz, dulce retoño, famosa por su hermosura, cuya voz de angustia he oído a través del éter, cual si fuese violentada, aunque no lo vi con mis ojos. Pero tú, que con tus rayos contemplas desde el divino éter toda la tierra y el ponto, dime sinceramente, si es que en alguna parte viste a mi hija amada, cuál de los dioses o de los mortales hombres se la ha llevado, cogiéndola a viva fuerza, contra su voluntad y durante mi ausencia.

74 Así dijo. Y el Hiperiónida le respondió con estas palabras:

75 —¡Hija de Rea, la de hermosa cabellera, soberana Deméter! Tú lo sabrás, pues te venero mucho y me apiado de ti al verte acongojada a causa de tu hija de hermosos tobillos: ninguno de los inmortales es culpable sino Zeus, que amontona las nubes, el cual se la dio a Hades, su propio hermano, para que la llamara su floreciente esposa; y Hades, raptándola, se la llevó en su carro a la oscuridad tenebrosa, mientras ella profería recios gritos. Pero, oh diosa, cese tu gran llanto: ninguna precisión tienes de sentir sin motivo esa cólera insaciable, pues no es un yerno indigno de ti, ante los inmortales, tu propio hermano Aidoneo que sobre muchos impera y es de tu mismo linaje; a quien le cupo en suerte, cuando en un principio se efectuó la división en tres partes, ser señor de aquellos entre los cuales mora.

88 Habiendo hablado así, gritó a los caballos; y éstos, con la increpación, arrastraron rápidamente el veloz carro con las alas extendidas a manera de aves; mientras a ella un pesar más terrible y más cruel le llegaba al alma. Irritada contra el Cronida, el de las sombrías nubes, desamparó el ágora de los dioses y el vasto Olimpo y se fue hacia las ciudades y los pingües cultivos de los hombres, afeando su figura durante mucho tiempo: ninguno de los hombres ni de las mujeres de profunda cintura la reconoció al contemplarla, hasta que llegó a la morada del belicoso Celeo, que entonces era rey de la perfumada Eleusis. Afligida en su corazón, sentóse cerca del camino, en el pozo Partenio, adonde iban por agua los ciudadanos, a la sombra, pues en su parte alta había brotado un frondoso olivo: semejava una vieja nacida antaño que ya no es apta para dar a luz ni para gozar de los presentes de Afrodita, amante de las coronas, cuales son las mujeres que se dedican a criar los hijos de los reyes que administran justicia o tienen el cargo de dispenseras de los palacios sonoros. Viéronla las hijas de Celeo Eleusínida que venían por agua, fácil de sacar, para llevarla en vasijas de bronce al palacio de su padre; eran cuatro, tales como dioses, en la flor de la juventud: Calídice, Clisídice, Demo la amable y Calítoe, la mayor de todas; y no la conocieron pues los dioses difícilmente se dejan ver de los mortales. Y acercándose a ella, le dijeron estas aladas palabras:

113 — ¿Quién y de dónde eres, anciana que naciste con los hombres de antaño? ¿Por qué permaneces lejos de la ciudad y no te acercas a sus casas? Allí, en los umbríos palacios, hay mujeres tan viejas como tú y otras más jóvenes que te acogerán con palabras y acciones benévolas.

118 Así dijeron. Y la veneranda entre las diosas les respondió con estas palabras:

119 — ¡Hijas amadas, cualesquiera que seáis de las débiles mujeres, salud! Yo os hablaré, que no es inconveniente revelaros la verdad a vosotras que venís a hablarme. Mi nombre es Doso, que tal fue el que me impuso mi venerada madre. Ahora he venido de Creta, sin que yo lo deseara, por el ancho dorso del mar; pues unos piratas se me llevaron fatal y violentamente, contra mi voluntad. Éstos, yendo en su nave veloz, aportaron a Tórico, donde las mujeres saltaron juntas a tierra, mientras ellos disponían la cena junto a las amarras del buque; pero mi ánimo no apetecía la agradable cena, y lanzándome secretamente por la oscura tierra, huí de mis soberbios señores para que no me vendieran —¡a mí, que nada les había costado!— y se lucraran con el precio. De esta manera, errante, vine aquí; y no sé qué tierra es ésta, ni quiénes la habitan. A vosotras, todos los que poseen olímpicas mansiones os concedan alcanzar juveniles maridos y tener hijos cuales los desean los padres; pero, apiadaos de mí, doncellas, sedme benévolas, hijas amadas, hasta que entre en la casa de unos esposos para trabajar gustosamente por ellos, haciéndoles cuantas faenas son propias de una mujer anciana: podría llevar en brazos y criar con esmero un niño recién nacido, guardar la casa, aparejar el lecho de los señores en lo más recóndito de la sólida habitación, y enseñar labores a las mujeres.

145 Así habló la deidad. Y al momento le respondió Calídice, doncella libre aún y la más hermosa de las hijas de Celeo:

147 — ¡Ama! Lo que nos deparan los dioses hemos de sufrirlo necesariamente los humanos,

aunque estemos afligidos; pues aquellos nos aventajan mucho en poder. Pero voy a informarte claramente de esas cosas y a nombrarte los varones en quienes reside aquí la honra del supremo mando; los cuales sobresalen en el pueblo y defienden las almenas de la ciudad con sus consejos y rectos fallos. Las esposas de todos éstos —del prudente Triptólemo, de Dioclo, de Polixeno, del irreprochable Eumolpo, de Dólico, y de nuestro esforzado padre— llevan el gobierno de sus moradas; y ninguna, en cuanto te vea, te alejará de su casa, menospreciando tu aspecto; sino que todas te admitirán, pues eres semejante a una diosa. Y, si quieres, aguarda, mientras nos llegamos a la morada de nuestro padre y referimos detalladamente todas estas cosas a nuestra madre Metanira, la de profunda cintura, por si acaso te manda que vayas a nuestra casa y no busques las de los demás. Pues le ha nacido en la vejez el último hijo muy deseado y recibido con júbilo, el cual se le cría en el palacio bien construido. Si lo criaras tú, y él llegara a la época de la pubertad, cualquiera de las débiles mujeres te envidiaría al verte: tan grande recompensa te daría por la crianza.

169 Así dijo, y ella asintió con la cabeza. Las doncellas llenaron de agua las resplandecientes vasijas y se las llevaron ufantemente. Presto llegaron a la espaciosa morada de su padre y al momento contaron a su madre lo que habían visto y oído, y ésta les mandó que fueran enseguida a llamarla, ofreciéndole un inmenso salario. Como las ciervas o las becerras retozan por el prado en la estación primaveral, después de saciarse de forraje; así las doncellas, cogiéndose los pliegues de sus lindos velos, se lanzaron por el cóncavo camino de carros, y alrededor de sus hombros flotaban las cabelleras que parecían flores de azafrán. Hallaron a la gloriosa deidad cerca del camino, donde antes la dejaran; y acto continuo la condujeron a la grata mansión de su padre: ella seguía detrás, acongojada en su corazón y cubierta desde la cabeza; y el cerúleo peplo ondulaba en torno de los ágiles pies de la diosa. Pronto llegaron a la morada de Celeo, alumno de Zeus, y penetraron en el pórtico donde la veneranda madre estaba sentada, cerca de la columna que sostenía el techo sólidamente construido, con el niño, su nuevo retoño, en el regazo. Las doncellas corrieron hacia su madre y la diosa transpuso con sus pies el umbral, rozó con su cabeza la viga del techo y llenó las puertas de un resplandor divino. El respeto, la admiración y el pálido temor se apoderaron de Metanira, que le cedió el asiento y la invitó a sentarse. Pero Deméter, que nos trae los frutos a su tiempo y nos hace espléndidos dones, no quiso sentarse en el vistoso sillón, sino que permaneció callada y con los bellos ojos hincados en tierra, hasta que Yambe, la de castos pensamientos, puso para ella una fuerte silla que cubrió con blanca pelleja. Habiéndose sentado allí, con sus manos se echó el velo: largo tiempo estuvo sentada en la silla, sin voz, afligida, sin dirigirse a nadie ni con palabras ni con acciones; y así, sin reírse y en ayunas de comida y de bebida, continuó sentada consumiéndose por la soledad de su hija de profunda cintura, hasta que Yambe, la de castos pensamientos, bromeando mucho, movió con sus chistes a la casta señora a sonreír, a reír y a tener alegre ánimo; por lo cual, en adelante, le fue siempre grata por sus modales. Entonces Metanira le presentó la copa que había llenado de dulce vino; pero ella la rehusó —alegando que no le era lícito tomar el rojo vino— y mandó que le diera para beber harina y agua mezcladas con poleo tierno. Aquélla preparó la mixtura y se la ofreció a la diosa, como ésta lo ordenara; y la muy venerable Deo, habiéndola aceptado de conformidad con el rito

. . . . .  
y entre ellas Metanira, de profunda cintura, comenzó a decir:

213 — Salve, mujer, pues no creo que tus padres sean viles, sino nobles: el pudor y la gracia brillan en tus ojos como si descendieras de reyes que administran justicia. Lo que nos deparan los dioses hemos de sufrirlo necesariamente los humanos, pues su yugo está sobre nuestro cuello. Ahora, puesto que has venido acá, tendrás cuanto tengo yo misma. Críame este niño que los inmortales me han dado tardía e inesperadamente, después de reiteradas súplicas. Si tú lo criaras y él llegara a la época de la pubertad, cualquiera de las débiles mujeres te envidiaría al verte: tan grande recompensa te daría por la crianza.

224 Respondióle a su vez Deméter, la de bella corona:

225 — Salve también tú y mucho, oh mujer, y que los dioses te colmen de bienes. Gustosa recibiré tu hijo, como me lo mandas, y lo criaré; y espero que nunca lo dañará ningún sortilegio ni el hipotamno, por imprudencias del ama, pues conozco un antídoto mucho mejor que el hilótomo y sé un remedio excelente contra el funestísimo sortilegio.

231 Habiendo hablado así, cogió con sus manos inmortales al niño y se lo puso en el fragante seno; y la madre se alegró en su corazón. Así ella criaba en el palacio al hijo ilustre del prudente Celeo, Demofoonte, a quien había dado a luz Metanira, la de bella cintura; y el niño crecía, semejante a un dios, sin comer pan ni mamar la leche de su madre. Deméter lo frotaba con ambrosía, cual si fuese hijo de una deidad, soplándolo suavemente y llevándolo en el seno; y por la noche lo ocultaba en el ardor del fuego, como un tizón, a escondidas de sus padres, para los cuales era gran maravilla que creciera tan floreciente y con un aspecto tan parecido al de las deidades. Y así le hubiera librado de la vejez y de la muerte; pero, espíandola durante la noche, lo vio desde la cámara nupcial Metanira, la de hermosa cintura; la cual sollozó, se golpeó ambos muslos, temiendo por su hijo, y cometió una gran falta en su corazón, pues, lamentándose, dijo estas aladas palabras:

248 — ¡Hijo Demofoonte! La forastera te esconde en un gran fuego, y me causa llanto y funestos pesares.

250 Así dijo gimiendo; y la oyó la divina entre las diosas. Irritada contra ella, Deméter, la de bella corona, sacó del fuego al niño amado, al que inesperadamente había dado a luz Metanira en el palacio, y con sus manos inmortales lo apartó de sí, dejándolo en el suelo. Y terriblemente enojada en su ánimo, dijo al mismo tiempo a Metanira, la de hermosa cintura:

256 — ¡Hombres ignorantes y sin juicio para prever el bien o el mal que el hado nos ha de traer! También tú, con tus imprudencias, has cometido una falta grandísima. Sépalo, pues, el agua implacable de la Estix, juramento de los dioses: hubiera librado de la muerte y de la vejez por todos los días a tu hijo amado, otorgándole imperecedero honor; y ahora ya no le será posible evitar la muerte y las Parcas. Mas el imperecedero honor le acompañará siempre, porque subió a mis rodillas y durmió en mis brazos. Cuando, transcurriendo los años, llegue a la edad madura, los hijos de los eleusinos trabarán mutuos combates y terribles luchas todos los días. Yo soy la venerada Deméter, que representa la mayor utilidad y alegría así para los inmortales como para los mortales. Mas, ea, lábreme todo el pueblo un gran templo con su altar al pie de la ciudad y de su alto muro, sobre el Calícoro, en la prominente colina; y yo, en persona, os enseñaré los misterios para que luego aplaquéis mi mente con santos sacrificios.

275 Habiendo hablado así, la diosa mudó de estatura y forma, arrojó la vejez y espiró belleza por todas partes: sus perfumados peplos esparcieron agradable olor, brilló hasta lejos la claridad que despedía el cuerpo inmortal de la diosa, flotaron sobre sus hombros los rubios cabellos, y la sólida casa se llenó de un resplandor parecido al relámpago. Entonces salió de la sala, y al punto desfallecieron las rodillas de Metanira, que estuvo largo tiempo sin voz y sin acordarse en absoluto del hijo que le había nacido en la vejez, para levantarlo del suelo. Pero la voz lastimera del niño fue oída por sus hermanas, que saltaron de los lechos de hermosas colchas: una de ellas levantó al infante con sus manos y se lo puso en el seno, otra encendió fuego, y otra acudió ligera moviendo las tiernas plantas para que su madre se alzara del flagrante tálamo. Reunidas alrededor del niño, que estaba palpitando, lo lavaron y acariciaron; pero no se le aquietó el ánimo, porque lo tenían unas amas y nodrizas muy inferiores.

292 Éstas, temblando de miedo, apaciguaron durante toda la noche la gloriosa deidad; y, al descubrirse la Aurora, refirieron verazmente al poderoso Celeo lo que había mandado la diosa Deméter, la de bella corona. Celeo, habiendo convocado al numeroso pueblo para que se reuniera en el ágora, ordenó que se erigiera un rico templo y un altar a Deméter, la de hermosa cabellera, en la prominente colina. Muy pronto le obedecieron, escucháronle atentos mientras les hablaba y, tal como se lo mandó, labraron un templo que fue creciendo por la voluntad de la diosa.

Después que lo acabaron y cesaron de trabajar, se fueron para volver a sus respectivas casas; y la blonda Deméter se estableció en él y allí se quedó, lejos de los bienaventurados todos, carcomiéndose de la soledad que sentía por su hija, la de profunda cintura. E hizo que sobre la fértil tierra fuese aquel año muy terrible y cruel para los hombres; y el suelo no produjo ninguna semilla, pues las escondía Deméter, la de bella corona. En vano arrastraron los bueyes muchos corvos arados por los campos e inútilmente cayó en abundancia la blanquecina cebada sobre la tierra. Y hubiera perecido por completo el linaje de los hombres dotados de palabra a causa del hambre feroz, privándose a los que poseen olímpicas moradas del honor de las ofrendas y de los sacrificios, si Zeus no lo hubiese notado y considerado en su ánimo. Primeramente incitó a Iris, la de áureas alas, a que llamara a Deméter, la de hermosa cabellera y aspecto amabilísimo. Así se lo recomendó; y ella, obedeciendo a Zeus Cronión, el de las negras nubes, recorrió velozmente con sus pies el espacio intermedio. Llegó a la perfumada ciudad de Eleusis, halló en el templo a Deméter, la del cerúleo peplo, y hablándole le dijo estas aladas palabras:

321 — ¡Deméter! Te llama el padre Zeus, conocedor de lo eterno, para que vayas a do están las familias de los sempiternos dioses. Ve, pues, y no sea ineficaz mi palabra que procede de Zeus.

324 Así dijo, rogando; pero el ánimo de aquélla no se dejó persuadir. Seguidamente Zeus le fue enviando todos los sempiternos bienaventurados dioses, y éstos se le presentaban unos en pos de otros, y la llamaban y le ofrecían muchos y hermosísimos dones y las honras que ella quisiera entre los inmortales dioses; pero ninguno pudo persuadir la mente y el pensamiento de la que estaba irritada en su corazón y rechazaba obstinadamente las razones. Porque afirmaba que no subiría al perfumado Olimpo ni permitiría que saliesen frutos de la tierra hasta que con sus ojos viera a su hija, la de lindos ojos.

334 Cuando esto supo el tonante largovidente Zeus, envió al Érebo al Argifontes, el de la áurea varita, para que, exhortando a Hades con suaves palabras, sacara a la casta Persefonea de la oscuridad tenebrosa y la llevara a la luz, a los dioses, con el fin de que la madre la viera con sus ojos y depusiera la cólera. Hermes no desobedeció; sino que, dejando su morada del Olimpo, se echó veloz a las profundidades de la tierra. Y halló a aquel rey, que estaba dentro de su casa, sentado en un lecho con su veneranda esposa; y a ésta, muy contrariada por la soledad de su madre, que a lo lejos revolvía en su mente algo contrario a los intereses de los bienaventurados dioses. Y, en llegando a su presencia, dijo el poderoso Argifontes:

347 — ¡Hades de cerúlea cabellera, que reinas sobre los muertos! Padre Zeus me manda sacar del Erebo la gloriosa Persefonea y llevársela a ellos; a fin de que la madre, viéndola con sus ojos, deponga la ira y la terrible cólera contra los inmortales. Porque ella maquina este grave propósito: destruir la débil raza de los terrígenas hombres, escondiendo la semilla dentro de la tierra y acabando así con los honores de los inmortales. Y, encendida en terrible cólera, no se junta con los dioses; sino que se sienta aparte, dentro de un perfumado templo, imperando sobre la escarpada ciudad de Eleusis.

357 Así dijo. Sonrióse, moviendo las cejas, el rey de los infiernos, Aidoneo, y no desobedeció el mandato del soberano Zeus; pues enseguida dio esta orden a la prudente Persefonea:

359 — Ve, Perséfone, con ánimo y corazón apacibles, a encontrar a tu madre de cerúleo peplo; y no te acongojes en demasía, ni mucho más de lo que se acongojaría otro cualquiera. Hermano como soy de tu padre Zeus, no seré un esposo indigno de ti, entre los inmortales; y tú, quedándote aquí, serás dueña de cuanto vive y se mueve, y disfrutarás de las mayores honras entre los dioses. Y habrá siempre, todos los días, una pena señalada para los delincuentes que no aplacaren tu ánimo con sacrificios, ofrendándotelos santamente y ofreciéndote los debidos presentes.

370 Así dijo. Alegróse la prudente Persefonea y enseguida saltó de júbilo; mas él, atrayéndola a sí, le dio a comer misteriosamente un dulce grano de granada, para que no se quedase siempre allá, al lado de la veneranda Deméter, de cerúleo peplo. Acto continuo

Aidoneo, que sobre muchos impera, enganchó los inmortales corceles a la parte delantera y baja del áureo carro; subió aquélla; y el poderoso Argifontes, puesto a su lado, tomó en sus manos las riendas y el látigo y aguijó a los caballos hacia el exterior de la casa; y ellos volaron gozosos. Con gran rapidez acabaron el largo camino; y ni el mar, ni el agua de los ríos, ni los valles herbosos, ni las cumbres contuvieron el ímpetu de los corceles inmortales; sino que éstos, pasando por cima, cortaban el denso aire mientras andaban. Hermes, que guiaba el carro, lo paró delante del perfumado templo donde residía Deméter, la de bella corona, y ésta, al advertirlo, salió corriendo como una ménade que baja por una montaña cubierta de bosque. Perséfone, a su vez, en cuanto vio los bellos ojos de su madre, dejando el carro y los caballos, saltó, se puso a correr y echándose a su cuello la abrazó. Mas a Deméter, cuando aún tenía entre sus brazos la hija amada, el corazón le presagió algún engaño y la hizo temblar horriblemente. Y dejando de acariciar a su hija, la interrogó con estas palabras:

393 — ¡Oh hija! ¿Por ventura es cierto que, estando abajo, no probaste ningún manjar? Habla; no me ocultes lo que piensas, para que ambas lo sepamos. Si así fuere, habiendo subido de junto al odioso Hades, morarás desde ahora conmigo y con el padre Cronión, el de las oscuras nubes, honrada por todos los inmortales. Pero si no, volarás de nuevo a las profundidades de la tierra y habitarás allí la tercera parte de las estaciones del año, y las otras dos conmigo y con los demás inmortales. Cuando la tierra lozanee con toda suerte de olorosas flores primaverales, ascenderás nuevamente de la oscuridad tenebrosa, como un prodigio para los dioses y los mortales hombres. Mas, ¿con qué fraude te engañó el poderoso Polidegmón?

405 Respondióle a su vez la hermosísima Perséfone:

406 — Pues yo te diré, oh madre, toda la verdad. Cuando se me presentó el benéfico Hermes, nuncio veloz, de parte del padre Cronión y de los demás dioses celestiales, para sacarme del Erebo, a fin de que, viéndome con tus ojos, pusieras término a tu ira y a tu terrible cólera, enseguida salté de júbilo; mas él me hizo tragar misteriosamente un grano de granada, dulce alimento, y contra mi voluntad y a la fuerza me obligó a gustarlo. Diré ahora cómo, habiéndome raptado por oculto designio del Cronida, mi padre, fue a llevarme a las profundidades de la tierra; y te lo referiré todo, conforme lo pides. Todas nosotras — Leucipe, Feno, Electra, Yante, Melita, Yaque, Rodía, Calirroo, Melóbois, Tique, Ocíroo de cutis de rosa, Criseida, Yanira, Acaste, Admeta, Ródope, Pluto, la deseable Calipso, Estix, Urania, Galaxaura amable, Palas, que aviva el combate, y Ártemis, que se complace en las flechas— jugábamos en el ameno prado y cogíamos con nuestras manos agradables flores, mezclando el tierno azafrán, las espadillas y el jacinto, y los capullos de rosa y los lirios — ¡encanto de la vista!— y aquel narciso que produjo la vasta tierra cual si fuese azafrán. Y mientras yo las cogía con alborozo, abrióse la tierra y de ella salió el poderoso rey Polidegmón; y se me llevó a mí, muy contrariada, adentro de la tierra en su carro de oro; y yo gritaba con recia voz. Todas estas cosas que te cuento, aunque estoy angustiada, son verdaderas.

434 Así entonces, dotadas una y otra de iguales sentimientos, alegraban durante todo el día su corazón y su ánimo, abrazándose con ternura; y su espíritu descansaba de los pesares. Ambas, pues, se causaban y recibían mutuos gozos. Acercóseles Hécate, la de luciente diadema, y abrazó muchas veces a la hija de la casta Deméter, cuya servidora y compañera fue de allí en adelante dicha reina. Mas el tonante largovidente Zeus envióles como mensajera a Rea, a de hermosa diadema, para que las hiciera volver a las familias de las deidades; prometió dar a Deméter las honras que ella quisiera entre los inmortales dioses; y asintió con la cabeza a que, en el transcurso del año, su hija pasara un tercio del tiempo en la oscuridad tenebrosa y los otros dos con su madre y los demás inmortales.

448 Así dijo; y la diosa no desobedeció el mandato de Zeus. Lanzóse veloz desde las cimas del Olimpo y llegó a Rario, que anteriormente había sido ubre fecunda de la tierra; que entonces no era fértil, pues se hallaba inactiva y sin hojas, y escondía la blanquecina cebada por decisión de Deméter, la de hermosos tobillos; y que luego, entrada ya la primavera, había de cubrirse rápidamente de largas espigas, y los pingües surcos del suelo



cargarse de mieses, y éstas ser atadas en manojos. Allí fue donde primero descendió Rea desde el éter estéril. Viéronse las diosas y se regocijaron en su corazón. Y Rea, la de luciente diadema, dijo así a Deméter:

460 — ¡Ven acá, hija! Te llama el tonante largovidente Zeus para que vayas a las familias de las deidades; prometió darte las honras que quisieras entre los inmortales dioses; y asintió con la cabeza a que, en el transcurso del año, tu hija pase un tercio del tiempo en la oscuridad tenebrosa y los otros dos contigo y con los demás inmortales. Así dijo que se cumpliría y lo ratificó con un movimiento de su cabeza. Mas ve, hija mía, y obedece. No te irrites demasiado e incesantemente contra el Cronión, el de las sombrías nubes, y haz que crezcan rápidamente los frutos de que viven los hombres.

470 Así dijo; y no desobedeció Deméter, la de bella corona, que enseguida hizo salir fruto de los fértiles campos. Toda la ancha tierra se cargó de hojas y flores; y la diosa fue a mostrar a los reyes que administran justicia —a Triptólemo, a Diocles, domador de caballos; al fuerte Eumolpo y a Celeo, caudillo de pueblos— el ministerio de las cosas sagradas; y a todos —a Triptólemo, a Polixeno y además a Diocles— les explicó los venerandos misterios, que no es lícito descuidar, ni escudriñar, ni revelar, pues el gran respeto a los dioses corta la voz. Dichoso, entre los hombres terrestres, el que los ha contemplado; pues el no iniciado en estos misterios, el que de ellos no participa, no alcanza jamás una suerte como la de aquél, ni aun, después de muerto, en la oscuridad tenebrosa.

483 Mas después que la divina entre las deidades dio a conocer todas estas cosas, partieron ambas para dirigirse al Olimpo, a la junta de los demás dioses. Allí moran, augustas y venerables, junto a Zeus que se complace en el rayo. Muy dichoso es, entre los hombres terrestres, aquel a quien ellas aman benévolamente; pues enseguida le envían a su gran casa, como protector del hogar, a Pluto, que procura la riqueza a los mortales hombres.

490 Mas, ea, tú que posees el pueblo de la perfumada Eleusis, y Paros, cercada por las olas, y Antrón rocosa; oh venerable, que nos haces espléndidos dones y nos traes los frutos a su tiempo, soberana Deo; tú y tu hija, la muy hermosa Persefonea: dadme, benévolas, una vida agradable como recompensa de este canto. Y yo me acordaré de ti y de otro canto.

### III

#### A APOLO

1 Me acordaré y nunca me he de olvidar de Apolo, el que hiere de lejos, a quien temen los mismos dioses cuando anda por la morada de Zeus; pues tan pronto como se acerca y tiende el glorioso arco, todos se apresuran a levantarse de sus sitios. Leto es la única que permanece junto a Zeus, que se huelga con el rayo: ella desarma el arco y cierra la aljaba; con sus mismas manos quita de las robustas espaldas el arco y lo cuelga de áureo clavo en la columna de su padre; y enseguida lleva a su hijo a un trono para que en él tome asiento. El padre, acogiendo a su hijo amado, le da néctar en áurea copa; se sientan enseguida los demás númenes, y alégrase la veneranda Leto por haber dado a luz un hijo que lleva arco y es vigoroso.

14 Salve, bienaventurada Leto, ya que diste a luz hijos preclaros: al soberano Apolo y a Ártemis, que se complace en las flechas (a ésta en Ortigia y a aquél en la áspera Delos), reclinada en la gran montaña y en la colina cintia, muy cerca de la palmera y junto a la corriente del Inopo.

19 ¿Cómo te celebraré a ti, que eres digno de ser celebrado por todos conceptos? Por ti, pues, oh Febo, en todas partes han sido fijadas las leyes del canto, así en el continente, criador de terneras, como en las islas. Te placen las atalayas todas, y la punta de las cimas de las altas montañas, y los ríos que corren hacia el mar, y los promontorios que hacia éste se inclinan, y los puertos del mismo. ¿Cantaré cómo primeramente Leto te dio a luz a ti, regocije de los mortales, reclinada en el monte Cinto, en una isla áspera, en Delos cercada por el mar? A uno y a otro lado, la ola sombría saltaba sobre la tierra, empujada por vientos de estridente soplo. Salido de allí, reinas ahora sobre cuantos mortales contiene Creta, y el pueblo de Atenas, y la isla Egina, y Eubea célebre por sus naves, y Egas, e Iresias, y la marítima Pepareto, y el tracio Atos, y las cumbres más altas del Pelión, y la tracia Samos, y las umbrías montañas del Ida, y Esciro, y Focea, y el excelso monte de Autócane, y la bien construida Imbros, y Lemnos de escarpada costa, y la divina Lesbos sede de Mácar Eolión, y Quíos la más fértil de las islas del mar, y el escabroso Mimante, y las cumbres más altas de Córico, y la espléndida Claros, y el alto monte de Eságea, y Samos abundante en agua, y las altas cumbres de Mícale, y Mileto, y Cos, ciudad de los méropes, y la excelsa Cnido, y la ventosa Cárpatos, y Naxos, y Paros, y la peñascosa Renea: a tantos lugares se dirigió Leto, al sentir los dolores del parto del que hiere de lejos, por si alguna de dichas tierras quería labrar un albergue para su hijo. Pero todas se echaban a temblar y experimentaban un gran terror; y ninguna, por fértil que fuese, se atrevió a recibir a Febo, hasta que la veneranda Leto subió a Delos y la interrogó, dirigiéndole estas aladas palabras:

51 — ¡Oh Delos! ¡Ojalá quisieras ser la morada de mi hijo, de Febo Apolo, y labrarle dentro de ti un rico templo! Pues ningún otro se te acercará jamás, lo cual no se te oculta; y no me figuro que hayas de ser rica en bueyes ni en ovejas, ni producir uvas, ni criar innumerables plantas. Si poseyeres el templo de Apolo, el que hiere de lejos, todos los hombres te traerán hecatombes, reuniéndose aquí; y siempre se elevará en el aire un inmenso vapor de grasa quemada; y mantendrás a los que te conserven libre de ajenas manos, ya que tu suelo no es productivo.

61 Así habló. Alegróse Delos y, respondiéndole, dijo:

62 — ¡Oh Leto, hija gloriosísima de Ceo el grande! Gustosa recibiría tu prole, el soberano que hiere de lejos; pues en verdad que tengo pésima fama entre los hombres, y de esta suerte llegaría a verme muy honrada. Pero me horroriza, oh Leto, este oráculo que no te ocultaré. Dicen que Apolo ha de ser presuntuoso en extremo y ha de ejercer una gran primacía entre los inmortales y también entre los mortales hombres de la fértil tierra. Por esto temo mucho en mi mente y en mi corazón que, en cuanto vea por vez primera la luz del sol, desprezará esta isla porque es de áspero suelo; y, trabucándola con sus pies, la sumergirá en el piélago del mar. Allí la gran ola me bañará siempre y abundantemente la

cabeza; él se irá a otra tierra que le guste, para erigirse un templo y bosques abundantes en árboles; y los pólipos harán en mí sus madrigueras y las negras focas sus moradas, descuidadamente, por la falta de hombres. Mas, si te atrevieras, oh diosa, a asegurarme con un gran juramento que primeramente se construirá aquí el hermosísimo templo para que sea un oráculo para los hombres y que después

. . . . .

sobre todos los hombres, puesto que será muy celebrado.

83 Así dijo. Y Leto prestó el gran juramento de los dioses:

84 — Sépalo ahora la tierra y desde arriba el anchuroso cielo y el agua corriente de la Estix —que es el juramento mayor y más terrible para los bienaventurados dioses—: en verdad que siempre estarán aquí el perfumado altar y el bosque de Febo, y éste te honrará más que a ninguna.

89 Luego que juró y hubo acabado el juramento, Delos se alegró mucho por el próximo nacimiento del soberano que hiera de lejos, y Leto estuvo nueve días y nueve noches atormentada por desesperantes dolores de parto. Las diosas más ilustres se hallaban todas dentro de la isla —Dione, Rea, Temis, Icnea, la ruidosa Anfitrite y otras inmortales— a excepción de Hera, de niveos brazos, que se hallaba en el palacio de Zeus, el que amontona las nubes. La única que nada sabía era Ilitia, que preside a los dolores del parto, pues se hallaba en la cumbre del Olimpo, debajo de doradas nubes, por la astucia de Hera, la de niveos brazos, que la retenía por celos; porque Leto, la de hermosas trenzas, había de dar a luz un hijo irrepreensible y fuerte.

102 Las diosas enviaron a Iris, desde la isla de hermosas moradas, para que les trajera a Ilitia, a la cual prometían un gran collar de nueve codos cerrado con hilos de oro; y encargaron a aquélla que la llamara a escondidas de Hera, la de niveos brazos: no fuera que con sus palabras la disuadiera de venir. Así que lo oyó la veloz Iris, de pies rápidos como el viento, echó a correr y anduvo velozmente el espacio intermedio. Y en cuanto llegó a la mansión de los dioses, al excelso Olimpo, enseguida llamó a Ilitia afuera del palacio y le dijo todas aquellas aladas palabras, como se lo habían mandado las que poseen olímpicas moradas. Persuadióle el ánimo que tenía en su pecho y ambas partieron, semejantes en el paso a tímidas palomas. Cuando Ilitia, que preside los dolores del parto, hubo entrado en Delos, a Leto le llegó el parto y se dispuso a parir. Echó los brazos alrededor de una palmera, hincó las rodillas en el ameno prado y sonrió la tierra debajo: Apolo salió a la luz, y todas las diosas gritaron.

120 Entonces, oh Febo, que hieres de lejos, las diosas te lavaron casta y puramente con agua cristalina; y te fajaron con un lienzo blanco, fino y nuevo, que ciñeron con un cordón de oro. Pero la madre no amamantó a Apolo; sino que Temis, con sus manos inmortales, le propino néctar y agradable ambrosía; y Leto se alegró por haber dado a luz un hijo que lleva arco y es belicoso.

127 Mas cuando hubiste comido el divinal manjar, oh Febo, el cordón de oro no te ciñó a ti todavía palpitante, ni las ataduras te sujetaron; pues todos los lazos cayeron. Y al punto Febo Apolo habló así entre las diosas:

131 — Tenga yo la cítara amiga y el curvado arco, y con mis oráculos revelaré a los hombres la verdadera voluntad de Zeus.

133 Habiendo hablado así, echó a andar por la tierra de anchos caminos Febo intonso, que hiera de lejos. Todas las inmortales se admiraron. Y toda Delos estaba cargada de oro y contemplaba con júbilo la prole de Zeus y de Leto, porque el dios la había preferido a las demás islas y al continente para poner en ella su morada, y la había amado más en su corazón; y floreció como cuando la cima de un monte se cubre de silvestres flores.

140 Y tú, que llevas arco de plata, soberano Apolo, que hieres de lejos, ora subes al escarpado Cinto, ora vagas por las islas y por entre los hombres. Tienes muchos templos y

bosques poblados de árboles, y te son agradables todas las atalayas y las puntas extremas de los altos montes y los ríos que corren hacia el mar; pero es en Delos donde más se regocija tu corazón, oh Febo, que allí se reúnen en tu honor los jonios de rozagantes vestiduras juntamente con sus hijos y sus venerandas esposas. Ellos, acordándose de ti, te deleitan con el pugilato, la danza y el canto, cada vez que celebran sus juegos. Dijera que los jonios son inmortales y se libran siempre de la vejez, quien se encontrara allí cuando aquéllos están reunidos; pues advertiría la gracia de todos y regocijaría su ánimo contemplando los hombres y las mujeres de bella cintura, y las naves veloces, y las muchas riquezas que tienen. Hay, fuera de esto, una gran maravilla, cuya gloria jamás se extinguirá: las doncellas de Delos, servidoras del que hiere de lejos, las cuales celebran primeramente a Apolo y luego, recordando a Leto y a Ártemis, que se huelga con las flechas, cantan el himno de los antiguos hombres y mujeres, y dejan encantado al humanal linaje. Saben imitar las voces y el repique de los crótalos de todos los hombres, y cada uno creería que es él quien habla: de tal suerte son aptas para el hermoso canto.

165 Mas, ea —y Apolo y Ártemis nos sean propicios—, salud a todas vosotras. Y en adelante, acordaos de mí cuando alguno de los hombres terrestres venga como huésped infortunado y os pregunte: «¡Oh doncellas! ¿Cuál es para vosotras el más agradable de los aedos y con cuál os deleitáis más?» Respondedle enseguida, hablándole de mí: «Un varón ciego, que habita en la escabrosa Quiós. Todos sus cantos prevalecerán en lo futuro.» Y nosotros llevaremos vuestra fama sobre cuanta tierra recorramos, al dar la vuelta por las ciudades populosas de los hombres; y éstos la creerán porque es verdad. Mas yo no cesaré de celebrar al que lleva arco de plata, a Apolo, el que hiere de lejos, a quien dio a luz Leto, la de hermosa cabellera.

179 Oh rey, posees la Licia, y la amable Meonia, y Mileto, la encantadora ciudad marítima; y, asimismo, reinas con gran poder en Delos, rodeada por el mar. El hijo de la ilustre Leto se encamina a la peñascosa Pito, pulsando la hueca cítara y llevando divinales y perfumadas vestiduras; y la cítara, herida por el plectro, suena deliciosamente. Allí desampara la tierra y, rápido como el pensamiento, se va al Olimpo, a la morada de Zeus, donde están reunidos los demás dioses; y enseguida los inmortales sólo se cuidan de la cítara y del canto. Las Musas todas, alternando con su hermosa voz, celebran los presentes inmortales de los dioses y cuantos infortunios padecen los hombres; los cuales, debajo del poder de los inmortales númenes, viven insensata y desaconsejadamente, y no pueden hallar medicina contra la muerte ni defensa contra la vejez. Las Gracias, de hermosas trenzas, las alegres Horas, Harmonía, Hebe y Afrodita, hija de Zeus, bailan cogidas de las manos; y entre ellas canta una diosa ni fea ni humilde, sino de grandioso aspecto y de belleza admirable, Ártemis, la que se huelga con las flechas, que se crió juntamente con Apolo. También entre ellas Ares y el vigilante Argifontes juegan; y Febo Apolo tañe la cítara, andando gentil y majestuosamente, y brilla en torno suyo un resplandor al cual se juntan los rápidos y deslumbradores movimientos de sus pies y de su túnica bien tejida. Y Leto, de doradas trenzas, y el pródigo Zeus se regocijan en su gran corazón, al contemplar cómo su hijo juega con los inmortales dioses.

207 ¿Cómo te celebraré a ti, que eres digno de ser celebrado por todos conceptos? ¿Te cantaré entre los pretendientes, enamorado, al ir a pretender la doncella Azántide con el deiforme Isquis Elatiónida, de hermosos corceles? ¿O cuando luchabas con Forbante, del linaje de Tríopo, o con Ereuteo? ¿O con Leucipo y la mujer de Leucipo, tú a pie y éste en carro? Y en verdad que Tríopo no se quedó atrás. ¿O diré acaso cómo anduviste por la tierra, buscando por primera vez un oráculo para los hombres, oh Apolo, que hieres de lejos?

216 Desde el Olimpo bajaste primeramente a la Pieria, atravesaste el arenoso Lecto y los enianes y perrebo; enseguida llegaste a Yaolcos, subiste a Ceneo de Eubea, gloriosa por sus naves, y te detuviste en la llanura Lelanto, pero no le fue grata a tu corazón para erigir allí un templo y bosques poblados de árboles. Desde allí atravesaste Euripo, oh Apolo, que hieres de lejos, y subiste a la verde divinal montaña; pero enseguida la dejaste, dirigiéndote a Micaleso y a la herbosa Teumeso. Y entraste en el suelo de Tebas cubierto de bosque;

pues ninguno de los mortales habitaba aún la sagrada Tebas, ni había entonces sendas ni caminos en la llanura tebana, fértil en trigo, sino que la selva la ocupaba toda. Desde allí fuiste más lejos, oh Apolo, que hieres de lejos, y llegaste a Onquesto, espléndido bosque de Posidón. Cuando se llega a este bosque, el potro recién domado que tira de un hermoso carro, resuella a pesar de la carga, pues el conductor —por diestro que sea— salta del carro y anda a pie el camino; y los potros arrastran con estrépito los carros vacíos, libres del imperio del auriga. Y si los conductores llevan el carro adentro del bosque poblado de árboles, atienden solícitos a los caballos y dejan el vehículo inclinado —tal fue la costumbre que se siguió desde un principio—; ruegan luego al rey, y el hado del dios guarda entonces el carro. Desde allí fuiste más lejos, oh Apolo, que hieres de lejos, hasta alcanzar el Cefiso, de hermosa corriente; el cual, a partir de Lilea, esparce sus aguas que manan bellamente. Después de atravesarlo y de pasar por Ocálea, la de muchas torres, llegaste, oh tú que hieres de lejos, a la herbosa Haliasto. Allí te dirigiste a Telfusa —pues aquel favorable lugar te fue grato para erigir un templo y bosques poblados de árboles— y, deteniéndote muy cerca de aquélla, le hablaste con estas palabras:

247 — ¡Telfusa! Aquí me propongo construir un hermosísimo templo, que sea oráculo para los hombres, los cuales me traerán siempre perfectas hecatombes —así los que poseen el pingüe Peloponeso, como los que viven en Europa y en las islas bañadas por el mar— cuando vengan a consultarlo; y yo les profetizaré lo que verdaderamente esté decidido, dando oráculos en el opulento templo.

254 Diciendo así, Febo Apolo echó los cimientos anchos, muy largos, seguidos; y Telfusa, al verlo, se irritó en su corazón y profirió estas palabras:

257 — Febo soberano, que hieres de lejos, haré alguna advertencia a tu espíritu, ya que deseas construir un hermosísimo templo que sea oráculo para los hombres, los cuales te traerán constantemente perfectas hecatombes. Te diré, pues, una cosa que fijarás en tu memoria: aquí te molestará siempre el ruido de las veloces yeguas y de los mulos que se abrevan en mis sagradas fuentes, y los hombres preferirían ver en este sitio carros bien contruidos y percibir el estrépito de corceles de ágiles pies, que no un templo grande y con muchas riquezas. Pero, si quieres dejarte persuadir —ya que eres, oh soberano, más poderoso y más excelente que yo, y tu fuerza es muy grande—, constrúyelo en Crisa, debajo de la garganta del Parnaso. Allá ni los hermosos carros te molestarán, ni el estrépito de los corceles de ágiles pies se alzarán en torno del ara bien construida. Y las ilustres familias de los hombres ofrezcan dones al Ie-Peán; y tú, con espíritu regocijado, acepta los hermosos sacrificios de los hombres limítrofes.

275 Diciendo así, persuadió el espíritu del que hieres de lejos, con el fin de que la gloria sobre la tierra fuese no para él, sino para la misma Telfusa.

277 Desde allí fuiste más lejos, oh Apolo, que hieres de lejos, y llegaste a la ciudad de los flegias, hombres violentos; los cuales no se cuidan de Zeus y viven sobre la tierra en un hermoso valle, cerca del lago Cefísido. Desde allí, lanzándote con ímpetu, subiste rápidamente la cordillera y llegaste a Crisa al pie del nevado Parnaso, monte vuelto hacia el céfiro; de la parte superior del cual cuelga una roca y por debajo se extiende un valle cóncavo y escabroso. El soberano Febo Apolo decidió construir allí un agradable templo y dijo estas palabras:

287 — Aquí me propongo construir un hermosísimo templo, que sea oráculo para los hombres, los cuales me traerán siempre perfectas hecatombes —así los que poseen el pingüe Peloponeso, como los que viven en Europa y en las islas bañadas por el mar— cuando vengan a consultarlo; y yo les profetizaré lo que verdaderamente está decidido, dando oráculos en el opulento templo.

294 Diciendo así, Febo Apolo echó los cimientos anchos, muy largos, seguidos; sobre ellos pusieron el lapídeo umbral Trofonio y Agamedes, hijos de Ergino, caros a los inmortales dioses; y a su alrededor innumerables familias de hombres construyeron el templo con piedras labradas, para que siempre fuese digno de ser cantado. Cerca de allí había una

fuelle de hermoso raudal, donde el soberano hijo de Zeus mató con su robusto arco una dragona muy gorda y grande, monstruo feroz que causaba en aquella tierra muchos daños a los hombres, y no sólo a ellos, sino también a las reses de gráciles piernas; pues era una sangrienta calamidad. Ella fue la que alimentó en otro tiempo al terrible y pernicioso Tifaón, calamidad de los mortales, después de recibirlo de Hera, la de trono de oro; pues ésta lo había dado a luz, irritada contra el padre Zeus, porque el Cronida engendró en su cabeza la gloriosa Atenea. Así que lo supo se irritó la veneranda Hera y habló de esta suerte ante los dioses reunidos:

311 — Sabed por mí, todos los dioses y todas las diosas, que Zeus, que amontona las nubes, ha empezado a menospreciarme, él antes que nadie, después que me hizo su mujer entendida en cosas honestas: ahora, sin contar conmigo, ha dado a luz a Atenea, la de ojos de lechuza, que se distingue entre todos los bienaventurados inmortales; mientras que se ha quedado endeble, entre todos los dioses, este hijo mío, Hefesto, de pies deformes, a quien di a luz yo misma, y, cogiéndolo con mis manos, lo arrojé y tiré al anchuroso ponto; pero la hija de Nereo, Tetis, la de argénteos pies, lo acogió y cuidó entre sus hermanas. ¡Ojalá hubiese obsequiado a los dioses con otro favor! Mas tú, cruel y artero, ¿qué nuevo propósito maquinars ahora? ¿Cómo te atreviste a dar a luz tú solo a Atenea, la de ojos de lechuza? ¿No la hubiera parido yo? ¡Y, no obstante, yo era tenida por esposa tuya, entre los inmortales que poseen el anchuroso cielo! Guárdate de que yo medite algún mal contra ti en los sucesivo: ahora me ingeniaré para que nazca un hijo mío, que se distinga entre los inmortales dioses, sin que yo manche tu lecho ni el mío, ni me acueste en tu cama; pues, aunque apartada de ti, permaneceré entre los inmortales dioses.

331 Diciendo así, se alejó de los dioses, enojada en su corazón. Acto continuo se puso a rogar Hera veneranda, la de ojos de novilla, y, golpeando la tierra con su mano inclinada, dijo estas palabras:

334 — Oídme ahora, oh tierra y anchuroso cielo que estás arriba, y dioses Titanes que habitáis debajo de la tierra, junto al gran Tártaro, y de los cuales proceden hombre y dioses: ahora oídme, vosotros todos, y dadme un hijo, sin intervención de Zeus, que en modo alguno le sea inferior en fuerza, sino que le supere tanto como el largovidente Zeus supera a Cronos.

340 Diciendo así, azotó el suelo con su mano robusta y se movió la vivificante tierra; y ella, al notarlo, alegróse en su corazón, pues creyó que se cumpliría lo que había pedido. Desde entonces y por espacio de un año cumplido, ni una sola vez se acostó en la cama del pródigo Zeus, ni se sentó en la silla artísticamente adornada, en que se sentaba antes para meditar juiciosos intentos; sino que, quedándose en sus templos frecuentados por muchos suplicantes, se deleitaba con los sacrificios Hera veneranda, la de ojos de novilla. Mas después que pasaron días y meses y, transcurrido el año, volvieron a sucederse las estaciones, Hera dio a luz un hijo que no se parecía ni a los dioses ni a los hombres: el terrible y pernicioso Tifaón, calamidad de los mortales. Hera veneranda, la de ojos de novilla, lo cogió enseguida y, llevándose, entregó el monstruo al monstruo; la dragona lo recibió, y Tifaón causaba muchos males a las gloriosas familias de los hombres. Mas aquel que se encontraba con la dragona había dado con el día fatal; hasta que el soberano Apolo, el que hiere de lejos, le arrojó un fuerte dardo y quedó tendida, desgarrada por graves dolores, muy anhelante, revolcándose por el suelo. Entonces oyéronse una serie grande, inmensa, de chillidos; y la dragona daba muchas vueltas acá y acullá, dentro del bosque, hasta que por fin perdió la vida, exhalando un vaho sanguinolento. Y Febo Apolo, gloriándose, dijo:

363 — Ahora púdrete ahí, sobre el suelo que alimenta a los hombres, y ya no serás funesta causa de perdición para los vivos, que comen el fruto de la fértilísima tierra y traerán acá perfectas hecatombes; pues no te librarán de la muerte ni Tífoeo ni la Quimera de odioso nombre, sino que te pudrirán aquí mismo la oscura tierra y el resplandeciente Hiperión.

370 Así dijo gloriándose; y a ella la oscuridad le cubrió los ojos. Allí la pudrió la sagrada fuerza del sol, y por esto aquel lugar es llamado Pito, y sus habitantes dan al rey el

sobrenombre de Pitio, porque allí mismo la fuerza del penetrante sol pudrió el monstruo.

375 Entonces Febo Apolo comprendió en su espíritu que la fuente de hermoso raudal le había engañado. E, irritándose, se fue hacia Telfusa, la encontró enseguida, y, deteniéndose muy cerca de ella, le dijo estas palabras:

379 — ¡Telfusa! No hubieras debido, después de haber engañado mi mente, dejar correr tu agua de hermoso raudal por ese agradable lugar que posees. Aquí resplandecerá también mi gloria y no la de ti sola.

382 Dijo. Y el soberano Apolo, el que hiere de lejos, haciendo resbalar una cumbre con las prominencias de sus rocas, ocultó las corrientes y erigió un altar en un bosque cubierto de árboles muy cercano a la fuente de hermoso raudal; y allí todos ruegan al soberano, dándole el sobrenombre de Telfusio, porque oprobó las corrientes de la sagrada Telfusa.

388 Luego Febo Apolo meditó en su ánimo qué hombres llevaría como iniciados en sus ritos para que fueran sus sacerdotes en la pedregosa Pito; y mientras revolvía estas cosas, vio en el oscuro ponto una nave veloz en que iban muchos excelentes hombres, cretenses de la minoia Cnoso, los cuales ofrecen sacrificios al soberano y anuncian cuantas decisiones revela Apolo, el de espada de oro, dando oráculos desde el laurel en los valles del Parnaso. Éstos, para atender a sus negocios y para lucrarse, navegaban en una negra nave hacia Pilos y los hombres nacidos en Pilos; mas Febo Apolo les salió al encuentro en el ponto y, habiendo tomado la figura de un delfín, saltó a la nave veloz y en ella se echó como un monstruo grande y horrendo. Ninguno de los marineros lo había notado ni advertido

. . . . .

la sacudía por todas partes y agitaba los maderos de la nave. Y ellos, temerosos, estaban sentados silenciosamente dentro de la nave, y ni soltaban los aparejos de la negra nave ni desataban la vela de la nave de azulada proa; sino que, como en un principio la habían puesto con las correas de piel de buey, así navegaban; y el impetuoso noto empujaba por la popa la rápida nave. Primeramente navegaron a lo largo de Malea y de la tierra lacónica y llegaron a Helos, ciudad marítima, y a Ténaro, lugar del Sol que alegra a los mortales donde pacen los rebaños de largas crines de este soberano, y es sitio ameno. Allí quisieron detener la nave y, desembarcando, contemplar el gran prodigio y ver con sus ojos si el monstruo se quedaría sobre la cubierta de la cóncava nave o se lanzaría nuevamente a las olas del mar abundante en peces; pero la nave bien construida no obedecía al timón, y fue recorriendo el camino a lo largo y más allá del pingüe Peloponeso, pues el soberano Apolo, el que hiere de lejos, la dirigía fácilmente con su soplo; y así, prosiguiendo su rumbo, llegó a Arena, y a la agradable Argífea, y a Trío vado del Alfeo, y a la bien edificada Epi, y a la arenosa Pilos y a los hombres nacidos en Pilos; pasó a lo largo de Crunos y Calcis, a lo largo de Dima, y a lo largo de la Elide, donde dominan los epeos; y cuando, animada por el viento favorable de Zeus, llegó a Feras, les aparecieron por debajo de las nubes el alto monte de Ítaca, Duliquio, Same y la selvosa Zacinto. Mas, así que hubo pasado a lo largo de todo el Peloponeso y ya se veía el inmenso golfo de Crisa con que el pingüe Peloponeso termina, sopló por la voluntad de Zeus un recio viento, el sereno Céfiro, lanzándose impetuoso desde el éter para que la nave, corriendo, acabara de atravesar el agua salobre del mar. Entonces navegaron hacia atrás, hacia la Aurora y el Sol, guiándoles el soberano Apolo, hijo de Zeus, y llegaron al puerto de Crisa, la que se ve de lejos y está cubierta de viña; y la nave surcadora del ponto rozó las arenas.

440 Entonces se lanzó de la nave el soberano Apolo, el que hiere de lejos, semejante a un astro en medio del día —de él salían abundantes chispas y su resplandor llegaba al cielo—, y enseguida penetró en el templo por entre los preciosos trípodes. Allí el dios encendió una llama, mostrando sus armas, y el resplandor ocupaba toda Crisa: las esposas de los criseos y sus hijas de hermosa cintura gritaron por la impetuosa entrada de Febo, y a cada uno le sobrevino un gran temor. De allí saltó nuevamente, rápido como el pensamiento, para volar a la nave; semejante a un hombre joven y fuerte que acaba de llegar a la juventud y lleva cubiertos por la cabellera sus anchurosos hombros. Y hablando a los marineros, díjoles

estas aladas palabras:

425 — ¡Forasteros! ¿Quiénes sois? ¿De dónde llegasteis navegando por húmedos caminos? ¿Venís por algún negocio o andáis por el mar, a la ventura, como los piratas que divagan, exponiendo su vida y produciendo daño a los hombres de extrañas tierras? ¿Por qué estáis pasmados de esta manera y ni saltáis a tierra, ni dejáis los aparejos de la negra nave? Que ésta es la costumbre de los hombres industriosos, cuando en una negra nave llegan del ponto a la ciudad, rendidos de cansancio, y enseguida el deseo de una agradable comida se apodera de su corazón.

462 Así dijo, y les infundió audacia en el pecho. Y el capitán de los cretenses, respondiéndole, dijo a su vez:

464 — ¡Oh forastero! Puesto que en nada te pareces a los mortales ni por tu cuerpo ni por tu natural, sino solamente a los inmortales dioses, ¡salve y regocíjate mucho y que los dioses te colmen de bienes! Y ahora dime la verdad sobre esto, para que yo la sepa: ¿Cuál es este pueblo? ¿Cuál esta tierra? ¿Qué mortales han nacido aquí? Con otro intento navegábamos por el gran abismo del mar hacia Pilos desde Creta, donde nos gloriamos de tener nuestro linaje; y, aunque deseosos de volver a la patria, contra nuestra voluntad hemos venido aquí en la negra nave por otro camino, por otros derroteros, pues alguno de los inmortales nos ha traído sin que nosotros lo quisiéramos.

474 Díjoles en respuesta Apolo, el que hiere de lejos:

475 — ¡Forasteros! Antes habitabais Cnoso, poblada de muchos árboles; pero ahora ya no volveréis a vuestras amables ciudades y hermosas moradas, ni a vuestras queridas esposas, sino que guardaréis mi rico templo honrado por muchos hombres: yo soy hijo de Zeus y me glorío de ser Apolo, y os he traído aquí por el gran abismo del mar no meditando ningún mal contra vosotros, sino para que guardéis aquí mi rico templo, muy honrado por todos los hombres, y conozcáis las decisiones de los inmortales, por cuya voluntad seréis también honrados siempre, constantemente, todos los días. Mas, ea, obedeced muy prestamente lo que voy a decir: amainad primeramente las velas, desatando las cuerdas, arrastrad a tierra firme la veloz nave, sacad las riquezas y los aparejos de la nave bien proporcionada, y erigiendo un ara en la orilla del mar, encended fuego, quemad la blanca harina y rogad después, poniéndoos alrededor del altar. Como en el oscuro ponto salté primeramente a la veloz nave, parecido a un delfín, invocadme llamándome delfinio; y el mismo altar, igualmente delfinio, será siempre famoso. Cenad después junto a la veloz nave negra y ofreced libaciones a los bienaventurados dioses que poseen el Olimpo. Y cuando hubiereis satisfecho el deseo de la dulce comida, venid conmigo y cantad Ie-Peán hasta que lleguéis al sitio donde guardaréis el rico templo.

502 Así dijo; y ellos le escucharon y obedecieron. Primeramente amainaron las velas, desataron el correaje y abatieron por medio de cuerdas el mástil hasta la cruz; luego saltaron a la orilla del mar, arrastraron la veloz nave desde el mar a tierra firme y la pusieron en alto, sobre la arena, sosteniéndola con grandes maderos; y, finalmente, erigieron un ara en la orilla del mar: entonces encendieron fuego, quemaron la blanca harina y rogaron, como se les había mandado, poniéndose alrededor del altar. Tomaron luego la cena junto a la veloz nave negra y ofrecieron libaciones a los bienaventurados dioses que poseen el Olimpo. Mas cuando hubieron satisfecho el deseo de la dulce comida, echaron a andar: precedíales el soberano Apolo, hijo de Zeus, con la cítara en la mano, tañéndola deliciosamente y andando bella y majestuosamente; y los cretenses le seguían a Pito, golpeando el suelo y cantando el Ie-Peán, de la suerte que se cantan los peanes de los cretenses a quienes la Musa inspiró en el pecho el canto melodioso. Incansables, subieron con sus pies la colina y pronto llegaron al Parnaso y a un sitio agradable donde habían de habitar honrados por muchos hombres: en conduciéndolos allí, Apolo les mostró el recinto sagrado y el templo opulento. Conmovióseles el corazón en el pecho a los cretenses y su capitán dijo así, interrogando al dios:

526 — ¡Oh rey! Puesto que nos has llevado lejos de los amigos y de la patria tierra —así



indudablemente le plugo a tu ánimo—, ¿cómo viviremos ahora? Te invitamos a meditarlo. Pues esta agradable tierra ni es vinífera ni de hermosos prados, de suerte que de ella vivamos cómodamente y alternemos con los hombres.

531 Sonriendo les contestó Apolo, hijo de Zeus:

532 — Hombres necios, desdichadísimos, que estáis ávidos de inquietudes, de graves pesares y de angustias en vuestro corazón: os diré unas gratas palabras que grabaréis en vuestra mente. Teniendo cada uno de vosotros un cuchillo en la diestra, degollad continuamente ovejas y tendréis en abundancia cuanto me traigan las gloriosas familias de los hombres; custodiad el templo y recibid las familias de los hombres que aquí se reúnan, y sobre todo cumplid mi voluntad.

. . . . .

sea que fuere una vana palabra o alguna obra, o una injuria, como es costumbre entre los mortales hombres

. . . . .

luego tendréis por señores otros hombres por los cuales estaréis fatalmente subyugados todos los días. Todas las cosas te han sido reveladas: guárdalas en tu mente.

545 Y así, salve, hijo de Zeus y de Leto; y yo me acordaré de ti y de otro canto.

#### IV

### A HERMES

1 Canta, oh Musa, a Hermes, al hijo de Zeus y de Maya, que impera en Cilene y en Arcadia, muy rica en ovejas, y es nuncio útilísimo de los inmortales. Dióle a luz la veneranda Maya, ninfa de hermosas trenzas, después de unirse amorosamente con Zeus: huyendo del trato de los bienaventurados dioses, habitaba Maya una gruta sombría, y allí, en la oscuridad de la noche, tan pronto como el dulce sueño rendía a Hera, la de niveos brazos, juntábase el Cronión con la ninfa de hermosas trenzas a hurto de los inmortales dioses y de los mortales hombres. Mas, cuando el intento del gran Zeus se hubo cumplido y el décimo mes apareció en el cielo, la ninfa dio a luz y ocurrieron cosas notabilísimas: entonces, pues, parió un hijo de multiforme ingenio, de astutos pensamientos, ladrón, cuatrero de bueyes, capitán de los sueños, espía nocturno, guardián de las puertas; que muy pronto había de hacer alarde de gloriosas hazañas ante los inmortales dioses. Nacido al alba, al mediodía pulsaba la cítara y por la tarde robaba las vacas del flechador Apolo; y todo esto ocurría el día cuarto del mes, en el cual lo había dado a luz la veneranda Maya. Apenas salió de las entrañas inmortales de su madre, ya no se quedó largo tiempo tendido en la sagrada cuna, sino que se levantó prestamente y fue a buscar los bueyes de Apolo, transponiendo el umbral de la cueva de elevado techo. Allí encontró una tortuga y con ella adquirió un inmenso tesoro: Hermes, en efecto, fue quien primeramente hizo que cantara la tortuga, que le salió al encuentro en la puerta exterior, paciando la verde hierba delante de la morada y andando lentamente con sus pies. Y el útilísimo hijo de Zeus, al verla, sonrió, y enseguida dijo estas palabras:

30 — Casual hallazgo que me serás muy provechoso: no te desprecio. Salve, criatura amable por naturaleza, reguladora de la danza, compañera del festín, que tan grata te me has aparecido: ¿de dónde vienes, hermoso juguete, pintada concha, tortuga que vives en la montaña? Pero te cogeré y te llevaré a mi morada, y me serás útil y no te desdeñaré; y me servirás a mí antes que a nadie. Mejor es estar en casa, pues es peligroso quedarse en la puerta. Tú serás, mientras vivas, preservadora del sortilegio tan dañoso; y cuando hayas muerto, cantarás muy bellamente.

39 Así, pues, decía; y al mismo tiempo la levantaba con ambas manos y se encaminaba nuevamente adentro de la morada, llevándose el amable juguete. Allí, vaciándola con un buril de blanquizco acero, arrancóle la vida a la montesina tortuga. Como un pensamiento cruza veloz por la mente de un hombre agitado por frecuentes inquietudes, o como se mueven los rayos que lanzan los ojos, así cuidaba el glorioso Hermes que fuesen simultáneas la palabra y su ejecución. Enseguida cortó cañas y, atravesando con ellas el dorso de la tortuga de lapídea piel, las fijó a distancias calculadas; puso con destreza a su alrededor una tira de piel de buey, colocó sobre ella dos brazos que unió con un puente, y extendió siete cuerdas de tripa de oveja que sonaban acordadamente. Mas cuando hubo construido el amable juguete, llevóselo y fue probándolo parte por parte; y la cítara, pulsada por su mano, resonó con gran fuerza. Entonces comenzó el dios a cantar bellamente (intentándolo de improviso, a la manera que los jóvenes mancebos se zahieren lanzándose pullas unos a otros en los banquetes) a Zeus Cronida y a Maya, la de hermosas sandalias, refiriendo cómo antes vivían íntimamente, en compañía y amor; mencionó luego su propio linaje de glorioso renombre; y celebró las sirvientas y las espléndidas moradas de la ninfa y los trípodes y abundantes calderos de su casa. Cantaba, pues, estas cosas, pero revolvía otras en su ánimo. Pronto fue a dejar en la sagrada cuna la hueca cítara y, ávido de carne, saltó desde la olorosa mansión a una altura, meditando en su mente un golpe audaz como los que traman los ladrones durante las horas de la negra noche.

68 Hundíase el Sol con sus corceles y su carro en el Océano, debajo de la tierra, y Hermes llegaba corriendo a las montañas umbrías de la Pieria, donde las vacas inmortales de los bienaventurados dioses tenían su establo y pacían en deliciosas praderas que nunca se siegan. Entonces el hijo de Maya, el vigilante Argifontes, separó del rebaño cincuenta mugidoras vacas y se las llevó errantes por arenoso lugar, cambiando la dirección de sus

huellas; pues no se olvidó de su arte engañoso e hizo que las pezuñas de delante fuesen las de atrás y las de atrás las de delante; y él mismo andaba de espaldas. Tiró enseguida las sandalias sobre la arena del mar y trenzó otras que sería difícil explicar o entender, icosa admirable!, entrelazando ramos de tamarisco con otros que parecían de mirto. Con ellos formó y ató un manojito de recién florida selva, que, como ligeras sandalias, ajustó a sus pies con las mismas hojas que él, el glorioso Argifontes, arrancó al venir de la Pieria, dejando el camino público, como si llevara prisa, y tomando espontáneamente el camino más largo. Un anciano, que cultivaba un florido jardín, vio cuando se dirigía a la llanura por la herbosa Onquesto; mas el hijo de la gloriosa Maya le dijo el primero:

90 — Oh anciano encorvado de hombros, que cavas la tierra en torno de las plantas; mucho vino tendrás cuando todas lleven fruto. Pero ahora, viendo, no veas; oyendo, sé sordo; y cállate; puesto que nada daña lo tuyo.

94 Dicho esto, empujó las fuertes cabezas de las vacas. Y el glorioso Hermes atravesó muchos montes umbríos y valles sonoros y llanuras floridas. Ya la oscura divinal noche, que le había ayudado, tocaba a su fin, por haber transcurrido en su mayor parte, y pronto iba a aparecer la Aurora que llama el pueblo al trabajo; y la divina Luna, hija del rey Palante Megamedida, acababa de subir a su atalaya, cuando el fuerte hijo de Zeus llegó al Alfeo con las vacas de ancha frente de Febo Apolo. Los indómitos animales se dirigieron a un establo de elevado techo y a unos lagos que había delante de una magnífica pradera. Allí el dios dejó que se saciaran de hierba las mugidoras vacas, que comían loto y juncia bañada de rocío; y luego las metió todas en el establo, reunió abundante leña y practicó el arte de encender fuego. Habiendo cogido un espléndido ramo de laurel, lo descortezó con el hierro y lo frotó con la palma de la mano; y se elevó en el aire un cálido humo. Hermes dispuso primeramente el combustible y el fuego. Tomó muchos y gruesos trozos de leña seca, que colocó en un hoyo abierto en la tierra, y los amontonó en gran número; y brilló la llama enviando a lo lejos el soplo de un fuego ardentísimo. Y mientras la fuerza del glorioso Hefesto encendía el fuego, Hermes sacó afuera, junto a la llama, dos mugidoras vacas de retorcidos cuernos —pues la fuerza del dios era grande— y las derribó, jadeantes, de espaldas al suelo; e, inclinándose, las volvió y les perforó la medula; y, añadiendo trabajo a trabajo, cortó sus carnes pingües de grasa. Luego, espetándolas en asadores de madera, asó las carnes juntamente con los dorsos honorables y la negra sangre encerrada en las entrañas. Y todas estas cosas las dejó allí, en el suelo. Después tendió las pieles sobre una áspera roca, donde están todavía hoy, habiéndose hecho muy añosas en el intervalo, después de tan largo y continuo tiempo como desde entonces ha transcurrido. Enseguida Hermes, de ánimo alegre, retiró la pingüe vianda a un lugar plano y liso, y la dividió en doce partes que debían ser repartidas por suerte, atribuyendo a cada una de ellas un gran honor. Entonces el glorioso Hermes apeteció una porción de las carnes sacrificadas, pues el suave olor le encalabrínaba; pero, no obstante su gran deseo, no le persuadió su ánimo generoso a que dejara pasar cosa alguna por su sagrada garganta. Llevólo todo al establo de elevado techo, así la grasa como las abundantes carnes, lo levantó rápidamente en el aire como señal del reciente hurto, y, habiendo amontonado leña seca, pies y cabezas fueron enteramente consumidas por el ardor del fuego. Cuando el dios hubo terminado todas estas cosas como era debido, tiró las sandalias al Alfeo de profundos remolinos, apagó las brasas, y estuvo toda la noche esparciendo la negra ceniza mientras brillaba la hermosa luz de la Luna. Enseguida, ya al amanecer, llegó de nuevo a las divinales cumbres de Cilene, sin que en el largo camino le hubiese salido al encuentro ninguno ni de los bienaventurados dioses ni de los mortales hombres, ni le hubiesen ladrado los perros. Entonces el benéfico Hermes, hijo de Zeus, comprimiéndose, entró en la morada por el cerrojo, como aura de otoño o como neblina. Fuese directo de la cueva a la rica habitación avanzando quedamente con sus pies, sin hacer ruido, como si no anduviera sobre el suelo. El glorioso Hermes se metió apresuradamente en la cuna y apareció acostado, envolviéndose los hombros con los pañales como un infante, jugando con el lienzo que sujetaba sus manos y tenía alrededor de sus corvas, y asiendo la amada tortuga con la mano izquierda. Pero el dios no pasó inadvertido a la diosa, su madre, quien le dijo estas palabras:

155 — ¿Qué has hecho, taimado, y de dónde vienes a estas horas de la noche, impudente?

Mucho temo que muy pronto salgas por el vestíbulo con irrompibles ligaduras puestas en tus flancos por las manos del Letoída, o que éste te despoje llevándote al fondo de un valle. Vete de nuevo y enhoramala, que tu padre te engendró para que fueses una gran pesadilla para los mortales hombres y los inmortales dioses.

161 Y Hermes respondióle con astutas palabras:

162 — Madre mía: ¿por qué me dices estas cosas para espantarme, como si yo fuese un temeroso infante que en su espíritu conoce muy pocas bellaquerías y teme las reprensiones de su madre? Mas yo dominaré un arte que es el mejor, honrándome a mí y a ti constantemente, y no sufriremos quedarnos aquí, solos entre los inmortales, sin recibir ofrendas ni súplicas, como tú lo mandas. Es mejor conversar todos los días con los inmortales, siendo rico, opulento y dueño de muchos campos de trigo, que permanecer en casa, en este antro sombrío; y yo obtendré los mismos divinales honores que Apolo. Y si mi padre no me los concede, probaré de ser —pues lo puedo— capitán de ladrones. Si el hijo de la gloriosa Leto me buscare, creo que algo todavía más grave habrá de ocurrirle. Iré a Pito, a horadarle su gran morada, de donde le robaré en abundancia hermosos trípodes, calderos y oro, en abundancia también blanquecino hierro, y muchos vestidos: tú misma lo verás, si quisieres.

182 Así, con estas palabras, platicaban el hijo de Zeus, que lleva la égida, y la veneranda Maya.

184 Ya la Aurora, hija de la mañana, surgía del Océano, de profunda corriente, para llevar la luz a los mortales, cuando Apolo, dirigiéndose a Onquesto, llegaba al amenísimo y sagrado bosque del estruendoso Posidón, que ciñe la tierra. Allí encontró un viejo corcovado que, fuera de camino, levantaba una cerca para su huerto. Y el hijo de la gloriosa Leto le dijo el primero:

190 — ¡Oh anciano, que arrancas zarzas en la herbosa Onquesto! Vengo de la Pieria, buscando las vacas de retorcidos cuernos de un rebaño: un toro negro pacía solo, apartado de ellas, y las seguían cuatro mastines, de ojos encendidos, de igual celo, que semejaban hombres; los perros y el toro se quedaron —lo cual es una gran maravilla— y las vacas se fueron de la blanda pradera y del dulce pasto poco después de ponerse el sol. Dime, anciano nacido desde largo tiempo, si acaso has visto algún varón que siguiera su camino detrás de esas vacas.

201 Y el anciano le respondió con estas palabras:

202 — ¡Oh amigo! Difícil es referir todo cuanto se ve con los ojos, pues son en gran número los caminantes que frecuentan este camino, ya maquinando muchas cosas malas, ya pensando en cosas muy buenas; y no es nada fácil conocerlos a todos. Mas yo todo el día, hasta que se puso el sol, cavé en torno de la fértil tierra del huerto plantado de viña; y me pareció ver —pues claramente no lo sé— un niño, un infante, que acompañaba unas vacas de hermosos cuernos, llevaba una varita, andaba yendo y viniendo, y hacía retroceder las vacas que tenían la cabeza vuelta hacia él.

212 Dijo el anciano; y el dios, habiendo oído estas palabras, continuó aún más rápidamente el camino. Pero vio un ave de anchas alas, y al punto conoció al ladrón, niño engendrado por Zeus Cronión. El soberano Apolo, hijo de Zeus, lanzóse entonces hacia la divina Pílos en busca de las vacas de tornadizos pies, llevando las anchas espaldas cubiertas por purpúrea nube; y así que el que hiere de lejos hubo advertido las pisadas, profirió estas palabras:

219 — ¡Oh dioses! Grande es la maravilla que con mis ojos contemplo. Éstas son las pisadas de las vacas de enhiestos cuernos, pero se dirigen hacia atrás, hacia el prado de asfódelos; mas estas otras no son pisadas de hombre, ni de mujer, ni de blanquecinos lobos, ni de osos, ni de leones; ni creo que tenga nada de centauro de velludo cuello quien tan monstruosas pisadas deja al andar con sus pies ligeros; que si son espantosas las de este lado del camino, más espantosas son todavía las del lado opuesto.

227 Así habiendo hablado, el soberano Apolo, hijo de Zeus, partió apresuradamente y llegó a

la montaña, vestida de bosque, de Cilene, al secreto y umbrío interior de la roca, donde la ninfa inmortal había dado a luz al hijo de Zeus Cronión. Un agradable olor se esparcía por la divinal montaña y muchas reses de gráciles piernas pacían la hierba. Por allí descendió apresuradamente al oscuro antro, trasponiendo el umbral de piedra, el propio Apolo, que lanza a lo lejos.

235 Cuando el hijo de Zeus y de Maya vio a Apolo, el que hiere de lejos, irritado a causa de las vacas, se escondió dentro de los olorosos pañales: como la ceniza envuelve una gran brasa de leña de bosque, de semejante modo ocultóse Hermes al ver al que hiere de lejos. En un instante encogió cabeza, manos y pies como si estuviese recién bañado y se entregara al dulce sueño, aunque en realidad velaba; y en el sobaco tenía la tortuga. Mas el hijo de Zeus y de Leto lo comprendió, y reconoció enseguida la muy hermosa ninfa del monte y su amado hijo, infante chiquitito, lleno de engañosos ardides. Y echando la vista a todo el interior de la gran morada, tomó una reluciente llave y abrió tres lugares del fondo, colmados de néctar y de agradable ambrosía; y había allá dentro mucho oro y plata y muchos purpúreos y argénteos vestidos de la ninfa, cosas que contienen las sagradas mansiones de los bienaventurados dioses. Después que el Letoída hubo escudriñado las partes más interiores de la gran morada, habló en estos términos al glorioso Hermes:

254 — ¡Oh niño, que en esa cama estás acostado! Muéstrame enseguida las vacas, o pronto nos separaremos de inconveniente manera. Te cogeré y te arrojaré al Tártaro tenebroso, a la oscuridad siniestra e ineluctable; y ni tu madre ni tu padre podrán librarte y traerte a la luz, sino que andarás errabundo debajo de la tierra e imperarás sobre pocos hombres.

260 Y Hermes respondióle con astutas palabras:

261 — ¡Letoída! ¡Qué palabras tan crueles proferiste! ¿Y vienes aquí buscando las vacas agrestes? No las vi, no supe de ellas, ni oí que nadie hablara de las mismas; no puedo denunciarlas, ni alcanzar el premio de la denuncia; ni me parezco a un hombre fuerte, cuatrero de bueyes; ni es ésa mi labor, sino que antes me cuido de otras cosas: del sueño, de la leche de mi madre, de llevar los pañales en los hombros, y de los baños calientes. Que nadie sepa de dónde se ha originado esta disputa, pues fuera para los inmortales una gran maravilla que un niño recién nacido atravesara el vestíbulo con las vacas agrestes; tú lo afirmas insensatamente. Y si quieres, prestaré un gran juramento por la cabeza de mi padre: ni confieso que yo mismo sea el autor, ni vi a ningún ladrón de tus vacas, sean cuales fueren, sino que sólo lo sé de oídas.

278 Así habló; y echando frecuentes relámpagos por debajo de sus párpados, movía las cejas, miraba acá y allá y silbaba fuerte, mientras oía el ineficaz discurso. Y, riendo blandamente, le dijo Apolo, el que hiere de lejos:

282 — ¡Oh querido, embustero, maquinador de engaños! Figuróme que con frecuencia horadarás por la noche casas ricamente habitadas, derribarás al suelo más de un varón y robarás sin estrépito la morada, cuando dices tales cosas. También afligirás a muchos pastores campestres, en los vericuetos del monte, cuando, ávido de carne, salgas al encuentro de las vacadas y de las lanudas ovejas. Mas, ea, para que no duermas ahora tu último y postrero sueño, baja de la cuna, oh compañero de la negra noche. Y luego tendrás este honor entre los inmortales: serás llamado capitán de ladrones todos los días.

293 Así dijo; y Febo Apolo cogió el niño y fue a llevárselo. Pero entonces el fuerte Argifontes, recapacitando, se levantó sobre las manos que lo sujetaban y dejó escapar un augurio, obrero atrevido del vientre, nuncio abominable. Luego estornudó estrepitosamente, y Apolo, al oírlo, echó de sus manos al suelo al glorioso Hermes. Sentóse luego frente a él y, aunque deseoso de emprender el camino, dijo así zahiriendo a Hermes:

301 — Tranquilízate, niño en pañales, hijo de Zeus y de Maya. Con estos augurios pronto hallaré las fuertes cabezas de mis vacas, y tú mismo me enseñarás el camino.

304 Así habló. Levantóse rápidamente el cuerdo Hermes y, andando con pena, sujetó con las manos a ambas orejas los pañales que envolvían sus hombros y dijo estas palabras:

307 — ¿Adonde me llevas, oh tú, el que hiere de lejos, el más violento de todos los dioses? ¿Por qué me acometes, irritado de tal suerte por tus vacas? Oh dioses, ojalá pereciera la raza bovina, pues ni yo robé tus vacas ni vi que otro lo hiciera, sean cuales fueren las vacas, sino que sólo lo sé de oídas. Concédeme y acepta que este pleito lo falle Zeus Cronión.

313 Así exponían claramente estas cosas, una por una, el solitario Hermes y el preclaro hijo de Leto; pero su ánimo era diferente: el último, después de una verdadera pesquisa, no acusaba injustamente al glorioso Hermes respecto de las vacas; mientras que el cilenio se proponía engañar con ardid y con palabras seductoras al que lleva argénteo arco. Mas después que el muy ingenioso se encontró con el de los abundantes recursos, Hermes echó a andar apresuradamente por la arena y le seguía el hijo de Zeus y de Leto. Pronto los gallardos hijos de Zeus llegaron a la cima del oloroso Olimpo, al padre Cronión; pues allí estaba para ambos la balanza de la justicia. La serenidad envolvía el nevoso Olimpo, y los dioses imperecederos se habían reunido al descubrirse la Aurora de áureo trono. Hermes y Apolo, el del arco de plata, se detuvieron ante las rodillas de Zeus; y Zeus altitonante interrogó a su ilustre hijo, dirigiéndole estas palabras:

330 — ¡Febo! ¿De dónde traes ese agradable botín, ese niño recién nacido que tiene el aspecto de un heraldo? Grave asunto se presenta al concilio de los dioses.

333 Respondióle a su vez el soberano Apolo, el que hiere de lejos:

334 — Oh padre, pronto oirás una relación que no tiene desperdicio, tú que me zahieres diciendo que soy el único aficionado al botín. Después de recorrer un gran espacio, hallé a este niño, a este ladrón manifiesto, en los montes de Cilene; tan fullero, como yo no he visto otro, ni entre los dioses ni entre los hombres, de cuantos engañan a los mortales sobre la tierra. Habiéndome robado las vacas de la pradera, se las llevó por la tarde a lo largo del estruendoso mar, y las condujo derechamente a Pilos; y las huellas eran de dos maneras y de tal suerte monstruosas que podían admirarse como obra de un ilustre dios. En el negro polvo aparecían las pisadas de las vacas, pero con la dirección cambiada, mirando al prado de asfódelos; y él mismo, infatigable, andaba separadamente por el lugar arenoso, no con los pies ni con las manos, sino que recorría el camino poniendo en juego algún otro ardid, y dejaba unas señales monstruosas como si anduviera sobre tenues ramos de encina. Mientras fue por terreno arenoso, todas las huellas se destacaban muy fácilmente en el polvo; una vez pasado el gran camino de arena, ya se hicieron invisibles las pisadas de las vacas y las de él mismo en un suelo más duro; pero un mortal lo vio cuando llevaba derechamente a Pilos aquella casta de vacas de ancha frente. Luego que las tuvo encerradas en el establo y que hubo ejecutado astutamente durante el camino unas cosas acá y otras allá, se echó en su cuna, parecido a la negra noche, en el sombrío antro, en la oscuridad; y ni el águila de penetrante mirada le habría visto. A menudo se frotaba los ojos con las manos, urdiendo tretas. Y enseguida dijo sin rebozo estas palabras: «No las vi, no supe de ellas, ni sé que nadie hablara de las mismas; no puedo denunciarlas ni alcanzar el premio de la denuncia.»

365 Cuando así hubo hablado, sentóse Febo Apolo; y Hermes pronunció estas otras palabras ante los inmortales, dirigiéndose al Cronión que impera sobre todo los dioses:

368 — ¡Padre Zeus! Yo te diré solamente la verdad, pues soy sincero y no sé mentir. Hoy ha venido éste a mi casa, cuando apenas rayaba el sol, buscando unas vacas de tornadizos pies; y no traía dioses bienaventurados por testigos o veedores. Me mandó con gran violencia que se las mostrara y me amenazó muchas veces con arrojarme al anchuroso Tártaro; porque él está en la tierna flor de la gloriosa pubertad, mientras que yo nací ayer —cosas que sabe muy bien— y en nada me parezco a un hombre fuerte, cuatrero de bueyes. Convéncete, ya que te glorías de ser mi padre amado, de que no llevé las vacas a casa —iasí sea feliz como es cierto!— y de que ni siquiera transpuse el umbral: te lo digo sinceramente. Mucho reverencio al Sol y a los demás dioses, y te amo a ti, y temo a éste: sabes tú mismo que no tengo culpa, pero añadiré aún un gran juramento: No, por estos adornados vestíbulos de los inmortales, no soy culpable. Quizás algún día le pague a éste,

por robusto que sea, tan cruel pesquisa; pero tú ayuda a los que son más jóvenes.

387 Así habló, guiñando los ojos, el cilenio Argifontes; el cual tenía los pañales encima del brazo y no los soltaba. Zeus se rió mucho al ver que el artero niño negaba tan bien y tan hábilmente lo de las vacas. Pero mandó a entrambos que, puestos de acuerdo, las buscaran; y al mensajero Hermes que fuese el guía y mostrase, sin dañosa intención, dónde había escondido las fuertes cabezas de las vacas. Hizo el Cronida una señal con su cabeza y obedeció el preclaro Hermes; pues la decisión de Zeus, que lleva la égida, persuade fácilmente.

396 Los dos gallardos hijos de Zeus se apresuraron a partir y llegaron a la arenosa Pilos y al vado del Alfeo y a los campos y al establo de elevada techumbre donde la presa había sido encerrada durante la noche. Allí Hermes atravesó enseguida el pétreo umbral y sacó a la luz las fuertes cabezas de las vacas; y el Letoída, volviendo los ojos a otro lado, vio las pieles bovinas sobre la escarpada roca y al momento interrogó al glorioso Hermes:

450 — ¿Cómo has podido degollar dos vacas, oh doloso, siendo como eres recién nacido e infante todavía? Yo mismo estoy admirado de la fuerza que tendrás luego, pues no te precisa crecer mucho, oh cilenio, hijo de Maya.

409 Así dijo; y con las manos retorció las fuertes ligaduras... de agnocasto; y ellas se plantaron pronto y con facilidad en la tierra, debajo de los pies, allí mismo, confusamente vueltas las unas hacia las otras, junto a todas las agrestes vacas, por la voluntad de Hermes, que oculta su pensamiento. Apolo, al verlo, quedó admirado. Entonces el fuerte Argifontes miró de soslayo el lugar, lanzando fuego por los ojos..., deseando ocultarse. Pero fácilmente apaciguó al hijo de la gloriosa Leto, al que hiere de lejos, de la manera que quiso, aunque este último era robusto: tomando la tortuga con la mano izquierda, la probó con el plectro parte por parte: resonó aquélla fuertemente debajo de la mano, y Febo Apolo sonrió gozoso, pues el grato sonido de la voz divina había penetrado en su mente y un dulce deseo se apoderaba de su ánimo al escucharla. Tocando, pues, amablemente la lira, el hijo de Maya cobró ánimo y se puso a la izquierda de Febo Apolo; y pronto, además de tocar melodiosamente, cantaba un prelude —una agradable voz salía de su garganta— y celebraba a los inmortales dioses y la tierra oscura, cómo las primeras cosas empezaron a existir y de qué manera alcanzó cada ser lo que le estaba destinado. Honró con el canto, antes que a las demás deidades, a Mnemosine, madre de las Musas, a quien fue asignado por la suerte el hijo de Maya; y, enseguida, el preclaro hijo de Zeus fue celebrando a los inmortales dioses según su antigüedad y la manera cómo nació cada uno, refiriéndolo todo convenientemente y pulsando la cítara que apoyaba en el brazo. Apolo sintió en su pecho que un irresistible deseo se le adueñaba del ánimo, y, dirigiéndose a Hermes, profirió estas aladas palabras:

436 — ¡Matador de vacas, maquinador hábil, compañero celoso del festín! Tú haces cosas que valen tanto como cincuenta vacas. Creo que pronto nos separaremos pacíficamente. Mas ea, dime ahora, oh ingenioso hijo de Maya: ¿esas obras admirables han sido propias de ti desde tu nacimiento, o alguno de los inmortales dioses o de los mortales hombres te dio ese espléndido presente y te enseñó el divino canto? Pues oigo esa nueva y admirable voz que nunca oí de ninguno de los hombres ni de ninguno de los inmortales que poseen olímpicas moradas, sino solamente de ti, oh ladrón, hijo de Zeus y de Maya. ¿Cuál es esta arte? ¿Cuál esta musa de las irremediables inquietudes? ¿Cuál esta habilidad? Verdaderamente tres cosas se presentan a un mismo tiempo en ella, pues sirve para el deleite, para el amor y para coger el dulce sueño. Soy compañero de las Musas Olímpicas que tienen a su cuidado las danzas, la ilustre norma del canto, la modulación floreciente y el sonido encantador de las flautas; pero jamás ninguna otra cosa preocupó de tal suerte a mi espíritu como las hábiles acciones de los mancebos en los festines. Admiro, oh hijo de Zeus, cuan deliciosamente tocas la cítara. Ahora, ya que, siendo aún pequeñito, tienes nobles pensamientos, siéntate, querido, y canta las alabanzas de los más antiguos. Gloria habrá para ti y para tu madre entre los inmortales: voy a decírtelo sinceramente: sí, por este dardo de cornejo, yo te conduciré glorioso y feliz a los inmortales, te haré espléndidos presentes y no te engañaré jamás.

463 Respondióle Hermes con astutas palabras:

464 — Muy hábilmente me interrogas, oh tú que hieres de lejos, pero no me opondré a que aprendas mi arte. Hoy mismo lo sabrás. Quiero ser suave contigo con el pensamiento y con las palabras, ya que tu mente conoce bien todas las cosas. Porque tú, que eres bueno y fuerte, te sientas el primero entre los inmortales; a ti te quiere el pródigo Zeus con toda justicia y te ha dado espléndidos presentes y honores; y dicen, oh tú que hieres de lejos, que tú has aprendido de boca de Zeus los vaticinios y todas las cosas divinas: sé yo mismo que de todo ello eres rico. De ti depende aprender lo que anhelas. Mas, puesto que tu ánimo desea pulsar la cítara, canta y pulsa la cítara y toma a tu cargo los placeres, recibéndolo todo de mí; y tú, oh querido, dame gloria. Canta con arte, teniendo en las manos esta compañera de melodiosos sonidos que sabe hablar pulcra y convenientemente; y llévala tranquilo al abundante festín, a la encantadora danza y al cosmos amante de la gloria, regocijo de la noche y del día. A quien la interroque siendo docto en el arte y en la sabiduría, le enseñará toda suerte de cosas gratas a la inteligencia, jugando fácilmente con las acostumbradas blanduras y huyendo de un trabajo penoso; mas a aquel que, inexperto, empezare a interrogarla con violencia, al punto le sonará en vano, desentonada e imprecisamente. De ti depende aprender lo que anhelas. Yo te regalaré esta cítara, ilustre hijo de Zeus; y luego, oh tú que hieres de lejos, con las agrestes vacas ocuparemos los pastos del monte y de la llanura criadora de caballos. Allí las vacas, después de unirse con los toros, parirán en abundancia y mezcladamente machos y hembras; y así no es preciso, por ávido que seas, que continúes irritado con tan excesiva vehemencia.

496 Así habiendo hablado, le ofreció la cítara, que tomó Febo Apolo; y éste, a su vez, concedió a Hermes que cuidara de las vacadas, usando un luciente látigo, que el hijo de Maya aceptó gozoso. El hijo glorioso de Leto, el soberano Apolo, el que hiere de lejos, cogió la cítara con la mano izquierda y la fue probando con el plectro parte por parte; la cítara resonó de penetrante modo y el dios cantó hermosamente.

503 Entonces hicieron volver las vacas al florido prado, y ellos, los gallardos hijos de Zeus, regresaron al nevoso Olimpo, deleitándose con la cítara; y el pródigo Zeus se alegró y los juntó en amistad. Hermes amó constantemente al Letoída, como le ama todavía, desde que entregara como prenda la deliciosa cítara al que hiere de lejos, y éste, una vez instruido, se la pusiera al brazo y la pulsara; y Hermes descubrió también el arte de otra habilidad, pues produjo la voz de las siringas que se oye de lejos. Entonces el Letoída dirigióse a Hermes con estas palabras:

514 *Apolo*. — Temo, oh hijo de Maya, mensajero, taimado, que me hurtes la cítara y los curvados arcos; pues has recibido de Zeus la honra de hacer permutables los trabajos de los hombres en la fértil tierra. Mas si te avinieras a prestarme el gran juramento de los dioses, ya asintiendo con la cabeza, ya invocando la impetuosa agua de la Estix, harías una cosa agradable y acepta a mi corazón.

521 Entonces el hijo de Maya prometió, asintiendo con la cabeza, no robar nada de cuanto el que hiere de lejos poseyera, ni acercarse a su sólida casa; y Apolo Letoída asintió, en concordia y amistad, a que ningún otro dios ni hombre descendiente de Zeus le sería más querido entre los inmortales; y perfecto

. . . . .

te haré mensajero de los inmortales y de todos los hombres, caro y honorable a mi corazón; y te daré luego la hermosísima varita de la felicidad y de la riqueza, áurea, de tres hojas, la cual te guardará incólume, siendo poderosa para todos los dioses en virtud de las palabras y acciones buenas que declaro haber aprendido de la voz de Zeus. Pero, en cuanto al arte adivinatoria por la cual preguntas, oh bonísimo alumno de Zeus, no está decretado por la divinidad que lo aprendas tú ni otro alguno de los inmortales, pues así lo ha decidido la inteligencia de Zeus; y yo, a quien aquella arte se ha confiado, he asentido con la cabeza y prometido con firme juramento que ningún otro de los sempiternos dioses, fuera de mí, conocerá las prudentes decisiones de Zeus. Y tú, hermano, el de la áurea varita, no me



mandes que revele cuántos divinales proyectos medita el largovidente Zeus. De los hombres dañaré a unos y protegeré a otros, recorriendo las múltiples familias de los míseros humanos. Se aprovechará de mi vaticinio el que venga guiado por la voz y el vuelo de aves agoreras: ése se aprovechará de mi vaticinio, pues no le engañaré. Pero el que, fiándose de aves que gritan en vano, quiera escudriñar irracionalmente mi vaticinio y entenderlo más que los sempiternos dioses, afirmo que ése habrá hecho el viaje en balde aunque yo le acepte sus dones. Otra cosa te diré, hijo de la gloriosa Maya y de Zeus que lleva la égida, numen útilísimo de los dioses: existen unas venerandas ninfas, hermanas de nacimiento, vírgenes, que se enorgullecen de sus veloces alas y son en número de tres; llevan empolvada de blanca harina la cabeza, tienen sus moradas en un repliegue del Parnaso, y fueron secretamente las maestras del arte adivinatoria que yo, apacentando bueyes y siendo todavía niño, practiqué sin que mi padre se preocupara por ello. Volando desde su morada, unas a un lado y otras a otro, se alimentan de panales y llevan a cumplimiento cada uno de sus propósitos. Cuando son agitadas por el furor profético, después de haber comido miel fresca, se prestan benévolamente a decir la verdad; pero si se ven privadas de la agradable comida de los dioses, mienten promoviendo tumulto unas con otras. Yo te las doy: deleita tu ánimo interrogándolas cuidadosamente; y, si instruyeres a algún hombre mortal, éste escuchará muchas veces tu voz cuando la ocasión se le ofrezca. Ten estas cosas, hijo de Maya, y cuida de las agrestes vacas de tornadizos pies, y de los caballos y de los mulos pacientes en el trabajo.

. . . . .

y el glorioso Hermes reine sobre los leones de torva mirada, y los jabalíes de blancos dientes, y los perros, y las ovejas que cría la anchurosa tierra; y sea el único mensajero irrecusable para Hades, el cual, aunque indotado, le hará un presente que no será sin duda el más pequeño.

574 Así el soberano Apolo amó con toda suerte de amistad al hijo de Maya; y también el Cronión le otorgó su gracia. Y Hermes se comunica con todos, mortales e inmortales, y pocas veces les es útil; mas en un sinnúmero de ocasiones engaña, durante la oscuridad de la noche, a las familias de los mortales hombres.

579 Así, pues, salve, oh hijo de Zeus y de Maya; y yo me acordaré de ti y de otro canto.

## V

## A AFRODITA

1 Musa, cuéntame las obras de la áurea Afrodita Cipria, que infunde en los dioses suaves deseos y subyuga las razas de los mortales hombres, las aves mensajeras de Zeus y las fieras todas, así las que cría en gran número el continente como las que nutre el mar; que a todos les preocupan las obras de Citerea, la de hermosa corona.

7 Pero hay tres diosas a quienes no ha podido persuadir el ánimo ni engañar. Una es la hija de Zeus que lleva la égida, Atenea, de ojos de lechuza; a quien no le placen las obras de la áurea Afrodita, sino las guerras y las obras de Ares, y luchas y combates y cuidarse de preclaras acciones. Fue ella quien primeramente enseñó a los artesanos que viven en la tierra a construir carretas y carros con adornos de bronce; y a las doncellas de delicado cuerpo, a hacer, dentro de sus cámaras, espléndidas labores que les sugería en la mente. Tampoco la risueña Afrodita ha domado con el amor a Ártemis, la de las flechas de oro, clamorosa; pues a ésta le gustan los arcos y cazar fieras en los montes, y las cítaras, y los coros, y los gritos desgarradores, y los bosques umbríos y una ciudad de hombres justos. Tampoco le gustan las obras de Afrodita a Hestia, doncella respetable a quien engendró el artero Cronos antes que a nadie y es, no obstante, la más joven por la voluntad de Zeus que lleva la égida; virgen veneranda que fue pretendida por Posidón y Apolo, pero no los quiso en modo alguno, sino que los rechazó porfiadamente y, tocando la cabeza de su padre Zeus, prestó un gran juramento que se ha cumplido: ser virgen todos los días. Y el padre Zeus dióle una hermosa recompensa: colocóla en medio de las casas, para que recibiera el succulento olor de los sacrificios. Se la honra además en todos los templos de los dioses y es para todos los mortales la más augusta de las deidades.

33 A estas tres, Afrodita no les ha podido convencer el entendimiento, ni tampoco engañar; pero ningún otro ser se libra de ella, ni entre los bienaventurados dioses, ni entre los mortales hombres. Y hasta perturba la mente de Zeus que se complace en el rayo, a pesar de ser el más grande y el que ha obtenido mayores honras: cuando ella quiere, engaña su precavida inteligencia y logra fácilmente que se junte con hembras mortales y se olvide de Hera, su hermana y mujer, que es la más notable por su aspecto entre las inmortales diosas, fue engendrada la más gloriosa por el artero Cronos y tuvo por madre a Rea; y Zeus, que conoce los eternos decretos, hízola su veneranda consorte, entendida en cosas honestas.

45 Zeus, a su vez, inspiró en el corazón de Afrodita un dulce deseo de acoplarse con varón mortal, para que muy pronto ni ella estuviera exenta del concúbito humano; ni la misma Afrodita, amante de la risa, pudiera decir, gloriándose entre todos los dioses y sonriéndose dulcemente, que unía a los dioses con mujeres mortales que daban a los inmortales hijos mortales, y que juntaba asimismo a las diosas con los mortales hombres.

53 Inspiróle, pues, en el corazón, un dulce deseo de Anquises, que se hallaba apacentando vacas en las alturas del monte Ida, abundante en manantiales, y por su cuerpo parecía un inmortal. Así que le vio Afrodita, amante de la risa, se enamoró de él, sintiendo que un vehemente deseo se adueñaba de su albedrío. Fuese enseguida a Chipre, penetró en el perfumado templo de Pafos donde tenía un campo sagrado y un perfumado altar, y cerró las puertas espléndidas. Allí las Gracias la lavaron y ungieron con aceite inmortal, divino y sutil, que siempre estaba perfumado para ella; cuales cosas embellecen todavía más a los sempiternos dioses. Luego Afrodita, amante de la risa, revistió su cuerpo de hermosos vestidos, se adornó con oro y, dejando la olorosa Chipre, se lanzó hacia Troya, haciendo el viaje rápidamente, por lo alto, por entre las nubes. Llegó al Ida, abundante en manantiales, procreador de fieras; y, atravesando la montaña, se fue directamente al establo: iban tras ella, moviendo la cola, blanquecinos lobos, leones de torva mirada y veloces panteras, insaciables de carne de ciervo; y la diosa, al notarlos, sintió que se le alegraba el ánimo en la mente, y les infundió en el pecho un dulce deseo, y todos fueron acostándose por parejas

en los sombríos vericuetos. Llegó en esto a la bien construida cabaña y halló al héroe Anquises que tenía la belleza de un dios y se había quedado en el establo, solo, alejado de sus compañeros. Éstos se habían ido todos, con las vacas, por los prados herbosos; y él se había quedado en el establo, solo, alejado de los demás, e iba acá y acullá pulsando vigorosamente la cítara. Afrodita, hija de Zeus, se detuvo a su presencia, habiendo tomado la estatura y el aspecto de una doncella libre de todo yugo: no fuera que, al contemplarla Anquises con sus ojos, le tuviese temor. Anquises, al verla, se quedó pensativo y admiraba su aspecto, su estatura y sus vestidos espléndidos. Afrodita se había revestido de un peplo más brillante que el resplandor del fuego, llevaba retorcidos brazaletes y lucientes agujas; tenía alrededor de su tierno cuello bellísimos collares, pulcros, áureos, de variada forma; y en su tierno pecho brillaba una especie de luna, encanto de la vista. El deseo amoroso se apoderó de Anquises, quien, vuelto hacia ella, así le dijo:

92 — Salve, oh reina, que has venido a estas moradas, seas cual fueres de las bienaventuradas diosas —o Ártemis, o Leto, o la áurea Afrodita, o la noble Temis, o Atenea, la de ojos de lechuza—; o quizás has llegado aquí siendo una de las Gracias, que acompañan a todos los dioses y son llamadas inmortales; o eres alguna de las ninfas que pueblan los hermosos bosques o de las que habitan este hermoso monte, las fuentes de los ríos y los prados herbosos. Yo te erigiré un altar en una atalaya, en sitio abierto por todos lados, y te ofreceré hermosos sacrificios en cada estación; y tú, con ánimo benévolo, concédeme que sea ilustre entre los troyanos y haz que tenga floreciente prole, que viva bien y largo tiempo, que mezclado con el pueblo contemple dichoso la luz del sol, y que llegue hasta el umbral de la vejez.

107 Afrodita, hija de Zeus, respondióle en el acto:

108 — Oh Anquises, el más glorioso de los hombres que de la tierra han nacido, no soy ciertamente una diosa —¿por qué me confundes con las inmortales?—, sino mortal, y mujer fue la madre que me dio a luz. Mi padre es Otreo, de ínclito nombre, si acaso lo has oído nombrar, y reina sobre toda la Frigia bien amurallada. Conozco bien vuestra lengua y la mía, por haberme criado en el palacio una nodriza troyana que me crió constantemente desde que me recibió de mi madre, siendo yo muy pequeñita; por esto conozco bien vuestra lengua. Ahora el Argifontes, el de la varita de oro, me arrebató de un coro de Ártemis, que lleva arco de oro y es amante del bullicio. Muchas ninfas y doncellas de rico dote jugábamos, y una multitud inmensa formaba en torno nuestro una corona: de allí me arrebató el Argifontes, el de la varita de oro, quien me condujo por cima de muchas tierras cultivadas por los mortales hombres y por cima de otras no sorteadas ni cultivadas en las cuales las fieras carnívoras vagan por los sombríos vericuetos —parecíame que no tocaba con mis pies la fértil tierra— y me dijo que cabe al lecho de Anquises sería llamada legítima esposa y te daría a ti hijos ilustres. Así que me mostró el sitio y me hubo hablado, volvióse el fuerte Argifontes a las familias de los inmortales; y yo vine a encontrarte, obligada por dura necesidad. Mas, por Zeus te lo suplico y por tus padres nobles, pues unos viles no te habrían engendrado tal cual eres: llévame, no rendida aún e inexperta en amores, y muéstrame a tu padre y a tu madre entendida en cosas honestas y a tus hermanos nacidos de tu mismo linaje; que no seré para aquéllos una nuera indigna, sino tal cual les corresponde. Manda pronto un mensajero a los frigios de ágiles corceles, para que se lo participen a mi padre y a mi madre que está ansiosa, los cuales te enviarán abundante oro y vestiduras tejidas; y tú recibe muchos y espléndidos regalos. Y después que esto hicieres, celebra con un convite las deseadas nupcias a fin de que sean honorables para los hombres y los inmortales dioses.

143 Dicho esto, la diosa inspiróle en el corazón un dulce deseo. El amor se apoderó de Anquises, quien profirió estas palabras dirigiéndose a ella:

145 — Si eres mortal y fue mujer la madre que te dio a luz, y tu padre es Otreo de ínclito nombre, según dices, y has venido aquí por la voluntad de Hermes, el nuncio inmortal, en adelante serás llamada esposa mía todos los días; y ninguno de los dioses ni de los mortales hombres me detendrá hasta haberme unido amorosamente contigo, aunque el mismo Apolo, el que hiere de lejos, me tirara luctuosas flechas con su arco de plata. Yo

quisiera, oh mujer semejante a una diosa, subir a tu lecho y hundirme luego en la mansión de Hades.

155 Así diciendo, cogióle la mano; y Afrodita, amante de la risa, vuelta hacia atrás y con los ojos bajos, se deslizaba hacia el lecho bien aparejado, hacia el lugar donde solían disponerlo para el rey con suaves colchas, encima de las cuales estaban echadas pieles de osos y de leones de ronca voz que él mismo había matado en los altos montes. Así que llegaron al lecho bien construido, Anquises le fue quitando los relucientes adornos —broches, redondos brazaletes, sortijas y collares—, le desató la faja, la desnudó del espléndido vestido, que puso en una silla de clavazón de plata; y enseguida, por la voluntad de los dioses y por disposición del hado, él, que era mortal, se acostó con una diosa inmortal sin saberlo claramente.

168 A la hora en que los pastores hacen volver de los floridos prados al establo los bueyes y las pingües ovejas, la diosa derramó sobre Anquises un dulce y suave sueño, y empezó a cubrir su cuerpo con el hermoso vestido. Cuando la divina entre las diosas hubo colocado alrededor de su cuerpo todas las prendas, quedóse en pie dentro de la cabana: su cabeza tocaba al techo bien construido y en sus mejillas brillaba una belleza inmortal, cual es la de Gítereas, de hermosa corona. Entonces le despertó del sueño, le llamó y le dijo estas palabras:

177 — Levántate, Dardánida: ¿por qué duermes con sueño tan profundo? Dime si te parece que soy semejante a aquella que contemplaste primeramente con tus ojos.

180 Así dijo; y él, recordando de su sueño, pronto la oyó. Y así que vio el cuello y los ojos hermosos de Afrodita, turbóse y, desviando la vista, la dirigió a otro lado. Cubrióse nuevamente el rostro con la manta, y, suplicante, estas aladas palabras le dijo:

185 — Cuando por vez primera te vi con mis ojos, conocí, oh diosa, que eras una deidad; pero tú no me hablaste sinceramente. Mas ahora te suplico por Zeus, que lleva la égida, que no permitas que yo habite entre los hombres y viva lánguidamente; antes bien compadécete de mí, que no es de larga vida el varón que se acuesta con las inmortales diosas.

191 Afrodita, hija de Zeus, respondióle en el acto:

192 — ¡Oh Anquises, el más glorioso de los mortales hombres! Cobra ánimo y no temas excesivamente en tu corazón; que ningún temor has de abrigar de que te venga algún mal de mi parte ni de la de los demás bienaventurados, pues eres caro a los dioses. Tendrás un hijo, que reinará sobre los troyanos y de su estirpe nacerán perpetuamente hijos tras hijos. Su nombre será Eneas a causa del terrible dolor que se apoderó de mí por haber caído en la cama de un hombre mortal. Siempre los de vuestro linaje han sido, entre los mortales hombres, los más semejantes a los dioses por su aspecto y por su natural. —Así el pródigo Zeus robó al rubio Ganimedes por su belleza, para que estuviera entre los inmortales y en la morada de Zeus escanciara a los dioses, icosa admirable de ver!; y ahora, honrado por todos los inmortales, saca el dulce néctar de una crátera de oro. Inconsolable pesar se apoderó del alma de su padre Tros, que ignoraba adonde la divinal tempestad le había arrebatado el hijo, y desde entonces lo lloraba constantemente, todos los días; pero Zeus se apiadó de él y le dio a cambio del hijo caballos de ágiles pies, de los que usan los inmortales. Se los dio de regalo para que los poseyera, y el mensajero Argifontes se lo explicó todo por orden de Zeus: que Ganimedes sería inmortal y se libraría de la vejez como los dioses. Y desde que oyó el mensaje de Zeus ya no lloró más; sino que se alegró interiormente, en su corazón, y alegre se dejaba conducir por los caballos de pies rápidos como el viento—. A su vez, la Aurora robó a Titono, de vuestro linaje, parecido a los inmortales. Fue luego a pedir a Zeus, el de las negras nubes, que aquél fuese inmortal y viviese todos los días; y Zeus asintió y le realizó el voto. ¡Oh insensata! No atinó en su mente la veneranda Aurora a impetrar para él una juventud perpetua a fin de arrancarle de la vejez funesta. Y así, mientras le duró la amabilísima juventud, habitaba junto a las corrientes del Océano en los confines de la tierra, y se deleitaba con la Aurora, la de áureo

solio, hija de la mañana; mas cuando las primeras canas se esparcieron por su hermosa cabeza y por su poblada barba, la veneranda Aurora se abstuvo de su lecho y, conservándolo en el palacio, lo alimentaba con manjares y ambrosía, y le daba hermosas vestiduras. Pero al punto que lo abrumó completamente la odiosa vejez y ya no pudo mover ni levantar ninguno de sus miembros, a ella le vino a la mente que la mejor resolución sería la que tomó: lo puso en el tálamo y ajustó las puertas espléndidas. Desde entonces la voz de Titono fluye continuamente, pero ningún vigor le queda del que antes tenía en los flexibles miembros. —No de este modo te quisiera inmortal entre inmortales, y que vivieras todos los días. Si vivieras siendo cual eres en figura y cuerpo, y fueses llamado esposo mío, el pesar no envolvería mi prudente espíritu. Mas ahora pronto te envolverá la senectud cruel, que a todos los hombres alcanza, funesta, fatigosa, aborrecida de los mismos dioses. Y yo tendré que sufrir por tu causa perpetuamente, todos los días, una gran afrenta entre los inmortales dioses; quienes temían antes mis coloquios y ardidés con los cuales junté en otro tiempo a todos los inmortales con mujeres mortales, pues mi inteligencia a todos los subyugaba. Mas ahora ya no se abrirá mi boca para hablar de tales cosas entre los inmortales, pues he cometido un pecado muy grande, atroz e infando: se me extravió la mente y, habiéndome acostado con un mortal, llevo un hijo debajo de la faja. Tan pronto como éste vea la luz del sol, lo criarán las ninfas montaraces, de profundo seno, que habitan este monte grande y divino; no obedecen ni a mortales ni a inmortales; viven largo tiempo, alimentándose con divinal manjar; y danzan en hermoso coro ante los inmortales. Con ellas se unen amorosamente los Silenos y el vigilante Argifontes en el fondo de deleitosas cuevas. Cuando nacen las ninfas, brotan simultáneamente de la fértil tierra abetos o encinas de elevada copa; árboles hermosos, que florecen en los altos montes, hállanse en lugares abruptos, forman los llamados bosques de los inmortales, y jamás los mortales los cortan con el hierro. Mas cuando la Parca de la muerte se les presenta a las ninfas, sécanse primero los hermosos árboles sobre la tierra, marchítase la corteza alrededor del tronco, caen las ramas, y al mismo tiempo dejan la luz del sol las almas de aquéllas. Las ninfas, pues, criarán mi hijo, teniéndolo con ellas, y así que le llegue la muy amable pubertad, las diosas lo traerán aquí y te mostrarán el niño. Y cinco años después — para que en mi espíritu pase revista a todas estas cosas— volveré en persona a traerte el hijo. Tan pronto como veas con tus ojos semejante retoño, gozarás contemplándolo —pues será muy semejante a los dioses— y lo llevarás enseguida a la ventosa Ilion. Y si alguno de los mortales hombres te preguntare qué madre puso, para ti, tu amado hijo debajo de su faja, acuérdate de hablarle así como te lo mando: dile que es prole de una de las ninfas de cutis suave como botón de rosa, que pueblan esta montaña vestida de bosque. Mas si, gloriándote con ánimo insensato, revelarás que te has unido amorosamente con Citerea de hermosa corona, Zeus, irritándose, te herirá con el ardiente rayo. Todo te lo he dicho: tú medítalo en tu mente, domínate y no me nombres, temiendo la cólera de los dioses.

291 Así habiendo hablado, lanzóse rápidamente al ventoso cielo.

292 Salve, diosa que reinas sobre la bien construida Chipre: habiendo empezado por ti, pasaré a otro himno.

**VI****A AFRODITA**

1 Cantaré a la de áurea corona, veneranda y hermosa Afrodita, a quien se adjudicaron las ciudadelas todas de la marítima Chipre, adonde el fuerte y húmedo soplo del Céfiro la llevó por las olas del estruendoso mar entre blanda espuma; las Horas, de vendas de oro, recibieronla alegremente y la cubrieron con divinales vestiduras, pusieron sobre su cabeza inmortal una bella y bien trabajada corona de oro y en sus agujereados lóbulos flores de oricalco y de oro precioso, y adornaron su tierno cuello y su blanco pecho con los collares de oro con que se adornan las mismas Horas, de vendas de oro, cuando en la morada de su padre se juntan al coro encantador de las deidades. Mas, así que hubieron colocado todos estos adornos alrededor de su cuerpo, lleváronla a los inmortales: éstos, al verla, la saludaron, le tendieron las manos, y todos deseaban llevarla a su casa para que fuera su legítima esposa, admirados de la belleza de Citerea, de corona de violetas.

19 Salve, diosa de arqueadas cejas, dulce como la miel; concédeme que alcance la victoria en este certamen y da gracia a mi canto. Y yo me acordaré de ti y de otro canto.

## VII A DIÓNISO

1 Recordaré de Dióniso, hijo de la gloriosa Semele, cómo apareció en la orilla del mar estéril, sobre un promontorio saliente, parecido a un mancebo que acaba de llegar a la juventud: hermosos cabellos negros colgaban de su cabeza y llevaba en sus robustas espaldas una capa purpúrea. Pronto se le acercaron por el vinoso mar en nave de bellas tablas unos piratas tirrenos —isu mala suerte los conducía!—, quienes, al verle, hicieron señas, saltaron rápidamente a tierra, lo cogieron enseguida y lo llevaron a la nave, alegrándose en su corazón. Figurábase que sería hijo de reyes, alumnos de Zeus, y quisieron atarlo con fuertes ligaduras. Pero las ligaduras no le sujetaron, sino que los mimbres cayeron lejos de sus manos y de sus pies, y él se sentó sonriéndose en sus negros ojos. Advirtiéndolo el piloto y enseguida exhortó a sus compañeros, a quienes dijo:

17 —¡Desdichados! ¿Qué dios poderoso es ése a quien habéis cogido y atado? Ni llevarle puede la nave bien construida. Ése es sin duda Zeus, o Apolo, el del arco de plata, o Posidón; pues no se parece a los mortales hombres, sino a los dioses que poseen olímpicas moradas. Mas, ea, dejémosle cuanto antes en la negra tierra y no pongáis en él vuestras manos: no sea que, irritado, suscite fuertes ventoleras y un recio huracán.

25 Así dijo, y el capitán le increpó con áspero lenguaje:

26 —¡Desdichado! Observa tú el viento y tira de la vela, luego que hayas recogido los aparejos todos; que de ése se cuidarán los demás hombres. Espero que llegará a Egipto, a Chipre, a los Hiperbóreos o aún más lejos, y que al fin nos dará a conocer sus amigos, sus bienes todos y sus hermanos, pues un dios lo pone en nuestras manos.

32 Habiendo hablado así, izó el mástil y descogió la vela de la nave. El viento hinchó el centro de la vela, y a sus lados colocaron los aparejos; pero pronto se les presentaron cosas admirables. Primeramente un vino dulce y perfumado manaba en sonoros chorros dentro de la nave, despidiendo un olor divino: quedáronse atónitos los marineros cuando lo notaron. Luego, una parra se extendió al borde de la vela, acá y acullá, y de ella colgaban muchos racimos; se enroscó alrededor del mástil una oscura hiedra lozana y florida, de la cual salían lindos frutos; y aparecieron con coronas todos los escálamos: al advertirlo, mandaron al piloto que acercara la nave a tierra. Pero Dióniso, dentro de la nave y en su parte más alta, se transformó en espantoso león que dio un gran rugido; y, en medio de ella, creó —mostrando señales— una osa de erizado cuello, que se levantó furiosa, mientras el león desde las tablas más altas miraba torva y terriblemente. Entonces huyeron a la popa, junto al piloto de prudente espíritu, y allí se detuvieron estupefactos. Mas el león se lanzó de repente y cogió al capitán; y los demás, así que lo vieron, con el fin de librarse del funesto hado, saltaron todos juntos afuera, al mar divino, y convirtiéronse en delfines. Dióniso, compadecido del piloto, lo detuvo, lo hizo completamente feliz y le dijo:

55 — Tranquilízate, piloto divino, que has hallado gracia en mi corazón: yo soy el bullicioso Dióniso, a quien dio la luz una madre cadmea, Semele, después de unirse amorosamente con Zeus.

58 Salve, hijo de Semele, la de lindos ojos, que no es posible adornar el dulce canto sin acordarse de ti.

**VIII**  
**A ARES**

1 Ares prepotente, que combas los carros con tu peso, de casco de oro, portador de escudo, salvador de ciudades, armado de bronce, de fuerte brazo, infatigable, poderoso por tu lanza, antemural del Olimpo, padre de la Victoria de una guerra justa, auxiliar de Temis, dominador de los enemigos, caudillo de los hombres más justos, portacetro del valor, que haces girar el círculo de ígneos resplandores del éter entre la constelación de las siete estrellas, allí donde los caballos llenos de fuego te conducen siempre por cima del tercer círculo: oye, aliado de los mortales, dador de la robusta juventud, que desde lo alto haces brillar suave resplandor sobre nuestra vida y nos inspiras el marcial desnudo; ojalá yo pudiera apartar de mi cabeza la amarga cobardía, reprimir en mi mente el errado impulso del alma y contener el ardor estimulante de mi corazón, que me instiga a emprender la lucha horrenda. Pero tú, oh bienaventurado, dame valor para vivir bajo las leyes benéficas de la paz, después de haberme librado del tumulto de los enemigos y de las Parcas violentas.



**IX**  
**A ÁRTEMIS**

1 Celebra, oh Musa, a Ártemis, hermana del que hiere de lejos, virgen que se complace en las flechas, criada juntamente con Apolo; la cual, después de abreviar sus caballos en el Meles, de altos juncos, conduce velozmente su carro de oro, a través de Esmirna, a Claros, abundante en viñas; donde se halla Apolo, el del arco de plata, aguardando a la que lanza a lo lejos y se huelga en las flechas.

7 Así, pues, regocíjate con este canto, y contigo todas las diosas; y yo, que te celebro primeramente a ti y por ti comienzo a cantar, habiendo ahora comenzado por ti, pasaré a otro himno.

**X****A AFRODITA**

1 Cantaré a Citerea, nacida en Chipre, la cual hace dulces presentes a los mortales y en su amable rostro siempre sonrío, y lleva una amable flor.

4 Salve, oh diosa, que imperas en Salamina bien construida y en toda Chipre: dame el amable canto y yo me acordaré de ti y de otro canto.

**XI****A ATENEA**

1 Empiezo a cantar a la poderosa Palas Atenea, protectora de las ciudades, que se cuida, juntamente con Ares, de las acciones bélicas, de las ciudades tomadas, de la gritería y de los combates; y libra al pueblo al ir y al volver (del combate).

5 Salve, diosa; y danos suerte y felicidad.

**XII**  
**A HERA**

1 Canto a Hera, la de áureo trono, a quien Rea dio a luz; reina inmortal de extremada belleza; hermana e ínclita esposa de Zeus tonante; a la cual todos los bienaventurados honran reverentes, en el vasto Olimpo, como a Zeus que se huelga con el rayo.

**XIII**  
**A DEMÉTER**

1 A Deméter, la veneranda deidad de hermosa cabellera, comienzo a cantar: a ella y a su hija, la bellísima Persefonea.

3 Salud, oh diosa, salva esta ciudad y da principio al canto.

**XIV****A LA MADRE DE LOS DIOSES**

1 Celebra, oh Musa melodiosa, a la Madre de todos los dioses y de todos los hombres, hija del gran Zeus, a la cual agradan el chocar de los crótalos y de los tímpanos con el sonar simultáneo de las flautas, el aullar de los lobos, el rugir de los leones de relucientes ojos, los montes resonantes, y los valles cubiertos de bosque.

6 Así, pues, regocíjate con este canto y contigo todas las diosas.

**XV****A HERACLES CORAZÓN DE LEÓN**

1 Cantaré a Heracles, hijo de Zeus, a quien Alcmena parió el más valiente de los terrenales hombres en Tebas, de hermosos coros, después de haberse juntado con Zeus, el de las sombrías nubes. Heracles ejecutó en otro tiempo muchas cosas extraordinarias, acciones eminentes, vagando por la tierra inmensa y por el mar, según se lo ordenaba el rey Euristeo; mas ahora habita alegre una linda morada del nevoso Olimpo y posee a Hebe, la de hermosos tobillos.

9 Salve, soberano hijo de Zeus; dame valor y felicidad.

**XVI**  
**A ASCLEPIO**

1 Empiezo cantando al que cura las enfermedades, a Asclepio, hijo de Apolo, que nació de la divina Coronis, hija del rey Flegias, en la llanura Dotio; alegría grande para los hombres y apaciguador de funestos dolores.

5 Así, pues, salve, oh rey; yo te imploro por medio de este canto.



**XVII**  
**A LOS DIOSCUROS**

1 Canta, oh Musa melodiosa, a Cástor y Polideuces, Tindáridas, engendrados por Zeus Olímpico: díolos a luz bajo las cumbres del Taigeto la veneranda Leda, que se había unido secretamente con el Cronión, el de las sombrías nubes.

5 Salud, Tindáridas, jinetes de rápidos corceles.

**XVIII**  
**A HERMES**

1 Canto a Hermes cilenio Argifontes que impera en Cilene y en Arcadia, abundante en ganado, utilísimo nuncio de los inmortales, a quien dio a luz la veneranda Maya, hija de Atlante, habiéndose unido amorosamente con Zeus: ésta evitaba la sociedad de los bienaventurados dioses, habitando una gruta sombría donde el Cronión acostumbraba unirse con la ninfa de hermosas trenzas en la oscuridad de la noche, tan pronto como el dulce sueño rendía a Hera, la de niveos brazos; y de esta manera logró pasar inadvertido para los inmortales dioses y para los mortales hombres.

10 Y así, salve, hijo de Zeus y de Maya; y yo, habiendo comenzado por ti, pasaré a otro himno.

12 Salve, Hermes, causante de alegría, internuncio, dador de bienes.

**XIX**  
**A PAN**

1 Háblame, Musa, del hijo amado de Hermes, caprípedo, bicorne, amante del bullicio, que frecuenta los valles poblados de árboles con las ninfas acostumbradas a las danzas; las cuales pisan las cumbres de escarpadas rocas invocando a Pan, dios de los pastores, de espléndida cabellera, escuálido, a quien se le adjudicaron las colinas nevadas, las cumbres de los montes y los senderos pedregosos. Aquél anda acá y acullá, y unas veces atraviesa espesos matorrales, atraído por las mansas corrientes, y otras pasa por entre escarpadas rocas y sube a la más alta cumbre para contemplar sus ovejas. A menudo corre por las altas blanquecinas montañas; a menudo sigue las laderas y mata fieras que distingue su penetrante vista; en ocasiones, por la tarde y al volver de la caza, grita y modula con sus cañas agradable canto: no le superaría en el cantar el ave que, lamentándose entre las hojas de la florida primavera, emite suavísimo canto. Entonces las melodiosas ninfas montaraces, acompañándole con pie ligero a la fuente de aguas profundas, cantan y el eco resuena en torno de la cumbre del monte; y el dios ora se dirige con pie ligero acá y acullá de los coros, ora penetra en medio de ellos, llevando una rojiza piel de lince sobre la espalda y alegrando su corazón con melodiosas canciones en la blanda pradera donde el azafrán y el jacinto, floridos y olorosos, se mezclan confusamente con la hierba.

27 Las ninfas celebran a los dioses bienaventurados y al vasto Olimpo: y así cantan también a Hermes, que sobresale entre los demás; dicen que es el veloz nuncio de todos los dioses, y cuentan cómo se fue a la Arcadia, rica en manantiales y madre de ovejas, donde está el bosque sagrado del cilenio. Allí, a pesar de ser dios, apacentaba ovejas de polvorienta lana en casa de un hombre mortal, porque ya echaba flor el tierno deseo que le había venido de unirse amorosamente con una ninfa de hermosas trenzas, hija de Dríope; y consumó al fin las floridas nupcias; y ella le dio a Hermes, en su casa, un hijo amado que desde luego se presentó monstruoso a su vista: caprípedo, bicorne, bullicioso, de dulce sonrisa; y la ninfa se levantó y echó a correr —abandonando al niño la que debía amamantarlo—, pues le entró miedo al ver aquella faz desagradable y barbuda. Enseguida el benéfico Hermes lo recibió y tomó en sus brazos, y el dios se alegró extraordinariamente en su corazón. Y envolviendo al niño en las tupidas pieles de una liebre montes, encaminóse rápidamente a la mansión de los inmortales, sentóse junto a Zeus y los demás inmortales y les presentó su hijo: todos los inmortales se regocijaron en su corazón y más que nadie Dióniso Baquío, y le llamaron Pan porque a todos les había regocijado el alma.

48 Y así, salve, oh rey, a quien imploro por medio de este canto; y yo me acordaré de ti y de otro canto.

**XX****A HEFESTO**

1 Canta, oh Musa melodiosa, a Hefesto célebre por su inteligencia, a aquel que justamente con Atenea, la de los ojos de lechuza, enseñó acá en la tierra trabajos espléndidos a los hombres, que antes vivían en las montañas, dentro de cuevas, y ahora, gracias a los trabajos que les enseñó Hefesto, el ilustre artífice, pasan agradablemente el tiempo, durante el año, tranquilos en sus casas.

8 Mas senos propicio, oh Hefesto, y otórganos el valor y la felicidad.

**XXI**  
**A APOLO**

1 Oh Febo, el cisne te canta melodiosamente debajo de sus alas mientras va saltando en la orilla, junto al río Peneo, abundante en remolinos; y el aedo de dulce lenguaje te canta siempre el primero y el último, pulsando la melodiosa cítara.

5 Así, pues, salve, oh rey, a quien intento propiciar con el canto.

**XXII**  
**A POSIDÓN**

1 Empiezo un canto relativo a Posidón, gran dios, que sacude la tierra y el mar estéril, deidad marina que posee el Helicón y la anchurosa Egea. Una doble honra te asignaron los dioses, oh tú que bates la tierra: ser domador de caballos y salvador de naves.

6 Salve, Posidón, que ciñes la tierra y llevas cerúlea cabellera: oh bienaventurado, socorre a los navegantes con corazón benévolo.

**XXIII****A ZEUS**

1 Cantaré a Zeus, el mejor y más grande de los dioses, largovidente, poderoso y perfecto; que tiene frecuentes coloquios con Temis, sentada a su lado e inclinada hacia él.

4 Senos propicio, largovidente Cronida, gloriosísimo, máximo.

**XXIV**  
**A HESTÍA**

1 Oh Hestía, que en la divinal Pilos proteges la sagrada mansión del soberano Apolo, el que hiere de lejos; de tus trenzas fluye siempre húmedo aceite. Ven a esta casa, ven con ánimo benévolo en compañía del pródigo Zeus, y al mismo tiempo da gracia a mi canto.



**XXV****A LAS MUSAS Y A APOLO**

1 Voy a comenzar por las Musas, Apolo y Zeus. Pues gracias a las Musas y al flechador Apolo existen en la tierra aedos y citaristas, pero los reyes proceden de Zeus. Dichoso aquel a quien las Musas aman: de su boca fluye suavemente la palabra.

6 Salud, oh hijas de Zeus, honrad mi canto; y yo me acordaré de vosotras y de otro canto.

**XXVI**  
**A DIÓNISO**

1 Empiezo cantando al bullicioso Dióniso, coronado de hiedra, hijo preclaro de Zeus y de la gloriosa Semele, a quien criaron las ninfas de hermosas trenzas, después de recibirlo en su seno de manos del soberano padre, en los valles de Nisa; y por la voluntad de su padre creció en una perfumada cueva, figurando en el número de los inmortales. Criado por las diosas el que tenía de ser objeto de tantos himnos, solía frecuentar los selvosos vericuetos, coronado de hiedra y de laurel; las ninfas le seguían y él las guiaba; y el estrépito llenaba la inmensa selva.

11 Y así, salve, ¡oh Dióniso, el de los muchos racimos! Concédenos que podamos llegar nuevamente y con alegría a estas horas; y, partiendo de estas horas, a muchos años.

**XXVII**  
**A ÁRTEMIS**

1 Canto a Ártemis, la del arco de oro, tumultuosa, virgen veneranda, que hiere a los ciervos, que se huelga con las flechas, hermana germana de Apolo, el de la espada de oro; la cual, deleitándose en la caza por los umbríos montes y las ventosas cumbres, tiende su arco, todo él de oro, y arroja dolorosas flechas; y tiemblan las cumbres de las altas montañas, resuena horriblemente la umbría selva con el bramido de las fieras y se agitan la tierra y el mar abundante en peces; y ella, con corazón esforzado, va y viene por todas partes destruyendo la progenie de las fieras. Mas cuando la que acecha las fieras y se complace en las flechas se ha deleitado, regocijando su mente, desarma su arco y se va a la gran casa de su querido hermano Febo Apolo, al rico pueblo de Delfos, para disponer el coro hermoso de las Musas y de las Gracias. Allí, después de colgar el flexible arco y las flechas, se pone al frente de los coros y los guía, llevando el cuerpo graciosamente adornado; y aquéllas, emitiendo su voz divina, cantan a Leto, la de hermosos tobillos, y cómo parió hijos que tanto superan a los demás inmortales por su inteligencia y por sus obras.

21 Salud, hijos de Zeus y de Leto, de hermosa cabellera; mas ya me acordaré de vosotros y de otro canto.

**XXVIII****A ATENEA**

1 Comienzo cantando a Palas Atenea, deidad gloriosa, de ojos de lechuza, sapientísima, de corazón implacable, virgen veneranda, protectora de ciudades, robusta, Tritogenia, a quien el pródigo Zeus engendró por sí solo en su augusta cabeza, dándola a luz revestida de armas guerreras, áureas, resplandecientes: un sentimiento de admiración se apoderó de todos los inmortales que lo contemplaron. Delante de Zeus, que lleva la égida, saltó aquélla impetuosamente desde la cabeza inmortal, blandiendo el agudo dardo; y el vasto Olimpo se estremeció terriblemente por la fuerza de la de ojos de lechuza, la tierra resonó horrendamente a su alrededor, y el ponto se conmovió revolviendo sus olas purpúreas. Pero de repente se calmó el agua salobre y el preclaro hijo de Hiperión detuvo largo tiempo los corceles de pies ligeros, hasta que la virgen Palas Atenea se hubo quitado de sus hombros inmortales las divinas armas; y alegróse el pródigo Zeus.

17 Y así, salve, hija de Zeus que lleva la égida; mas yo me acordaré de ti y de otro canto.

**XXIX**  
**A HESTÍA**

1 Oh Hestía, tú en las excelsas mansiones de los dioses inmortales y de los hombres que andan por la tierra alcanzaste una morada eterna, honor antiguo. Tienes esta hermosa recompensa y honor, pues sin ti no hay banquetes para los mortales; que en ninguno deja de comenzarse libando el vino dulce como la miel a Hestía en primero y último lugar. Y también tú, Argifontes, hijo de Zeus y de Maya, mensajero de los bienaventurados, que llevas la varita de oro, dador de bienes, pues ambos habitáis bellas mansiones que a los dos os son gratas

. . . . .

séme propicio y socórreme con la veneranda y amada Hestía: ambos conocéis las bellas acciones de los hombres terrestres y sois los compañeros de la inteligencia y de la juventud.

13 Salve, hija de Cronos, tú y Hermes, el de la varita de oro; mas yo me acordaré de vosotros y de otro canto.

**XXX****A LA TIERRA MADRE DE TODOS**

1 Cantaré a la Tierra, madre de todas las cosas, bien cimentada, antiquísima, que nutre sobre la tierra todos los seres que existen: cuantos seres se mueven en la tierra divina o en el mar y cuantos vuelan, todos se nutren de tus riquezas. De ti proceden los hombres que tienen muchos hijos y abundantes frutos, oh venerable; a ti te corresponde dar y quitar la vida a los mortales hombres. Feliz aquel a quien tú honras, benévola, en tu corazón, pues todo lo tiene en gran abundancia. Para hombres tales la fértil tierra se carga de frutos, en el campo abunda el ganado, y la casa se les llena de bienes; ellos reinan, con leyes justas, en ciudades de hermosas mujeres, y una gran felicidad y riqueza los acompaña; sus hijos se vanaglorian con pueril alegría; las doncellas juegan y saltan, con ánimo alegre y en coros florecientes, sobre las blandas flores de la hierba. Tales son los que tú honras, veneranda, pródiga diosa.

17 Salve, madre de los dioses, esposa del estrellado Cielo. Dame, benévola, por este canto una vida que sea grata a mi ánimo; mas yo me acordaré de ti y de otro canto.

**XXXI**  
**AL SOL**

1 Comienza, oh musa Calíope, hija de Zeus, a celebrar de nuevo al resplandeciente Sol, a quien Eurifaesa, de ojos de novilla, dio a luz para el hijo de la Tierra y del estrellado Cielo. Casó, pues, Hiperión con la gloriosa Eurifaesa, su hermana germana, la cual le dio hermosos hijos: la Aurora, de rosados brazos, la Luna, de lindas trenzas, y el infatigable Sol, parecido a los inmortales. Éste, subido en su carro, alumbra a los mortales y a los inmortales dioses y echa terribles miradas con sus ojos desde el interior del áureo casco; salen de él rayos relucientes que brillan espléndidamente; debajo de sus sienes, las mejillas centelleantes del casco encierran su faz gloriosa que resplandece de lejos; en torno de su cuerpo reluce, al soplo del viento, la hermosa y finamente labrada vestidura y, debajo, los corceles; y por la tarde detiene el carro de áureo yugo y los caballos, y los envía al Océano a través del cielo.

17 Salve, oh rey; dame, benévolo, una vida que sea grata a mi ánimo; y, habiendo empezado por ti, celebraré el linaje de los hombres semidioses, de voz articulada, cuyas obras mostraron los númenes a los hombres.

**XXXII**  
**A LA LUNA**

1 ¡Oh Musas de suave voz, hijas de Zeus Cronida, hábiles en el canto! Enseñadme a cantar la Luna, de abiertas alas, cuyo resplandor sale de su cabeza inmortal, aparece en el cielo y envuelve la tierra, donde todo surge muy adornado por su resplandor fulgurante. El aire oscuro brilla junto a la áurea corona y los rayos resplandecen en el aire cuando la divina Luna, después de lavar su hermoso cuerpo en el Océano, se viste con vestiduras que relumbran de lejos, unce los resplandecientes caballos de enhiesta cerviz y acelera el paso de tales corceles de hermosas crines, por la noche, a mediados del mes, cuando el gran disco está en su plenitud y los rayos de la creciente Luna se hacen brillantísimos en el cielo; indicio y señal para los mortales. En otro tiempo el Cronida uniósese con ella en amor y cama; y, habiendo ella quedado encinta, dio a luz la doncella Pandía, que descollaba por su belleza entre los inmortales dioses.

17 Salve, reina, diosa de níveos brazos, divina Luna, benévola, de hermosas trenzas; habiendo empezado por ti, cantaré las glorias de los varones semidioses, cuyas hazañas celebran con su boca amable los aedos servidores de las Musas.



**XXXIII****A LOS DIOSCUROS**

1 Habladme, oh Musas de ojos vivos, de los Dioscuros Tindáridas, hijos preclaros de Leda, la de hermosos tobillos —Cástor, domador de caballos, y el irrepreensible Polideuces—, a los cuales aquélla, habiéndose unido amorosamente con el Cronión, el de las sombrías nubes, dio a luz bajo la cumbre del gran monte Taigeto para que fueran salvadores de los hombres terrestres y de las naves de curso rápido cuando las tempestades invernales arrecian en el implacable ponto. Entonces, los que navegan invocan suplicantes a los hijos del gran Zeus y, subiendo a la parte más alta de la popa, les ofrecen blancos corderos. Y cuando ya el fuerte viento y las olas del mar empiezan a sumergir la nave, aparecen repentinamente los Dioscuros, lanzándose a través del éter con sus alas doradas, y enseguida calman los torbellinos de los terribles vientos y allanan las olas en el piélago del blanco mar, hermosas señales de su trabajo en favor de los marineros; quienes, al notarlo, se alegran y ponen fin a su penosa labor.

18 Salud, Tindáridas, cabalgadores de rápidos corceles; mas yo me acordaré de vosotros y de otro canto.